



AÑO 13.

NUM. 156

LA

ESPAÑA MODERNA



Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

SU MAJESTAD

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

VII

Lipara, Palacio Imperial, Septiembre de 18...

A Su Alteza Imperial Othomar, Duque de Xara, en Osborne-Housewight.

«Queridísimo hijo:

»Hemos recibido con gran satisfacción tu carta, en la que nos manifiestas el afectuoso recibimiento que te han hecho en Copenhague antes y en Inglaterra ahora. Debemos, no obstante, expresarte nuestro asombro á propósito de lo que nos ha escrito tu tía Olga referente á nuestros deseos; el Emperador de Austria y el Archiduque Alberto se han disgustado algo, y así nos lo han manifestado en sus cartas. Sin duda yo no insistí bastante con tu tía Olga; pues no puedo explicarme de otra manera cómo no ha mostrado más empeño en que celebres una conferencia con la Archiduquesa Valeria para hablar del serio asunto que tanto nos afecta. De esta suerte, hubieras podido comunicar *confidencialmente* tu proyecto á las cortes que estás visitando, y tu casamiento hubiera podido celebrarse en Sigismundingen al fin de tu viaje, mientras que ahora te has encontrado cerca de nuestros amigos Sus Majestades de Dinamarca é Inglaterra en una situación falsa. Porque ya se habla en todos los periódicos de tu enlace con la Ar-

PURTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
REY DE DINAMARCA

chiduquesa Valeria, y la prensa discute públicamente las ventajas y los inconvenientes de la boda. Tu viaje hubiera podido celebrarse luego de la misma manera, puesto que ya estaba anunciado hacía mucho tiempo (tu enfermedad fue causa de que se aplazara), pero ahora se reduce á una visita de cortesía respecto de nuestros amigos.

»Repito que me ha disgustado el que no accedieses desde luego á mis deseos. Veo en tu acto tendencias á un sentimentalismo burgués, Othomar, que espero has de combatir con todas tus fuerzas. Un desengaño como el que tu futura esposa ha experimentado con el Príncipe von Lohe-Obkowitz lo hemos sufrido todos en la vida una vez ú otra; y cierto es que la cosa puede contristar por algunos días, pero se trata de un sentimiento absolutamente personal é íntimo que no puede, *en manera alguna*, influir en asuntos de tan alto interés político como el matrimonio de un futuro Emperador de Liparia. La Archiduquesa Valeria llegará con los años á considerar las cosas de este modo, y espero que no tardará en convencerse de que su inclinación hacia el Príncipe von Lohe no hubiera podido hacerla nunca dichosa, porque desagradaba á su tío el Emperador y á todos sus demás parientes.

»Domínate, Othomar; te lo ruego encarecidamente. Tienes á veces ideas y sentimientos que no son los de un Príncipe. Lo tengo observado en varias ocasiones, principalmente cuando visitaste á Zanti, en Vaza. No he querido reprenderte, porque en lo demás estaba satisfechísimo de ti. Mi mayor deseo es conservar siempre esos mismos sentimientos.

»Espero, pues, que dentro de tres semanas te hallarás en Sigismundingen, en donde Valeria se hallará de regreso de Altseeborgen para encontrarse contigo, y en donde yo también me veré con el Emperador de Austria.

»Celebro de todo corazón que tu largo viaje con Herman te haya probado bien, y que tu matrimonio pueda celebrarse en Altara á la mayor brevedad posible. Esta grata idea es para mí un consuelo en medio de los disgustos que me proporciona

la obstinada oposición que presenta la Cámara de los Estados á los proyectos de armamentos militares, pero oposición que hemos de vencer, pues existe la necesidad imperiosa de aumentar nuestro ejército.

»Te abraza de todo corazón tu padre

»OSCAR.»

VIII

Había terminado la comida de gala en el castillo de Sigismundingen, en donde las familias imperiales de Liparia y Austria se habían reunido para celebrar la toma de dichos del Duque de Xara con la Archiduquesa Valeria. Era el mes de Septiembre; el día había sido sofocante y el aire no había refrescado con la noche.

Los convidados se levantaban en aquel momento de la mesa, y la comitiva de los egregios personajes se dirigía por una galería á los salones de recepción. Todos los balcones de la galería, brillantemente iluminada, estaban abiertos, y desde ellos veíase el Danubio, que se precipitaba con ruido de catarata: los innumerables torreones del castillo se erguían en el espacio. Las montañas dibujaban los violados contornos de sus cumbres en un cielo de tonos más claros, que semejaban el esplendor de la luz eléctrica, algo como si por el aire cruzasen relámpagos sin truenos. El bosque, sombrío, proyectaba en las colinas la negruzca masa de los abetos; en la llanura brillaban aquí y allí las luces de las casas perdidas entre el crepúsculo de la tarde, como una aldea desparramada.

El Emperador de Liparia ofreció el brazo á la madre de la novia, la Archiduquesa Eudosia; seguían después el Emperador de Austria y la Emperatriz de Liparia, el Archiduque Alberto y la Emperatriz de Austria, Othomar y Valeria.

De pronto, Valeria estrechó el brazo de Othomar y se detuvo.

—¡Hacía tanto calor en el comedor!—dijo á la hermana de Othomar, la gran Duquesa de Corintio, que venía del brazo de uno de sus primos austriacos.—Perdona—añadió Valeria; y con su sonrisa invitaba á la gran Duquesa á que pasara adelante. Siguieron en pos de ésta los demás invitados, Príncipes, funcionarios, damas de honor, los cuales sonrieron á los imperiales novios, que les dejaban pasar retirados en el vano de una puerta.

Permanecieron solos en la galería, de pie, ante una ventana abierta.

—Necesito aire—dijo Valeria dando un gran suspiro.

Othomar no replicó, y ambos permanecieron silenciosos contemplando el nocturno paisaje. El Príncipe llevaba el uniforme del regimiento de hulanos que mandaba en Austria, y una nueva condecoración brillaba en su pecho al lado de las otras: la orden del Toisón de Oro austriaco. Ella parecía tener algunos años más; vestía un traje de corte, de seda color de rosa, con anchas mangas, y su cola y escote iban adornados con plumas.

—¿Quieres que te deje sola, Valeria? — preguntó Othomar dulcemente.

La joven le hizo un signo negativo acompañado de una triste sonrisa. Henchía su pecho una invencible emoción.

—¿Por qué?—replicó.—Bastante sola estoy con mis pensamientos, por la noche. Déjame sola con ellos lo menos posible.

Después le tendió la mano, y añadió con un profundo sollozo:

—¿Perdonas á tu futura Emperatriz su destrozado corazón?

Y su rostro pálido, desmejorado, se volvió hacia él con mirada suplicante. Othomar sintió hacia ella un irresistible impulso de simpatía; la estrechó la mano y volvió la cara para no llorar. Miró hacia fuera. Sombrías, románticas se alzaban en el aire que brillaba cargado de electricidad, las cúpulas de

algunas torres visibles á lo lejos. Al pie, romántico también, murmuraba el Danubio. Las montañas aparecían como en el paisaje de una balada. Y sin embargo, en el corazón de los jóvenes no resonaban baladas ni poesías. La prosa de la necesidad, de lo inevitable, era la única armonía que les embargaba. Pero aquella armonía les ligaba, les acercaba el uno al otro, hacía que pudieran comprenderse, confundía sus sentimientos y sus vidas. Solos allí, con lealtad, sus miradas escrutaban la profundidad de sus almas. No era necesario el disimulo, veían su dolor recíproco, sentían las palpitaciones de sus angustiados corazones.

No veían la desesperación de una pasión avasalladora, pero sí un dolor mudo, silencioso. Lo veían con sus ojos abiertos, angustiados, como los de los niños cuando creen ver fantasmas. También ellos eran sombras, aun cuando pudieran palpase, sombras con cuerpos. ¿Quiénes eran? Seres fantásticos que llevaban coronas; en aras de esas coronas, andaban, saludaban, se movían, sonreían, como podían hacerlo en sueños. No existían; tenían en su mente una vaga idea, como en sueños también, de que podía existir en las leyes de la Naturaleza algo distinto de lo que sucedía en las que regulaban la esfera de su existencia; pero en esta esfera, en la suya, no existían.

Othomar se puso á hojear maquinalmente algunas revistas ilustradas que estaban en una mesita colocada entre dos ventanas. Abrió una para romper aquel triste silencio. Lo primero que vió fueron los retratos de ambos.

—¡Mira!—dijo.

Y le mostró la revista. La hojearon juntos y vieron también los retratos de sus padres, una vista del castillo y un ángulo del parque de Sigismundingen. Después leyeron ambos lo que á propósito de su boda decía la revista. Empezaba haciendo una descripción de cada uno de los novios, cuyas virtudes exaltaba; él, un Príncipe de gran talento, que hacía mucho bien, sumamente popular en su país, y muy querido

del Emperador de Austria; ella, una verdadera Princesa en alma y cuerpo, nacida para ser Emperatriz de un gran Estado, y dotada también de un gran ingenio. En aquel momento, toda Europa tenía puesta la vista en ellos; porque su matrimonio no era solamente una alianza real de interés político, sino también una unión de íntima armonía; su matrimonio era un matrimonio por amor. Quien dijera lo contrario, carecía de razón para afirmarlo. Los Príncipes se habían conocido en Gothlandia, en la intimidad de la familia en Altseeborgen. Su amor era un idilio junto al mar, y se parecía á una novela de satisfactorio desenlace. Se recordaba el acto del Duque de Xara al aventurarse un día de tempestad en una canoa para salvar la vida á la Archiduquesa. El Emperador Oscar hubiera preferido como Princesa heredera de Liparia á la Princesa Xenia, porque le agradaba una alianza con Rusia; pero había cedido ante el amor de su hijo... El artículo terminaba diciendo que la boda se celebraría en Octubre, en el antiguo palacio de Altara.

Lo leyeron juntos con triste expresión, con ojos que se resentían aún de la exploración que hicieran en sus respectivas almas.

No se les ocurrió observación alguna después de la lectura. Sonrieron con amarga sonrisa, y Othomar dejó caer la revista. Entonces Valeria le preguntó con la tranquilidad que mostraban en su deseo de conocerse:

—¿Amas tú á alguien, Othomar!

El Príncipe se ruborizó. ¿Sabía ella algo de lo concerniente á Aleja?

—He creído... haber amado á alguien—respondió;—pero ahora pienso que tal vez no fue un verdadero amor. Sospecho que no poseo los elementos necesarios para entregar á un alma toda la mía; jamás sabría hallar esa alma única, y tendría miedo de engañarme, de hacerme ilusiones... No, no creo que llegue á conocer jamás ese exclusivo sentimiento. Más bien me siento inclinado á una simpatía amplia, grande,

universal, una inmensa compasión hacia nuestro pueblo. Tal vez esto es algo extraño en mí...

Pronunció estas palabras con timidez casi, como si aquella simpatía universal tuviese algo de anormal, de que debería avergonzarse delante de ella.

—Un gran amor—añadió haciendo el ademán de abrir los brazos, mientras ella le miraba en silencio,—un gran amor por nuestro pueblo.

—¿Tú experimentas eso?—preguntó ella como vacilando.

—Sí...

Entonces se presentó ante ella una nueva perspectiva, algo como si un horizonte de luz brillase en el confín de su negra tristeza; pero estaba el horizonte tan lejano, tan lejano...

—Othomar—dijo,—pensar así es muy bueno y muy hermoso.

El Príncipe se encogió de hombros.

—¡Hermoso! ¿Cómo lo entiendes tú? Yo pienso también en la causa de toda la miseria que se extiende... sobre nuestro pueblo, el pueblo bajo, el más humilde sobre todo. Si todos fuesen felices y vivieran en la abundancia, no experimentaría este pensamiento. ¿Por qué lo encuentras tú hermoso?

Ella sonrió.

—No puedo explicarlo. Es muy superior á mí. No he reflexionado nunca acerca de las cuestiones sociales; las cosas han sido siempre así, y... no he reflexionado. Pero no obstante, con mi instinto de mujer comprendo que es hermoso lo que piensas, Othomar.

Este la estrechó una mano. Su rostro se iluminó con una sonrisa.

Ella miró pensativa el sombrío paisaje que se extendía ante su vista y se estremeció.

—Ha refrescado el aire—dijo Othomar.—Entremos, Valeria; vas á enfriarte.

Ella se llevó la mano á la desnuda garganta y respondió:

—En seguida.

Miró al murmurador Danubio. La niebla que se elevaba del río se extendía por el valle como una ligera gasa.

—Vamos—dijo Othomar insistiendo.

—Mira—replicó Valeria,—es profundo, ¿no es verdad?

Othomar miró hacia abajo.

—Sí—respondió.

—¿No sientes el vértigo?—preguntó ella.

El Príncipe la miró con ansiedad.

—No; por lo menos en este momento.

—Othomar—dijo ella en voz baja,—toda una noche he estado asomada aquí. Miraba hacia abajo. Reinaba más obscuridad que ahora; yo no veía más que la noche, y el murmullo del río escuchábase constante en la negra obscuridad. Era la noche en que se decidió nuestra boda. Experimentaba un dolor inmenso, ¡he sufrido tanto! Creía haberme vencido, pero no me dejaban un instante de reposo, y apenas había triunfado, veíame obligada á luchar de nuevo. ¡Estaba tan próxima á mi dolor la idea de que había de ser tu mujer! Me sentía sumamente débil, estaba abrumada; pero no me dejaban descansar. ¡Oh! Han sido crueles conmigo, no me han dejado un instante de respiro. ¡Adelante! ¡siempre adelante! Llegué á sentirme tan débil, que pensé no podría vencer mi debilidad. Aquí he pasado sentada muchas horas mirando el Danubio. Me daba el vértigo... Se me ocurrió tomar una resolución, y lanzarme allí... veíame arrastrada por la corriente, cada vez más, hacia abajo, en torno del Castillo. ¿Por qué no lo he hecho? Por él, Othomar... así lo creo. Le amaba todavía, le amo aún, á pesar de lo indigno que esto sea... No quise castigarle con mi suicidio. Es tan débil, le conozco, que mi muerte le hubiera atormentado toda la vida como un remordimiento. Entonces, entonces, Othomar, me alejé y recé... Ya no sabía lo que hacer.

Se ocultó el rostro entre las manos sollozando. Tenía los ojos llenos de lágrimas; Othomar vió cómo temblaba, y diri-

gió una mirada rápida y angustiosa á la corriente que allí abajo continuaba murmurando como si llamase...

—¡Valeria!—exclamó con terror,—te suplico por Dios que entremos; hace demasiado frío aquí, y... y...

Ella le miró con angustia, con mirada extraviada.

—Sí; vámonos, Othomar—murmuró.—Tengo miedo en este sitio; es de familia; tenemos aún mucha influencia romántica en las venas...

Se apoyó en el brazo de Othomar y echaron á andar. Pero antes de pasar el umbral de la antecámara que conducía á los salones, se detuvo un momento.

—No sé si nos volveremos á ver solos antes de tu regreso á Lipara. Y tengo que darte gracias aún por algo...

—¿Por qué?—preguntó él.

—Por... algo que me ha dicho tía Olga. Porque... respetaste mi dolor en Altseeborgen. Te lo agradezco, Othomar...

Y rodeándole el cuello con un brazo le dió un beso...

Othomar la besó también.

Y de esta manera cambiaron su primer beso.

IX

Al día siguiente, la familia imperial de Liparia regresó de Sigismundingen á Lipara. El recibimiento en la estación fue entusiástico; la ciudad estaba engalanada, y por la noche hubo festejos populares. Los oficiales de los distintos cuerpos del ejército ofrecieron banquetes al Príncipe heredero, en celebración de su próximo enlace. Los retratos de la Archiduchesa Valeria estaban en todos los escaparates, los periódicos publicaban entusiastas artículos.

Horas antes de la comida que los Oficiales de la guardia del trono ofrecían á su Príncipe y Coronel, Othomar experimentó una sensación extraña. Estando en su gabinete sufrió una especie de vértigo, y tuvo que sentarse.

El aturdimiento fue ligero, pero duró mucho; por mucho tiempo le pareció que la habitación quería dar vueltas en torno suyo, pero sin conseguirlo; y la lucha de aquellos muebles inanimados le ocasionaba una sensación penosa. Othomar tenía una mano extendida sobre una pierna, y la otra en el cuello de su perro, que había apoyado la cabeza en las rodillas de su amo. Éste se inclinó hacia adelante, pero permaneció sentado.

Cuando le pasó el vértigo, le quedó en la cabeza una extraña sensación de ligereza, como si se hubiese despojado de algo. Instintivamente se echó hacia atrás; el perro, medio adormecido, con los ojos entornados, se durmió de nuevo con la cabeza en las rodillas de Othomar, el cual experimentaba una invencible pesadez en todos los miembros. Sin comprender á lo que podía obedecer la sensación aquella, miró el reloj sin incorporarse, para no volver á experimentar el vértigo, y vió que faltaba aún hora y media para la comida. Este pensamiento le tranquilizó y continuó sentado sin moverse, pensando si conseguiría librarse de la postración en que se encontraba.

Pero su postración continuaba, y se prolongaba tanto, que era dudoso que le abandonase. Transcurridos tres cuartos de hora, oprimió el botón de un timbre, que estaba colocado en una mesita próxima. Andrés entró.

—Andrés — comenzó á decir, — pero se interrumpió en seguida.

—¿Desea vestirse Vuestra Alteza? Todo está dispuesto.

Othomar continuó acariciando la cabeza del perro, que seguía adormecido sobre las rodillas de su amo.

—¿No se encuentra bien Vuestra Alteza?

—Estoy un poco mareado, Andrés, pero ya se me va pasando.

—Quizá Vuestra Alteza no hará bien en salir. ¿Llamaré al Príncipe Dutri?

Othomar hizo un signo negativo y se levantó.

—No, es demasiado tarde, Andrés. Vamos, ayúdame...

Y entró en su cuarto de vestir.

Asistió á la comida, pero excusándose con sus Oficiales de su postración harto visible. A los brindis respondió únicamente levantando su copa con una sonrisa. A todos llamó la atención el mal aspecto del Príncipe: demacrado, con los ojos hundidos, blanco como la cera, con su uniforme blanco y oro.

Una vez terminada la comida, regresó inmediatamente á palacio, sin acompañar á sus compañeros de mesa al Sport-Club imperial, el Círculo de la juventud dorada.

Durmió con sueño pesado. Sufrió toda la noche vagas pesadillas; el hombre que había querido asesinarle en Vaza, le amenazaba aún con los puños cerrados; veíase después en el mar de Gothlandia, conduciendo á Valeria hacia la orilla á fuerza de remos; pero por más que remaba, las tres torres del castillo permanecían constantemente alejadas, inaccesibles. Cuando se despertó, eran ya las ocho. Comprendió que era demasiado tarde para su acostumbrado paseo matinal, y llamó á Andrés.

—¿Por qué no me has llamado á las siete?

—Dormía tan bien Vuestra Alteza que no me he atrevido. Vuestra Alteza no se encontraba bueno.

—¿Y por eso me has dejado dormir? Está bien. Haz que digan á Su Majestad que no me encuentro bueno.

El ayuda de cámara le miró con inquietud.

—¿Qué siente Vuestra Alteza?

—No lo sé, Andrés; un poco de cansancio.

—¿Dónde está Djalo?

—Aquí, señor.

El perro entró alegremente, y puso sus manazas en la cama, meneando la cola; después se echó á los pies de la cama.

La Emperatriz contestó que vendría en seguida, pues todavía no estaba levantada... Othomar se quedó esperándola en la cama, con las pupilas fijas.

La Emperatriz llegó bastante inquieta. Le interrogó, pero las respuestas del Príncipe, vagas, cariñosas, no decían nada.

Su madre le tocó la frente, le tomó el pulso; pero se quedó en la duda de si tenía fiebre. Sin embargo, tuvo miedo, pues había casos de fiebres tifoideas... Los médicos, llegados poco después, la tranquilizaron; no tenía fiebre.

El Príncipe experimentaba un cansancio general, originado seguramente por las últimas emociones. Debía descansar.

El Emperador se mostró muy sorprendido; el Príncipe había descansado en su larga estancia en Altseeborgen. ¿De qué podía provenir aquel cansancio?

Cundió la noticia por el palacio, por la ciudad, por la nación, por Europa, de que el Duque de Xara no salía de sus habitaciones á causa de una ligera indisposición. Los médicos suscribieron un boletín tranquilizador.

Por la tarde Othomar se levantó, se vistió él mismo, con un traje de paisano, y se dirigió á las habitaciones de la Princesa Thera, la cual estaba pintando, acompañada por una dama de honor, la joven Marquesa de Ezzera.

La Princesa se sorprendió al ver á su hermano.

—¿Tú aquí? Creía que te habías quedado en la cama.

—No, estoy algo mejor.

Saludó á la Marquesa, que se había levantado, inclinándose.

—¿Estás dispuesta á continuar mi retrato?— preguntó Othomar.

Thera le miró.

—¡Estás tan pálido, que será mejor dejarlo! El servir de modelo cansa mucho, ¿no es verdad?

—Sí, un poco, algunas veces...

Se dirigieron á ver el retrato; la Marquesa se había retirado, como acostumbraba á hacerlo cuando los dos hermanos estaban juntos. El cuadro estaba cubierto con una gasa que quitó Thera. Aparecía ya una cabeza joven llena de expresión, en que la vida comenzaba á aparecer en los ojos negros y tristes; el retrato era de una factura suelta y enérgica, con un reflejo potente de luz exterior que caía en una parte del rostro, haciéndose destacar de obscuro fondo.

—Está casi concluído—dijo Othomar.

—Sí; pero me haces esperar mucho para las últimas pinceladas: como comprenderás, no he podido hacer nada en tus cuatro meses de ausencia. Y además has cambiado mucho. No puedo dejar el retrato tal como está. Ya no se te parece.

—Volverá á estar parecido cuando me encuentre mejor—dijo Othomar.

Pero la Princesa se había puesto algo nerviosa y volvió á cubrir el cuadro con la gasa.

Othomar no asistió á la comida y se acostó muy temprano.

A la mañana siguiente los médicos le encontraron nuevamente abatido. Se había levantado, pero se limitó á encapillarse una bata, y se sentó en una butaca en su gabinete con el perro á los pies. Se quejaba con la Emperatriz de una extraña sensación en la cabeza, como si ésta se abriese y se vaciara.

Cuando entró á verle el Emperador, Othomar se excusó de su indisposición con una sonrisa indiferente.

Este estado duró muchos días: un abatimiento completo, una falta absoluta de apetito, una visible postración...

La Emperatriz permanecía sentada al lado de su hijo, el cual, en una butaca junto á las ventanas abiertas, miraba la frondosidad del parque de plátanos.

Los pájaros cantaban; de vez en cuando se oía el agudo timbre de la voz de Berengario que jugaba con sus amiguitos. La Emperatriz leía en alta voz, pero esto molestaba á Othomar; le daba dolor de cabeza...

Tras una larga conferencia habida entre los tres médicos, el Emperador y la Emperatriz, fue llamado en consulta el Dr. Barzia, que residía en Altara. El doctor era una especialidad europea para las enfermedades nerviosas. En las habitaciones del Emperador, éste, la Emperatriz y el Conde de Myxila esperaron el resultado del examen y de la consulta. La espera duró largo rato, y los tres personajes permanecie-

ron silenciosos. La Emperatriz estaba sentada y miraba ante sí con su expresión fría y tranquila; el Emperador, agitado, iba de un lado para otro. El anciano Canciller del Imperio, con su rostro severo, altivo, y la cabeza calva, permanecía en pie mirando por la ventana.

Por fin los médicos se hicieron anunciar. Apareció el doctor Barzia con la frente alta, seguido por los otros. La Emperatriz creyó ver una sentencia condenatoria en el rostro contraído del doctor; en cambio, otro de los médicos hacía compasivamente signos tranquilizadores.

—¿Y bien?—dijo el Emperador.

—Hemos reconocido cuidadosamente á Su Alteza Imperial, señor—comenzó diciendo el doctor.—El Príncipe no tiene ningún vicio orgánico, pero es en general de una constitución débil.

—¿Débil? ¿Pero en qué?—preguntó Oscar.

—El sistema nervioso del Príncipe nos parece extraordinariamente debilitado, señor.

—¿Sus nervios? ¡Pero si él no ha sido jamás nervioso, ha sido siempre muy tranquilo!—replicó obstinadamente el Emperador.

—Tanto más de admirar la fuerza de voluntad del Príncipe para dominarse. Su Alteza se ha dominado evidentemente por mucho tiempo, y este esfuerzo le ha rendido al fin. El Príncipe tiene mucha calma, como Vuestra Majestad dice, pero esa calma no impide que sus nervios estén cansados. Su Alteza ha hecho un gasto extraordinario de su sistema nervioso en estos últimos tiempos probablemente.

—¿Y tiene usted la bondad de decirme en qué ha consistido ese gasto?—preguntó el Emperador con altivez.

El doctor hizo ademán de que lo ignoraba.

—Eso se sabrá mejor en la corte de lo que yo pueda saberlo, que vengo de mi gabinete y de mis hospitales, señor. Vuestra Majestad podrá responderse á sí misma; yo solamente puedo aportar algunas indicaciones. Su Alteza me ha dicho

que se acordaba de que ya antes de las inundaciones del Norte había experimentado algunos vértigos y abatimientos; entonces estábamos en Marzo y ahora en Septiembre. Supongo que en este intervalo habrá llevado Su Alteza una vida muy agitada.

El Emperador hizo como que no entendía á qué agitaciones pudiera referirse; arrugó el entrecejo y comenzó á temblarle la barbilla.

—Tal vez haya sentido mal á Su Alteza el viaje al Norte, doctor—indicó la Emperatriz.

Estaba sentada, rígida, erguida, y llevaba un traje sencillo y obscuro. Su rostro estaba sin expresión, su mirada permanecía impassible. Trataba de aquel asunto como si no fuese la madre.

—Su Alteza es, en efecto, muy sensible á las impresiones—añadió la Soberana,—y en Altara las recibió muy penosas.

El doctor asintió con la cabeza.

—Recuerdo haber visto á Su Alteza ante los cadáveres expuestos en el campo. Su Alteza estaba realmente conmovido.

—¿Pero qué significa eso?—preguntó el Emperador, cada vez más obstinado.

—Desde aquel tiempo, Su Alteza no se ha permitido ningún descanso, señor.

—Su Alteza ha descansado varios meses—replicó el Emperador.

—Que Vuestra Majestad me permita discrepar de esa opinión. Después del penosísimo viaje al Norte, el Príncipe ha sufrido inmediatamente las emociones de una crisis política. Lipara estaba aún en estado de sitio, y luego la agitación de las fiestas dadas á los reyes de Siria...

El Emperador se encogió de hombros.

—El Príncipe—continuó diciendo el doctor,—por consejo de mis distinguidos colegas, emprendió entonces, para restablecer su salud, un viaje por mar. Indudablemente, Su Alteza

habrá descansado algunos días, pero las grandes cacerías realizadas con el Príncipe Herman han sido harto penosas. Ahora Su Alteza está en vísperas de boda, y esto también es causa de emociones. Enumero los hechos principales, señor. No sé nada de la vida pasional del Príncipe; si supiese algo, algunos detalles, las cosas me parecerían más claras seguramente. Pero hay una cosa cierta: Su Alteza ha llevado diariamente una vida harto agitada por grandes ó pequeñas emociones. Todavía hay que asombrarse de que Su Alteza no se haya resentido antes; en mi opinión, el Príncipe se ha dominado mucho, por un sentimiento del deber que parece innato en Su Alteza. Estas son grandes cualidades para un futuro Emperador.

Las mejillas de la Emperatriz se colorearon ligeramente. Una expresión más dulce suavizó la frialdad de su rostro.

—¿Y cuál es vuestro consejo, doctor?—preguntó ella.

—Que Su Alteza goce de un reposo indefinido, señora.

—El matrimonio de Su Alteza está señalado para el mes próximo—añadió la Emperatriz con acento interrogativo.

El rostro del doctor tomó una expresión severa.

—Sería sencillamente imperdonable celebrar la boda de Su Alteza en el mes próximo,—repuso con su voz grave como un oráculo.

—¿Así, pues, hay que aplazarlo?—preguntó el Emperador con fría resolución.

—Indudablemente, señor—respondió el doctor sin vacilar.

—Querido doctor—las palabras del Emperador salían silbando entre los dientes,—veo que no habla usted más que de descanso. Le repito que el Príncipe ha descansado muchos meses... Jamás descansé yo tanto. Mi vida ha sido de una actividad continua. ¿Por qué ha de descansar tanto un joven como el Príncipe? No recuerdo haber descansado cuando era Príncipe heredero. Tal vez no sea tan fuerte como yo, pero es de la misma raza. ¡Dice usted que emociones! ¿Dónde están tales emociones? ¿Las emociones de la crisis política? Soy *yo* quien las ha sufrido, y no el Príncipe. Y sin embargo, no he tenido

necesidad de reposo. ¿Acaso debe reposar un Príncipe porque esté en vísperas de boda? En verdad, doctor, que es llevar la higiene un poco lejos.

—Señor, Vuestra Majestad me ha hecho el honor de pedir mi parecer acerca del estado del Príncipe. Yo he expuesto mi opinión concienzudamente.

—¿Así, pues, descanso?

—Sin duda alguna, señor.

—Pero, ¿cuánto tiempo quiere usted que descansen?

—No puedo fijar tiempo determinado, señor.

—¿Y qué aplazamiento desea usted que tenga el matrimonio?

—Un aplazamiento indefinido, señor.

El Emperador iba de un lado á otro de la habitación; una emoción extraña, tal vez de angustia, le hacía temblar.

—Es imposible—replicó con voz sorda.

—Entonces se casará Su Alteza—dijo Barzia.

El Emperador guardó silencio.

—¿Qué opina usted?—preguntó bruscamente.

—Que Vuestra Majestad, en asunto tan importante, no debe tener en cuenta nada más que lo que dicta la razón y la conciencia.

La respiración del Emperador era jadeante, sus venas se hinchaban en su estrecha frente de romano, y sus puños se crispaban. Nadie había visto á Oscar de aquella manera; nadie se había atrevido á contradecirle así.

—¡Pero explíquese de una vez!—exclamó con fuerte acento, acercándose al impassible rostro del médico.

—Si Su Alteza Imperial se casa el mes próximo, es la muerte.

La Emperatriz permaneció sentada, con el busto erguido, rígido; pero se había puesto pálida, temblaba, cerraba los ojos como presa de un desvanecimiento.

—¿La muerte?—repitió asustado el Emperador.

—O peor—replicó Barzia.

—¿Pecr?

—Sí... el fin de la raza de Vuestra Majestad.

El Emperador dió un grito salvaje y pegó un puñetazo en la mesa de escritorio.

Los objetos de bronce resonaron.

Myxila se adelantó.

—Señor—dijo,—nada está aún perdido. Si he comprendido bien al doctor, la indisposición de Su Alteza es pasajera y curable.

—Ciertamente, Canciller...—respondió Barzia,—al menos que no se contribuya á que sea incurable.

Oscar se mordió nerviosamente los labios. Sus ojos despedían rayos. En aquel momento quedó Myxila asombrado de lo que se parecía á un retrato de Wenceslao el Terrible.

—Doctor—exclamó,—réstame darle las gracias. Permanezca aún hasta mañana, en Lipara, para reconocer de nuevo á Su Alteza.

—Obedezco las órdenes de Vuestra Majestad — dijo Barzia.

Se inclinó, saludaron los médicos y se retiraron. A solas con la Emperatriz y Myxila, Oscar dió rienda suelta á su cólera. Corría de un lado para otro como una fiera, golpeando con los pies, silbando como si el aire no pudiera pasar por su garganta.

Su rabia explotó al fin.

—¡Oh!—gritaba con sus dientes apretados.—¡Valiente joven!... ¡Ni siquiera puede casarse! ¡Con su Duquesa sí podía!... ¡Y ese muchacho, ese muchacho es el que debe sucederme... á mí!...

Y reía sarcásticamente.

La Emperatriz se puso en pie.

—Conde—dijo con frialdad dirigiéndose á Myxila,—¿quiere usted acompañarme?

La Soberana se dirigió hacia la puerta; Myxila la siguió no sin vacilaciones.

—¿Por qué?—exclamó el Emperador.—¿Qué significa esto? Todavía tengo que hablar con Myxila...

La Emperatriz miró fríamente al Emperador.

—Deseo, señor, que el Conde de Myxila me acompañe—dijo con voz alterada.—Creo que Vuestra Majestad necesita quedar solo. Vuestra Majestad dice cosas que un padre no debe pensar y que un Soberano no debe decir en presencia de uno de sus súbditos, aunque sea el primero de todos.

El Emperador quiso interrumpirla.

—Vuestra Majestad—continuó la Emperatriz con acento altivo que, aun cuando temblaba, era frío y cortante como un cuchillo,—Vuestra Majestad habla del futuro Emperador de Liparia en tales términos, que deseo que ningún súbdito, ni siquiera el Conde de Myxila, oiga hablar así de su futuro Soberano, y Vuestra Majestad habla de *mi hijo* de un modo tal, que deseo no oirlo, señor. Conde, le ruego una vez más que me siga.

—Vete, pues—dijo el Emperador furioso.—¡Váyanse los dos; dejadme solo, dejadme solo!

Fuera de sí continuó recorriendo la habitación, tirando las sillas, rugiendo como un león rabioso en su jaula. Cogió una estatua de bronce de sobre una mesa, colocada ante un gran espejo que llegaba hasta el techo.

—¡Pues bien!—Su voz silbaba y la cólera estallaba en su cerebro, sus ojos estaban inyectados de sangre; estaba loco al verse impotente contra las estúpidas fuerzas de la fatalidad, contra la lógica de los acontecimientos.

Como un atleta levantó en sus brazos la pesada estatua, y como un niño la arrojó contra el espejo, que voló en mil pedazos.

La Emperatriz y Myxila habían salido de la sala.

X

La vida de la Corte continuó como siempre; el primer besamanos de la Emperatriz se celebró en los grandes salones iluminados por las arañas, aun cuando era de día, junto á la gran sala de audiencias; las damas entraban, daban sus tarjetas al primer chambelán, escribían su nombre y esperaban que el gran maestro de ceremonias anunciase sus títulos. Iban escotadas, con las colas recogidas en el brazo; llevaban largos velos blancos que pendían de sus peinetas de perlas y brillantes en pliegues vaporosos. Era la primera aparición de los nuevos trajes de la estación reinante, y la moda mostraba sus novedades; los salones venían á ser como los bastidores en donde las damas esperaban el solemne momento de salir á escena en presencia de Su Majestad.

La Duquesa de Iemena esperaba también, con la cola bajo el brazo, en unión de las dos Marquesas, sus hijastras, á las que debía presentar á la Emperatriz, cuando vió á Dutri, que saludaba y se excusaba, dando vueltas entre las señoras para abrirse paso en los salones llenos.

—Dutri—dijo la Duquesa, haciéndole señas para que se acercase.

Se acercó, no sin trabajo, y saludó á las Marquesitas, que estaban con la timidez de novicias, con rostro contraído, los ojos muy abiertos y los labios apretados; no hacían más que arreglarse bajo el brazo sus pesados mantos de corte con movimientos torpes, pero graciosos. Sonrieron al escuchar las palabras de Dutri y después se pusieron á mirar los trajes de las otras damas.

—Dutri—murmuró la Duquesa,—¿cómo está el Príncipe?

—Siempre en el mismo estado—respondió en voz baja el Ayudante de campo;—una melancolía terrible...

—¿No habría medio de verle, Dutri?—añadió la Duquesa bajando más la voz.

Dutri se asustó.

—¿Cómo, Aleja? ¿Cuándo?

—Ahora, después del besamanos.

—Es imposible, Aleja. El Príncipe no ve más que á Sus Majestades y á la Princesa; no habla con nadie, ni siquiera con sus chambelanes, ni siquiera con nosotros...

—Dutri—insistió ella poniéndole una mano en el brazo,— haz cuanto puedas. Si me ayudas... yo también te ayudaré...

Él la miró como si esperase algo más.

—¿Qué te parece Elena?—preguntó la Duquesa indicando á sus hijastras.

—Me gusta más Leonor—respondió sonriendo.

—Pues bien, ven más á menudo á casa, á mis reuniones íntimas; no te vemos ya... Prepararé á mi marido...

La Duquesa ofrecía ante los ojos de Dutri aquel brillante matrimonio; él, con los párpados entornados, la miraba y sonreía.

—Pero es preciso ayudarme—añadió ella amenazándole en broma.

—Haré cuanto me sea posible, Aleja; pero no te prometo nada—tuvo aún tiempo de decir Dutri, y añadió:

—Espérame después del besamanos en los otros salones.

Continuaba solemne, lentamente anunciaban los títulos; las damas pasaban, dejaban caer su cola y entraban en escena.

—Su Excelencia la Duquesa de Iemena, Condesa de Vaza; Sus Excelencias las Marquesas de Iemena.

La Duquesa se adelantó, seguida por las dos jóvenes, muy encarnadas, con el corazón palpitante. Atravesaron una galería, dejando caer la cola; antes de entrar en la sala de audiencias dos lacayos echaron sobre los hombros de las damas los pesados mantos de corte.

—Su Excelencia la Duquesa...

Por segunda vez resonó este nombre en la sala de audien-

cia con acento más respetuoso, porque los títulos llegaban al atento oído de Su Majestad. La Duquesa y las Marquesas entraron. Entre los grandes tapices de terciopelo azul obscuro cuajados de cruces de San Ladislao, bajo el dosel del trono, sostenido por doradas columnas, la Emperatriz estaba sentada como un ídolo, proyectando una sombra ante su traje de seda bordado de plata, con el manto imperial de armiño que le caía pesadamente hasta los pies y una diadema de brillantes en la cabeza. A la derecha del trono estaba sentada, más en bajo, la Princesa Thera; á la izquierda la gran dama de honor, Condesa de Threma, y á los lados se hallaban las otras damas de Palacio, los altos funcionarios, Generales y Oficiales del Cuartel militar, Gentileshombres de cámara...

La Duquesa, después de hacer su reverencia, se acercó al trono con gran veneración, como si sus labios osaran apenas rozar la punta de los dedos, cuajados de sortijas, que la presentaba la Emperatriz como una reliquia viva.

Después la Duquesa se hizo dos pasos atrás y avanzaron las Marquesas, maravillando á todos por la gracia juvenil de su primera presentación en la corte, no exenta de embarazo, lo que les daba mayor encanto. Terminado el acto salieron por otra puerta y se dirigieron por otros salones y galerías al vestíbulo en que esperaban los carruajes. Las muchachas se miraron, tratando de adivinar sus recíprocas impresiones, con las mejillas sonrosadas todavía, y muy asombradas de la incomprendible brevedad de aquella primera aparición en que habían actuado de damas, acompañando á su madre en un lugar en el que desde entonces transcurriría su existencia. ¡Cuántas veces había pensado y soñado con aquel instante en aquellos últimos meses! ¡Y aquel instante había pasado ya con extraordinaria rapidez!...

La Duquesa hizo una caricia á Elena, arregló el velo de Leonor y dijo que se habían portado admirablemente, y que ella misma había observado lo satisfecha que había quedado de ellas la Condesa de Threma. Después se puso á hablar con

otras damas, á las que presentó las Marquesitas, ofreciendo visitarlas. Luego se dirigió á un lacayo:

—Vaya á ver dónde está mi carruaje; diga que salga de la fila y se coloque el último. Tome...

Le dió una moneda de oro y el lacayo salió.

La Duquesa experimentaba una agitación nerviosa y buscaba ansiosamente á Dutri. Por fin llegó éste, que dijo:

—Aleja, imposible...

—¿Se lo has preguntado al Príncipe?

—No, todavía no; pero antes hace falta que consienta en verme. Después, ¿cómo conseguiré introducirte cerca de él? En el vestíbulo hay siempre una porción de lacayos, de guardias, de alabarderos: en la antecámara te puedes encontrar con un chambelán. Verdaderamente es imposible.

Ella montó en cólera.

—Pero, pregúntaselo, por lo menos. Veremos en seguida la manera de entrar.

Dutri hizo un gesto de desesperación, como de broma.

—Pero, Aleja, no puedes empeñarte en eso..., comprende que es imposible.

La Duquesa no respondió, negándose á reflexionar, obstinada en su idea de ver al Príncipe: quería verle. Se encaró con Dutri y dijo:

—Está bien; si tú no haces nada por mí, no cuentas para nada con mi ayuda.

Había elevado la voz, nerviosa, irritada: sus hijastras la oyeron.

—¡Aleja!—exclamó Dutri con dulzura.

—¡No, no!—replicó ella secamente.

Él pensó en sus deudas y en Leonor.

—Lo intentaré—murmuró con desaliento, sin saber lo que hacer.

Aleja lo recompensó inmediatamente con una sonrisa. Dutri se dirigió, penetrado de la alta importancia de sus funcio-

nes, en busca de su doliente Príncipe. En la antecámara se encontró con un chambelán de servicio.

—¿Querrá verme el Príncipe?

El chambelán se encogió de hombros.

—Voy á preguntárselo—dijo.—Volvió al punto. El Príncipe autorizaba á Dutri para que entrase.

Dutri entró. Othomar estaba recostado en un diván de piel de tigre, ante su escritorio. Estaba desmejorado, con los ojos hundidos y el color terroso; su cuello delgado asomaba por la camisa de seda, sobre la que tenía puesta una cazadora de terciopelo. Tenía en la mano un libro abierto. Djalo, el perro, estaba echado en el suelo.

Dutri, buen orador, comenzó á exponer con verbosidad su pretensión.

—¿La Duquesa?—interrumpió Othomar con hastío...—
¡No, no!

Dutri continuó; estaba conmovido, empleaba palabras dulces con mezcla de tristeza.

En el rostro de Othomar apareció una expresión que en aquellos últimos tiempos era extraña y nueva. Era como si el cansancio se hubiese trocado en obstinación, en dureza: una especie de contradicción silenciosa.

—No—repitió, y su acento era tan decidido que no admitía réplica:—Discúlpame con ella, Dutri. ¿Y dónde... dónde quería verme?

—He mostrado las dificultades de la empresa; pero tal vez si Vuestra Alteza se hubiera dignado, se hubiese podido...

Othomar cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y puso su mano en la cabeza del perro. No respondió y apretó los labios.

Dutri vacilaba aún: ¿Qué iba á hacer, qué diría la Duquesa?

Pero la puerta se abrió y entró la Emperatriz: había terminado el besamanos; se había quitado el manto y la corona, pero llevaba aún el pesado traje de bordado de plata. Miró fríamente á Dutri y le indicó con la cabeza que podía retirar-

se: el Ayudante de campo se alejó molesto, sin su habitual desenvoltura.

Othomar se había levantado.

—¡Mamá!

La Emperatriz se sentó á su lado y le pasó la mano por la cabeza.

—¿Cómo estás?

El Príncipe sonrió y cerró los párpados sin responder.

—¿Qué hacía aquí Dutri?

—Me preguntaba... ¡oh, mamá, dejemos esto! No me lo preguntes... ¡Qué hermosa estás! ¿Puedo yo también tomar parte en el besamanos?

Se inclinó cariñosamente, la cogió la mano y se la besó. La Emperatriz cogió el libro que llevaba un título ofensivo para la Majestad Real.

—¿Estabas leyendo, Othomar?... Ya sabes que no debes leer mucho. ¿Y para qué tienes todos estos libros raros?

En la mesa había obras de Lassalle, Marx, de nihilistas rusos, un folleto de Bakounine y otros de Zanti... El folleto que leía era de un anarquista lipariano famoso, titulado *La injusticia por la gracia de Dios*. Lo demolía todo: la religión y el Estado; atacaba directamente á las tiránicas testas coronadas, y particularmente á Oscar.

—¿Lees semejantes cosas para aliviarte, Othomar?—preguntó Isabel con doloroso reproche.

—Mamá, debo saber lo que éstos quieren.

—¿Y qué quieren?

—No sé lo que quieren, no les comprendo. Dicen largas frases, siempre las mismas; siempre las mismas palabras. Comprendo únicamente que reprueban todo lo que existe y que quieren otra cosa. Pero á veces, sin embargo...

—¿A veces, qué?

—A veces dicen cosas espantosas, espantosas porque parecen la verdad, mamá. Cuándo hablan de Dios y demuestran que no existe, cuándo encuentran malas todas nuestras insti-

tuciones políticas, y rechazan toda autoridad, incluso la nuestra... Algunas veces hablan como niños que charlaran y lo condenasen todo, sin más ni más, y otras hablan con claridad y hacen brotar en mí pensamientos harto instintivos. Si Dios existe, ¿por qué la injusticia y la miseria? ¿Y de dónde emana el derecho de nuestra autoridad? ¡Dios mío, mamá! ¿Qué derecho tenemos nosotros para mandar sobre los demás, sobre millones de hombres? Dímelo; pero dame razones de principio, no de consecuencia: empieza, no por nosotros, sino por los primeros tiranos; ¿qué derecho les asistía? Pues el nuestro procede únicamente del suyo. ¡Oh! ¿Quién podrá descifrar este enigma, Dios mío, quién podrá resolverlo?

Isabel palideció y le miró como si estuviese loco.

—¿Quién te da esos libros?—preguntó duramente con voz ronca y angustiada.

—Dutri, Leoni, el mismo Andrés me los trae.

—¡Están locos!—exclamó la Emperatriz levantándose.—
¿Por qué los pides?

—Quiero saber, mamá.

—Othomar, ¿quieres hacer lo que yo te pida?

—Sí, mamá—respondió Othomar dulcemente,—pero siéntate antes y no te enfades. Y llámame hijo. Y... vete á mudar; no puedo verte con ese traje; estás muy lejos de mí; la voz viene de lejos y no me atrevo á abrazarte; así no eres mi madre, eres la Emperatriz, mamá.

La Emperatriz se conmovió al escuchar aquellos sinceros acentos, y exclamó con un sollozo:

—¡Hijo mío!

—Sí, sí, llámame así... Encontrémonos, mamá, no nos alejemos más. ¿Cuál es tu deseo?

—Dame todos esos libros.

—Te los daré... ¡No hacen que sea más feliz!

—Pero, ¿por qué eres desgraciado, hijo de mi alma?

—Mamá, mira el mundo, mira nuestra patria, vé cómo sufren, qué oprimidos están. ¿Qué podré hacer por ellos? Siem-

pre seré impotente, pese á todo nuestro poderío. ¡Oh! ¡Es tan negro mi porvenir! No veo nada, no tengo ninguna esperanza; solamente los utópicos esperan todavía; pero yo no espero ya, porque no puedo nada, no puedo nada... Tengo que reinar, y no me encuentro con fuerzas, mamá. Toda la carga del país me cae sobre los hombros, y no puedo, no puedo, no puedo. ¿Qué soy yo? Un pobre joven enfermizo. ¿Cómo he de ser Emperador? No sé por qué ni cómo, pero no siento en mí á un futuro Emperador, me siento una débil criatura; sí, me siento tu hijo, tu pequeño, nada más...

Hizo ademán de arrojarse en brazos de su madre, pero se echó hacia atrás como asustado al ver sus brillantes atavíos. Cansado, inclinó la cabeza y sus brazos cayeron inertes. Isabel observó aquel movimiento, y lo que experimentó al pronto fue como un arrepentimiento por haber venido con el traje de corte, impulsada por el deseo de verle cuanto antes; pero ese sentimiento desapareció como una emoción fugitiva, porque sufrió un vértigo como si se hubiera abierto un abismo á sus pies, como si la tierra temblase y se extendiera ante ella un caos de negrura.

Su alma veíase invadida de una suprema desesperación de impotencia; extendió los brazos, con la mirada extraviada.

—Hijo mío, no me hables así, porque... me quitas las fuerzas—exclamó con desaliento.—¿Y qué otro remedio nos queda? Tú debes, debemos todos...

—Perdóname, mamá; pero yo, yo no podré jamás. Ahora lo veo con claridad. No estoy excitado, estoy tranquilo. Lo veo, lo aseguro, no podré.

—Pero tu padre es aún joven y fuerte, hijo mío, y tú con los años...

—Cuantos más tenga, menos podré, mamá. Siempre lo he tenido miedo, desde la infancia, pero nunca he visto la cosa tan desesperante como ahora. No, mamá, no podré. Ahora que estoy enfermo tengo tiempo de pensar en ello,

y veo ante mí la conclusión de todas nuestras angustias....

Sus ojos desesperados estaban clavados en el suelo: la Emperatriz, sin saber qué hacer, se inclinaba hacia él; un hálito amenazador parecía pasar por la habitación.

—Mamá...

Isabel no respondió.

—Debo comunicarte mi resolución.

—¿Qué resolución?

—¿Quieres decírsela á papá?

—¿Pero el qué? ¿Qué, Othomar, hijo mío?

—Que no puedo casarme con Valeria... porque...

—Más adelante, más adelante; no tienes necesidad de casarte ahora...

—No, mamá, no lo podré nunca, porque...

La Emperatriz le miraba, esperando ansiosa que concluyese de hablar.

—Porque quiero renunciar á mis derechos en favor de Berengario.

Isabel no contestó; le estrechó contra sí sin decir nada, no sabiendo cómo consolarle, cómo animarle; y lamentándose en voz baja, comenzó á sollozar.

Parecía como si su alma, lentamente, pero sin interrupción, se fundiese, se aniquilase llena de angustia. Se acusaba de haber comunicado á su hijo, al futuro Emperador de Liparia, su debilidad. Y la revelación de aquel doloroso misterio de la herencia, ante sus ojos desconsolados, le quitaba todas las fuerzas, toda la energía, toda su confianza.

—¡Mamá!—volvió á exclamar él.

Ella continuaba sollozando.

—No te desesperes así... Berengario vale más que yo... Se lo dirás á papá, ¿no es verdad? Y si no, no le digas nada si te cuesta demasiado; se lo diré yo mismo.

La Emperatriz se asustó, y exclamó en medio de su desolación.

—¡Dios mío, no! no le hables tú; es tan violento, ¡te mata-

ría!... ¡Prométeme que no le hablarás de eso! ¡Yo lo haré, Dios mío, sí, *yo* lo haré!

Pero volvió á abrigar una esperanza, y dijo:

—¿Pero por qué vas á hacer eso, Othomar? Ahora estás enfermo; pero curarás y cambiarás de idea.

Othomar miraba al vacío: su presentimiento le hacía estremecer; volvía á ver su sueño; las calles de Lipara que se llenaban de crespón, que subía hasta el cielo haciendo que se oscureciese la luz del sol. Y de nuevo aparecía en su frente su arruga de obstinación, de irresistible obstinación que le ponía desconocido. Meneaba lentamente la cabeza de un lado á otro...

—No, mamá, jamás cambiaré de idea. Créeme, las cosas se arreglarán mejor de esa manera.

Cuando su madre lo vió así, desapareció su esperanza, y volvió á sollozar. Se puso en pie llorando; en su dolor, experimentaba un vacío inmenso; había perdido algo, un hijo.

—¿Sales?—le preguntó Othomar.

Su madre hizo un signo afirmativo sin dejar de llorar.

—¿Me perdonas?

Isabel volvió á hacer otro signo afirmativo. Le dirigió una sonrisa llena de desesperación, y sin tener valor para abrazarle, se alejó sollozando. Al quedarse solo Othomar, permaneció en pie en medio de la habitación con la vista fija en el perro.

—¿Por qué he de causarle este dolor?—pensó.

Sentía una gran angustia en el alma.

—¿Por qué he viajado con Herman?—volvió á preguntarse.—En los primeros días de este reposo se me ha ocurrido tal idea. Y el Dr. Barzia recomienda el reposo... ¿Qué sabe él de mí? ¿Qué puede saber un hombre de otro hombre?

—¡Djalo!—gritó.

El perro se levantó, sacudiéndose, muy alegre.

—Djalo, ¿qué es el bien? ¿cómo debe ser el mundo? ¿Debe haber Reyes y Emperadores, Djalo, ó debemos desaparecer todos?

El perro le miró meneando mucho la cola. De repente dió un salto y lamió el rostro á su amo.

—¿Y por qué, Djalo, debe un hombre hacer sufrir constantemente á otro? ¿Por qué los Príncipes han de oprimir á su pueblo? La vida es siempre la misma, eternamente...

Othomar se había dejado caer en el diván, con una mano sobre el perro, que le lamía cariñosamente.

—¡Oh!—exclamó sollozando—¡Mi pueblo, mi pueblo!

.....

En aquel momento salían del palacio los últimos carruajes.

La multitud de curiosos, por detrás de los granaderos, miraba las brillantes galas de las señoras al través de los cristales de los coches. El de la Duquesa de Iemena fué el último de todos.

XI

El espíritu de la tristeza parecía haber penetrado al través de los mármoles del palacio imperial; una sorda melancolía ahogaba el timbre de las voces, y extendía por el aire un velo que parecía pender de los altos techos. Avanzaba el otoño y las fiestas empezaban con el primer baile, pero se daba el baile porque en realidad era inevitable como fiesta oficial, sin expansión, sin alegría. Los asiduos del palacio, los que concurrían á casa de la Duquesa de Iemena, y los individuos del cuerpo diplomático, llenaban las reuniones íntimas de los salones de la Empeatriz. A los ojos de estas personas, los grandes bailes eran considerados como obligaciones ineludibles; en cambio los bailes íntimos de la Emperatriz se tenían como fiestas agradabilísimas. Pero la Emperatriz había anunciado que suspendía sus reuniones á causa de la enfermedad del Príncipe heredero. En aquel gran baile inaugural, Sus Majestades se limitaron á hacer una corta aparición en el rigodón de honor...

Sobre el esplendor de las fiestas palatinas cerníase en los aires una nube gris. Se había reducido el número de invitados para las comidas diarias, celebradas hasta entonces con tanta solemnidad; no asistían más que las personas estrictamente necesarias. El mismo Emperador mostrábase de un mal humor continuo: el proyecto de armamentos militares continuaba siendo combatido en sus principios por la Cámara de los Estados, y el Emperador se obstinaba en mantener á su Ministro de la Guerra; además, con terquedad pueril en medio de su energía, no había podido acostumbrarse aún á la idea del aplazamiento del matrimonio del Duque de Xara. Le enfurecía que su mundo lipariano se permitiese caminar en contra de sus deseos.

Ni la Emperatriz ni el mismo Príncipe habían hallado todavía un momento favorable para comunicar al Emperador la resolución fatal. Aún no le habían indicado nada; el humillante secreto permanecía entre ella y su hijo. Humillante, porque ¿cuál sería la razón que había de exponerse ante el país para la abdicación del Príncipe? ¿Qué razón sería bastante poderosa para ocultar el verdadero motivo de aquella debilidad? Y sin embargo, se trataba de su hijo, é hijo de Oscar.

A la Emperatriz le parecía imposible comunicar á su marido la determinación de Othomar, decirle que su hijo no se sentía con fuerzas para reinar. ¡Cuánto hubiera dado por evitar á su hijo aquella humillación! ¿Pero era en realidad incapaz de reinar y de llevar dignamente la corona? ¡Si ella hubiese podido responder á las palabras de desaliento de él! Pero no había hecho más que sollozar y ceder ante su desesperación. ¡Si ella hubiera podido hallar en su alma la virtud necesaria para reaccionar á su hijo! Y sin embargo, comprendía ella que la tal virtud debía existir, porque tenía la intuición de lo que pasaba en el alma de sus iguales: el misterio que acompañaba al nacimiento en egregia cuna; la razón por la que eran reyes; la razón de sus derechos. Creía, con inocente ingenuidad, que en las testas coronadas existía una esencia especial que les ponía por encima de la multitud.

Creía que el alma de todos los Soberanos debía estar animada por la sagrada sangre que corría por sus venas. Creía en el derecho divino. Y porque creía en ello como en un pecado original de criatura humana, y en la absolución de su confesor el Arzobispo de Lipara, jamás lo hubiera podido poner en duda. Que se pensara, que se escribiera, que se pretendiera lo que se pretendiese, los Soberanos tenían el derecho de reinar: estaba tan segura de ello como del misterio de la Trinidad. Que Othomar hubiese dudado de Dios, le era muy doloroso, pero no tanto como el que no quisiera creer en sus derechos. ¿Acaso sería él el único que careciese de aquella esencia especial, de aquella sangre sagrada, de aquel átomo divino? Y si él, el Príncipe heredero, carecía de majestad, si experimentaba aquella privación monstruosa, ¿no sería tal vez sin culpa suya y sí por culpa de ella, de su madre, que le había echado al mundo?

El sentimiento de aquella culpa la abrumaba, y antes de atreverse á hablar á Oscar, se humilló ante el Arzobispo. El prelado, asustado ante la causa de la misteriosa melancolía del palacio, apenas pudo consolarla. Isabel permaneció de rodillas horas enteras delante de un Crucifijo. Oraba con toda su alma; oraba para ver claro en sí misma y en su hijo; oraba pidiendo fuerzas, y para que la chispa divina descendiese sobre Othomar. Después de haber rezado largo rato y con gran fervor, se sintió tranquila, como si fuese una manifestación del Espíritu Santo. Volvió á ser la misma; esperó; renació su confianza fatalista en que no sucede más sino lo que debe suceder, y que todo lo que acontece es lo conveniente. Si Othomar recibía la divina chispa, sería un bien; si renunciaba á sus derechos sería un bien, por una razón misteriosa, sabida por el Dios inexcrutable.

Cada día que pasaba sin hablar al Emperador, aumentaba la esperanza de la Emperatriz; esperaba que Othomar volvería en sí y renunciaría á su humillación; y esperaba, á pesar de todo, porque cada vez que veía á Othomar le encontraba más abatido, más abrumado, más desconsolado, en la certeza de

su debilidad. El Dr. Barzia, que continuaba visitando al Príncipe, no parecía inquietarse en manera alguna por aquella debilidad física. El Príncipe no era fuerte; pero el doctor descubría en la débil constitución del enfermo el elemento que brotaba de la fuerza primitiva sensual y material de los Czirkiski; el elemento eslavo encerrado por la mezcla de la sangre romana, pero subsistente; un vigor secreto, algo indestructible; una fuerza inconsciente, que á manera de cimiento estaba profundamente arraigada y sostenía una construcción más delicada y más frágil. El doctor pretendía hallar en el vigor del temperamento lo que había sido fuerza bruta; lo que había sido crueldad y sensualidad habíase súbitamente manifestado en la sobreexcitación de los nervios dominados á fuerza de voluntad y por el sentimiento del deber, pero que se había hecho visible á consecuencia de aquella gran postración. Barzia hallaba en Othomar el lastre de los antepasados de éste, y estaba seguro de que si la rica materia de la sangre primitiva se había afinado en él como si hubiese sido colada en el cuerpo por venas más finas, aquella sangre no estaba tan empobrecida, sin embargo, que hiciera pensar que la delicada constitución del futuro Emperador fuese como una decadencia de la raza. Tal vez la repentina simpatía de Barzia por el Príncipe Imperial tuviera parte en el favorable diagnóstico; de todos modos, al doctor no le alarmaba la delicada constitución ni la debilidad nerviosa de su augusto enfermo; lo que temía era que las cualidades psíquicas del Príncipe, causa de la simpatía del médico, no pudieran mantenerse en aquel período de debilidad y de abatimiento. Sabía que tales virtudes eran espontáneas en el Príncipe, sin reflexión, sin cálculo, como un tesoro ignorado por el mismo. ¿Se perderían esas cualidades en aquellos tristes días, ó bien se mantendrían, desarrollándose y haciéndose más grandes? ¿Ganaría Othomar en fuerza moral lo que le faltaba de fuerza física? El doctor no se engañaba, y sabía que la fuerza moral era lo único que podía curar al Príncipe...

Othomar no pensaba ni en sus cualidades ni en su sangre: pensaba en su porvenir, y pensaba en él con una desesperación que aumentaba de hora en hora. Cuando la Emperatriz preguntó al doctor Barzia si las distracciones no convendrían al Príncipe mejor que la inacción, respondió el médico que hartas distracciones había tenido el Príncipe en aquellos últimos tiempos, y que lo que convenía ante todo era el reposo, pues sería perjudicial cuanto excitase la imaginación del enfermo.

Pero Barzia no opinaba así de una manera absoluta, y menos lo hubiera opinado si hubiese sabido hacia qué lado tendía la imaginación del Príncipe y si conociera lo que verdaderamente pasaba en el alma del mismo.

Y pasaron días; Othomar no volvió á hablar de su resolución á la Emperatriz, para no apesadumbrarla; la Emperatriz tampoco hablaba, y esperaba.

Pero la imaginación de Othomar continuaba dando vueltas al mismo pensamiento: no podía hacer nada por su pueblo, al que tanto amaba; no podía gobernar, debía abdicar sus derechos y su título de Príncipe heredero; Berengario debía convertirse en Duque de Xara.

El Príncipe segundo iba diariamente á ver á su hermano, siempre de uniforme, con aspecto de General en miniatura, y Othomar le observaba sonriendo.

¿No experimentaba deseos de reinar aquel muchacho de imaginación medioeval? ¿No sentía en su corazoncito algún conato de celos? Othomar recordaba la historia de Liparia, concerniente á los crueles tiempos de principios de la Edad Media; se acordaba de aquel terrible drama—en San Ladislao enseñaban la cámara en que se había desarrollado—en que el hijo segundo mató á su hermano mayor para apoderarse de la corona, arrojando después el cadáver desde una de las ventanas al Zanthos, que corría á los pies del castillo. ¿Qué restos quedaban de tales celos en aquel niño? Y aun cuando no experimentase pasiones tan salvajes, ¿dejaría de tener una alegría

inmensa al saber que podía convertirse en Príncipe heredero y llegar á ser Emperador un día? ¿Y qué pensaría aquel niño de él, de Othomar, que abandonaba voluntariamente tales privilegios? ¿Le despreciaría, á pesar de agradecérselo, ó bien tendría consciencia del misterio oculto en aquella grandeza de la que Othomar se despojaba, y abrigaría alguna sospecha?

Y atraía hacia sí á su hermano con silenciosa compasión; pero veía con gusto la robustez de sus miembros, y oía satisfecho sus frases breves, cortantes. Berengario se llevaba á Djalo al parque para correr un rato, y después se lo traía á su hermano, á quien hablaba con importancia de los estudios que seguía.

Y cuando Berengario se marchaba, Othomar se quedaba pensando en él; consideraba ya á su hermano como Príncipe heredero; se irradiaba á sí mismo de la lista de los futuros Soberanos; pensaba en lo que haría una vez curado y despojado de su púrpura; se acordaba de su tío Saverio, prior de un convento, y se proponía él á su vez estudiar y escribir obras de historia y de sociología.

LUIS COUPERUS.

(Se continuará.)

POETAS AMERICANOS

EL CONDOR VIEJO

A Rafael Pombo.

En una roca de la sierra umbría
Vive un condor ya viejo y desplumado,
Que contempla la bóveda vacía
Con tan honda y tenaz melancolía,
Cual si estuviese allí petrificado.

Ya no puede volar, y cuando empieza
La blanca nube á coronar la altura,
Envidioso la mira, y con tristeza
Inclina taciturno la cabeza
Sobre su roca, incommovible y dura.

Sirve de escarnio á los demás condores
Que andan en las cumbres de granito
Y que, del hondo espacio triunfadores,
Bañan su cuello en mares de colores
Al desgarrar la aurora el infinito.

En la noche, en los hondos agujeros
De su peñón, donde las brisas suaves
Se refugian, él sueña cosas graves;
Ya, que eleva en el aire á los cor deros,
Ya, que agarra en las nubes á las aves.

Mas, se mira las alas compungido
Y no halla en ellas ni siquiera rastros,
De aquel tiempo en que hubiera hasta podido
Colgar su enorme y silencio nido
De las rubias pestañas de los astros;

Cuando al lanzarse en inauditos vuelos,
Rozaba con el arco de sus plumas
Los bruñidos cristales de los hielos,
Al hundirse en el polvo de las brumas
Bajo el zafiro inmenso de los cielos,

Cuando, al rugir el rey de los tiranos,
El hondo mar que eterna rabia alienta,
Llegaba á los ignívoros volcanes
Por sentir estertores de tormenta
Y escuchar aleteos de huracanes;

Cuando, ávido de luz y ambientes puros
Del sol siguiendo el luminoso paso,
Desde los altos peñascales duros
Iba á alumbrar sus ojos verdi-oscuros
En los rojos incendios del ocaso...

Yo conozco un poeta desplumado
Como el condor aquel, cuya presencia
Es un mísero escombros del pasado;
¡Ya no puede volar! hoy vive atado
Á la roca fatal de la impotencia.

Eso pensé de ti; mas hoy que he visto
Que tú, viejo condor, con rudo aliento
Subes aún rasgando el firmamento,
Me espanto de mi error y me contristo
Presa del más atroz remordimiento.

El mismo eres de ayer. La artera bala
Que cierto cazador disparó un día
Contra ti, no logró romperte el ala;
No eres momia ambulante todavía:
¡Tu espíritu inmortal vigor exhala!

Perdóname, poeta, si atrevido
Quise herirte también; fulgidos rastros
Nos dejas al volar; ¡no estás vencido!
¡Puedes aún colgar tu enorme nido
De las rubias pestañas de los astros!

JULIO FLORES.

JUVENILIA

Dejan los tallos las marchitas flores,
Y las ramas los frutos sazonados:
Los árboles añosos y encorvados
Se preparan á herir los leñadores;

Viene otra Primavera, otros amores
A cantar en los bosques y en los prados,
Y nuevos surcos abren los arados,
Y sienten nuevas ansias los pastores.

Los ríos quieren ensanchar sus cauces,
El viento mece las nacientes hojas
De más enhiestos y copudos sauces;

Y tú que vives en perpetuo estío,
Tú, inacorde laúd, ¿por qué no arrojas,
Y oyes el dulce preludiar del mío?

D. MARTÍNEZ LUJÁN.

LA AMÉRICA LATINA

Las palmas son la gloria, y los palmares
Cubrir de gloria á América parecen;
Los mares son lo inmenso, y la guarecen
Vastos espejos de estruendosos mares.

Los ríos son poesía, y con cantares
Las liras de cien ríos la ensordecen;
Los montes son grandeza y la enaltecen
Cimas de cordilleras seculares.

Pueblo que cara al Sol libre camina,
Hunde su apocalíptica retina
Del tiempo venidero en lo profundo,

Y contempla á su raza triunfadora
La hostia elevar, sublime y redentora,
Que ha de mirar arrodillado el mundo.

ADOLFO GARCÍA

SOBRE LA EXPANSIÓN DEL CASTELLANO

EN LOS PAÍSES EN DONDE ES EXÓTICO ESTE IDIOMA.

Hay lenguas que tienden á desaparecer, hay otras que se extienden y adquieren más influencia cada día. Entre estas últimas están la castellana y la inglesa, y esto no hay duda que es debido tanto al impulso expansivo que les han comunicado respectivamente los dos pueblos, español y británico, como al genio de ambos idiomas.

En toda comunidad mixta en donde los individuos congregados hablen diversos idiomas, como uno de éstos sea el castellano ó el inglés, tarde ó temprano estas lenguas se sobrepone y resultan las dominantes en la comunidad, salvo los casos en que ésta dependa directamente de una nación con idioma propio distinto de los dos nombrados.

Este artículo no tiene por objeto pasar revista á las regiones donde ya se habla el castellano como idioma propio, ni presentar estadísticas del número de individuos que van adoptando este lenguaje, además del suyo y con preferencia á otros, por circunstancias históricas ó conveniencia en los intereses, como sucede actualmente en los Estados Unidos, para atender á las cuestiones de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y al movimiento panamericanista; ó con Alemania, para favorecer su expansión comercial; este breve trabajo tiene pretensiones más modestas.

Me propongo solamente exponer (como prueba de la vitalidad y fuerza expansiva del castellano) algunos casos de observación absolutamente personal, en mis viajes por países donde nuestro idioma es absolutamente exótico.

Y puedo echar por delante esta afirmación: No he hallado territorio ó rincón del mundo, por apartado ó recóndito que sea, donde no haya encontrado alguno ó algunos individuos que sin ser españoles ni procedentes de los países en donde el castellano es el idioma nacional, conocen y hablan nuestra lengua.

Los motivos ó razones para poseer el conocimiento del castellano eran muy diversos en los distintos casos. Unos lo aprendieron viajando, otros por necesidad para atender á sus negocios, quiénes por pura afición literaria, algunos por trato accidental con algún español.

*
* *
*

Paso por alto todos los casos á que pudiera referirme en las naciones cercanas á la Península, pues es claro que en Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, por la proximidad y frecuencia y extensión de relaciones de todo género, es natural que se encuentren muchos individuos que conozcan nuestro idioma. En Irlanda los hay también; pues los colegios católicos irlandeses establecidos en Salamanca, Valladolid y otras poblaciones españolas, dan todos los años un contingente que contribuye á difundir el castellano en la Verde Erin.

En este artículo voy sólo á concretarme á países más remotos.

Viajando por Dinamarca, el Dr. Block presentóme á su familia en Copenhague y encontréme en aquella casa como en un hogar español. Todos hablaban castellano, no prendido con alfileres, sino como si fuera su propio idioma. El padre de toda aquella familia, otro Dr. Block, ya difunto, había llevado á sus hijos é hijas á Puerto Rico, y cuando regresaron á Dina-

marca, seguían hablando en familia el español con preferencia al danés, su idioma propio. Conocí allí también al célebre marino dinamarqués Carttensen, al profesor Thomsen, químico famoso en todo el mundo y á otras ilustres personalidades cuyo nombre no tengo á mano ni recuerdo en este momento, y todos hablando castellano con propiedad y corrección. Nunca olvidaré que á veces nos reuníamos algunos de los individuos daneses citados y el Dr. Reus, de Berlín; el profesor Wilson, de París; el Sr. Cora, de Milán; Mr. Koppel, de Colombia, y en todas estas reuniones el lenguaje común, el que únicamente usábamos, no era el francés, ni el inglés, ni el alemán, era sólo y constantemente el castellano. Los dinamarqueses son ilustradísimos, no hay quien no conozca allí dos ó tres idiomas además del suyo; y como prueba de que el castellano ocupa en Dinamarca un buen puesto, debo citar el hecho que habiendo de dar una conferencia en la Universidad de Copenhague, me indicaron que de no darla en danés, no usara otro idioma que el español, y así lo hice, notando en la mayoría del auditorio señales inequívocas de no haber perdido una palabra de mi modesta disertación.

Que en Nueva York haya encontrado muchos yankis que sepan castellano, no tiene nada de particular. Pero ya en Chicago, descontando los mejicanos y otros hispanoamericanos, es un poco más raro. Sin embargo, allí conocí á Mr. Curtis, Mr. Palmer, Mr. Chatfield-Taylor, que hablan y han escrito en castellano; á Mr. Baker, que después ha mandado uno de los acorazados norteamericanos, y á quien cualquiera tomaría por un madrileño; al Dr. Kesapp, profesor de literatura de la Universidad de Chicago, con quien he tenido largas é interesantes conversaciones, por supuesto en castellano, y que sabe más de nuestros escritores antiguos y modernos, de nuestros artistas, de nuestras costumbres y aun de nuestra geografía, que muchos españoles de renombre.

Por Arizona, Nuevo México, Texas, California y otros Estados norteamericanos del Oeste, quedan todavía muchas

familias, que aunque con ciudadanía yanqui, conservan con el apellido el lenguaje de sus ascendientes. Y es grato encontrar en Las Villas, del Estado de Nuevo México, un Sr. Manzanares, Miembro del Senado de Washington, que habla como escriben Valera y Pereda (y no es hipérbole); en los Angeles, un Sr. del Amo, que os obsequia en su hogar español; en Laredo (Texas), una familia Vera que se esfuerza en encontrar afinidad y parentesco con el viajero español del mismo nombre; en San Francisco, entre otros muchos de abolengo español, extranjeros, como Mr. Carpi, que no sólo hablan castellano, sino que tienen cocineros españoles, porque los guisos de nuestra tierra son los que más les gustan.

Veladas he pasado en San Francisco, en las que, juntándonos españoles netos, mexicanos, norteamericanos de origen español, italianos, franceses, ingleses y alemanes, no se hablaba y cantaba más que en castellano, y esto intuitivamente y como por convenio tácito, sin esfuerzo y como lo más natural.

Y en las expediciones al interior, en el fértil y delicioso valle de Santa Elena, paraíso escondido en el corazón de California, he encontrado un yanqui millonario viviendo en un palacio campestre construido en medio de aquellas soledades, y muy ufano de saber castellano y de que su familia lo supiera, pues Mister Parrot, que así se llamaba, había sido educado en Madrid y en Bilbao y unía los mejores recuerdos de su juventud á España y á todo lo español.

*
* *

La Colombia británica la he recorrido en compañía de un inglés ingerto en brasileño, Mr. Richard, quien, dicho sea sin ofenderlo, tiene la cara, el aire y el habla de un verdadero gitano malagueño. Desde Victoria á Vancouver, y desde allí á los grandes lagos del Canadá, sus chascarrillos, su chispeante conversación andaluza, sus magníficas ocurrencias, me hacían

creer que estaba viajando, no por aquellas remotísimas tierras del septentrión de América, sino por la misma serranía de Ronda, á cuyos paisajes, los de la *British Colombia* son también muy parecidos.

Saltando de los países del extremo Norte á las regiones tropicales que baña el Océano índico, recuerdo asimismo multitud de incidentes que prueban cómo el castellano se ha medido y propagado por todas partes. Viajando por los mares al Oriente de Africa, ocurrió que en uno de los puntos de escala del buque embarcaron tres jóvenes con todo el aire de bailarinas ó artistas de café cantante. Entendíanse medianamente en alemán con la servidumbre del barco; pero no sabiendo, al parecer, ni una palabra de francés, ni de inglés, permanecieron durante varios días de la travesía completamente retraídas y sin tramar conversación con los demás viajeros. Todos las mirábamos con curiosidad, haciendo mil cálculos y suposiciones respecto á su nacionalidad. Se procuraba coger al vuelo las palabras que pronunciaban cuando hablaban entre sí, pero su idioma resultaba desconocido para todo el mundo á bordo. Un día dejé olvidado sobre cubierta un libro español que iba leyendo, y cuando al cabo de un rato subí á recogerlo, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver que una de las tres jóvenes misteriosas lo tenía en la mano y parecía muy interesada en su lectura! Me dirigí á ella en castellano, y me contestó en seguida, con gran alegría, en el mismo idioma. Desde entonces el misterio quedó descubierto. Eran polacas; desde muy niñas las habían llevado á la República Argentina y habían corrido toda la América del Sur. De vuelta á Europa habían desembarcado en Lisboa, pasado rápidamente por España é Italia, habían permanecido más de un año en el Cairo, y se dirigían al Cabo de Buena Esperanza con el fin de embarcarse nuevamente para Buenos Aires, que era la tierra que más les gustaba. Los tres idiomas que hablaban eran el polaco, el árabe y el castellano.

Estando en la isla de Zanzíbar tuve necesidad de hacer al-

gunas compras para reponer algo mi equipo. Me hallaba convaleciente en el Hospital de San José, y, no pudiendo yo salir á la calle, se avisó al dueño de un bazar, sastre, sombrerero, zapatero, proveedor de todo en una pieza, el cual se presentó en seguida para saber qué era lo que deseaba. Empezamos la conversación en inglés, pero bien pronto comprendí en el acento y en su defectuosa pronunciación que no era éste su lenguaje de uso corriente. Llevaba consigo un acompañante más joven, y al tomarme algunas medidas y dirigirse á él, noté con asombro que le hablaba en un castellano arcáico, como el que pudiera emplear el Marqués de Villena.—También yo conozco esa *fabla*—le dije.—Y desde entonces, con gran extrañeza de los ingleses, franceses, alemanes y swahilis circunstantes (que de todo había) seguimos conversando, él en castellano antiguo, yo en el mío corriente, dándole de cuando en cuando algún toque de los suyos. D. Isaac era judío, procedía de Goa; pero desde tiempo inmemorial—me dijo—venían de padres á hijos, no sólo él, sino casi todas las familias judías establecidas por las Indias Orientales, hablando el mismo idioma, que conservaban cuidadosamente como una reliquia.

En Lorenço Marquez, ciudad cosmopolita, pero al fin en su esencia portuguesa, no me ha extrañado encontrar por todas partes quien comprendiera y hablara el español; pero en el corazón del Transvaal, en tiempo de guerra, y cuando casi la totalidad de la población extranjera, allí residente en tiempo de paz, había emigrado, no dejaron de sorprenderme algunos hechos de que voy á dar cuenta.

Deseaba yo tomar algunos datos respecto á los recursos militares del Transvaal, á las pérdidas sufridas, á la marcha positiva de la guerra, datos oficiales que sólo en el Departamento del servicio secreto de Pretoria me podían proporcionar. Esto, naturalmente, era muy difícil. Presentáronme, sin embargo, á un alemán empleado en dicho departamento, y al oír mi nombre y saber que yo era español, me preguntó en nuestro idioma:

E. M.—*Diciembre 1901.*

—¿Y de qué parte de España es usted?

—Soy castellano viejo—le respondí.—Pero usted, siendo alemán de nación y ciudadano transvaalense, ¿por qué ventura habla usted el castellano?

—Lo aprendí en Valladolid, allá en mis mocedades—me contestó.—Mis padres me enviaron á Castilla para aprender español, con fines comerciales; después he rodado mucho por el mundo; pero es un idioma que no he olvidado nunca, que me ha sido muy útil y que cada vez me gusta más.

Excuso decir que nos hicimos grandes amigos y pasamos muchas veladas tomando grandes tazas de chocolate en el gabinete trasero del Café del Transvaal Hotel, en Pretoria, contándonos en castellano una porción de cosas. Obtuve cuantos datos positivos necesitaba acerca de la guerra.

Otro hecho. Hospedábame en el Grand Hotel. Allí no se oía hablar más que *taal* (el dialecto holandés que usan los boers), alemán, inglés y alguna que otra vez francés. Una noche subía yo las escaleras, ya de retirada, al mismo tiempo que bajaba la *housekeeper*, es decir, el ama de llaves, la señora que llevaba la dirección doméstica del hotel. Dile las buenas noches en inglés, y me contestó en castellano y con pronunciación correcta:

—¡Buenas noches, Sr. Vera!

Me detuve, sorprendido, y le pregunto:

—¡Cómo! ¿Es usted española?

—No, señor. Soy francesa de los Pirineos. Pero he estado en San Sebastián y en Buenos Aires. En cuanto me enteré de que era usted español, me alegré mucho. El inglés y el alemán no me gustan, y los hablo muy mal. El español lo he aprendido bien y me agrada, ¡es tan bonito!

También encontré en los campos del Transvaal guerrilleros irlandeses como O'Reilly que conocían el castellano, y más tarde en la Ciudad del Cabo, ayudando á un veterinario militar portugués en una compra de caballos argentinos, resultó que los tratantes ingleses que hacían la operación hablaban es-

pañol perfectamente; y que cuando nos juntábamos en el hotel de Nelson ó el Consulado Argentino, el Cónsul español señor Ortiz; el de Portugal, Sr. López; el de la Argentina, señor Sterni, y algún otro extranjero á más de mi persona, no hay que decir que el castellano era siempre el idioma usado.

Otros muchos hechos podría citar, pero creo que los expuestos bastan para probar lo que al principio de este artículo dejo dicho, á saber: que no he hallado en mis viajes rincón ó paraje alguno de la tierra donde no haya encontrado alguien con quien hablar el lenguaje de Castilla. No puedo decir lo mismo del francés y otros idiomas europeos.

VICENTE VERA.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

FIN DEL ROMANTICISMO.—EL PERÍODO DE TRANSICIÓN.—REGRESO AL PUNTO DE PARTIDA DEL SIGLO XVIII.—EL REALISMO.—EL ANÁLISIS.—ENRIQUE BEYLE (STENDHAL).

Por exceso de material hube de tratar del romanticismo en Francia á grandes rasgos, fijándome tan sólo en las tendencias más marcadas, en las figuras más significativas, en las corrientes más caudales. Necesariamente debí omitir nombres y hechos que tienen su valor, su interés, pero que darían á estos estudios proporciones exageradas. Claro es que, en la selección de hechos y nombres, influye poderosamente el criterio personal, y á él he obedecido, hablando más despacio de lo que á mi juicio revestía superior importancia; pero, á título de justificación de mis preferencias, ante quienes estén algo versados en las tres fases, constituyente, militante y decadente del movimiento romántico, alegaré que las figuras principales para mí fueron las que lo son para todos: Chateaubriand, Madama de Staël, Lamartine, Alfredo de Musset, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Jorge Sand, Teófilo Gautier. En España suenan familiarmente tales nombres, aunque su biografía, su crítica y sus escritos sean harto menos conocidos de lo que suele afirmarse, aunque se les juzgue mucho de memoria y de oídas, aunque su labor literaria no haya sido metódicamente estudiada hasta el

día, que yo sepa, por ninguna pluma española, excepción de la de Menéndez y Pelayo (considerando el romanticismo francés desde el punto de vista de las ideas estéticas), y aunque el olvido en que caen los puntos de historia moderna (precisamente de la moderna, la que parece más accesible) vaya envolviendo, si no los nombres, los fastos y las glorias de esa gran generación tan vibrante, tan apasionada, que entre los accesos de su calentura acariciaba aquella ilusión magnífica que doró los albores del pasado siglo, ilusión de poesía y de libertad.

Parecióme también que el movimiento romántico no se explica sin ciertos factores que á él concurrieron; por eso traté de la reacción religiosa, del neocatolicismo, representado por nombres tan claros como los de Chateaubriand, Veuillot, Bonald, de Maistre, Ozanam y Lamennais. La entera transformación de los estudios históricos por el advenimiento de la escuela pintoresca, á que dió vida el genio de Walter Scott, merecía capítulo aparte, y se lo consagré. Por último, cité la aparición de otra forma literaria, que, en rigor, es patrimonio de nuestro siglo: la crítica, con su doble carácter objetivo é intuitivo; tema es este sobre el cual habrá que insistir; requiere mayor espacio, cada día se impone con mayores títulos á la reflexión y hasta al sentimiento estético.

Al llegar á la época moderna, considerémosla dividida en tres períodos: el primero, de transición del romanticismo al naturalismo; el segundo, del naturalismo; y el tercero, el actual, del neoidealismo y neocristianismo, que otros llaman la decadencia y también la anarquía. Fases sucesivas de una rápida descomposición de los elementos románticos, que, sin embargo, persisten y resisten, luchando con la reacción hacia el clasicismo diez y ocheno, con el espíritu científico y democrático, con todas las influencias nuevas y tradicionales, y retoñando donde menos se espera, á fuer de árbol que arraigó muy hondo, y de cuyas radículas todavía puede brotar vegetación frondosa.

Ante todo reconozco que esta división, con la cual aspiro á orientarme en la reseña de un movimiento literario vastísimo y todavía menos conocido entre nosotros que el romántico, no obedece á orden cronológico riguroso. Los frutos literarios no son como la hierba que, segada á un tiempo, á un tiempo reverdece. En el campo literario medran y fructifican á la vez producciones de diversas zonas: sin duda hay leyes de evolución, pero no están sujetas á reglas invariables ni metódicamente eslabonadas. Así como hemos visto, en la plenitud de la poesía lírica romántica, al clasicismo galo no sólo luchar, sino triunfar con Casimiro Delavigne y Beránger; así como, al sucumbir después de estrepitosas peleas el drama romántico, apareció una tragedia de corte clásico y ganó lo que aquél perdía, ni en la época naturalista murió el idealismo, ni hoy el naturalismo está tan decaído y arruinado como cuentan. En la literatura compleja de nuestras complejas sociedades modernas no se marcha hacia la unidad y el colectivismo, sino hacia la libertad y la personalidad reconquistada, la exageración individualista. Y ha solido suceder con esto lo que con el cristianismo naciente. Llamamos Era cristiana á siglos en que, si indudablemente la inspiración y la frescura auroral estaban en los innovadores, había en realidad muchos más paganos que cristianos, y puede asegurarse que la sociedad pagana era, en conjunto. Cada escuela literaria nace entre el poder y el dominio de otra escuela: es reprobada y condenada casi como herejía; combate mientras alienta, mientras lleva en sí una fuerza de espontaneidad y empieza á decaer cuando parece asegurada su victoria. Nunca muere por entero; sin embargo, lo que fenece es lo circunstancial, lo accidental, generalmente la envoltura retórica. Pero el alma de verdad que indefectiblemente contiene toda doctrina, la suma de revelación que aporta, es lo que perdura y debe perdurar de ella. Sin duda la literatura se ha desenvuelto sucesivamente: sin duda el clasicismo precedió al romanticismo; pero cuando entremos en pormenores, no se encuentra la solución de conti-

nidad, y adviértese que el clasicismo, no en lo que tenía de formal, sino en su esencia, íntimamente unida al genio nacional francés, nunca desapareció, y sólo aguardó el momento favorable para echar por tierra al romanticismo.

Recordemos cómo Gautier lo hirió en la médula proclamando la impasibilidad y la impersonalidad del arte. Asomaron á favor de esta doctrina, como elementos de la transición, entre el renaciente espíritu clásico, el realismo y el naturalismo, llamado el último á dar á Francia y á la literatura general soberanos ingenios y profusión de obras maestras. Y no faltó una señal anunciadora de grandes cambios: el impulso hacia la unidad en las nuevas direcciones. Así como los románticos habían sido *unos* por el lirismo (cualquiera que fuese su nota propia), los realistas y naturalistas fueron *unos* por la impersonalidad; la aleación romántica que les quedaba pudo medirse por la dosis de lirismo que conservaron. El que, años después, se colocó á la cabeza del naturalismo, Emilio Zola, reconoció esta aleación, y habló del lirismo como de un tumor ó cáncer que jamás había conseguido extirpar enteramente.

A pesar de estos rezagos de romanticismo, más tenaces y visibles en ciertos géneros y en ciertos autores, la evolución es tal, que puede decirse que el arte literario gira sobre su eje. El cambio rebasa de los límites de la forma y de los accidentes de la composición, y llega hasta la substancia del arte. No fueron el realismo y naturalismo (como superficialmente se ha afirmado y como aún se oye repetir sin examen) una *moda* literaria (no existen tales *modas*, en el sentido *arbitrario*), sino una transformación, la más profunda que puede sufrir el arte, al variar de un modo radical los principios á que obedece (conscientemente ó no) su desarrollo. Quizás cabría esta evolución al paso de la Edad Media al Renacimiento. Y en efecto, al afirmar contra el romanticismo la representación objetiva de la realidad, sin quererlo ni saberlo, se volvió hacia aquel tan odiado clasicismo, fórmula á la cual, por muchos

conceptos, pertenecen los primeros anti-románticos, los psicólogos y los realistas, anunciados por Stendhal.

Stendhal es el primero de los escritores complejos é híbridos que encarnan la transición, y que, arrastrados por el romanticismo, ó anclados en el clasicismo, van, sin embargo, insensible é involuntariamente, á abrir la zanja y echar los cimientos, no sólo del naturalismo, sino de escuelas más modernas que sobre las ruinas del naturalismo se han alzado. Vistos de cerca estos tipos, nótese que ofrecen caracteres propios de distintas épocas literarias y los reúnen y juntan en sí, como el grifón y el drago las alas del ave y las garras sólidas y macizas del cuadrúpedo. Se les ha llamado repetidas veces precursores del naturalismo, y lo son, en efecto; como tales se les ha estudiado, y como tales era lícito estudiarles; pero también cabría tenerles por testamentarios del romanticismo ó predecesores geniales y nunca sobrepujados de las tendencias ultramodernistas. Recurriendo al vocabulario de la arquitectura, diré que son escritores del orden compuesto.

Nota característica de estos escritores que he llamado de transición, que les distingue de los románticos: no se presentan como *vates*, sino como *investigadores*: su forma propia es épica, objetiva. El hombre sale de sí mismo y espacia la mirada en derredor suyo. Los que no son realmente novelistas por la creación de la fábula (en la escuela que va á surgir, lo de menos), pertenecen, sin embargo, á la epopeya; son, antes que entusiastas, narradores y observadores. Bajo el romanticismo se hacía gala de sensibilidad exaltada y enfermiza; y ya, como si se agotase un manantial vivo y fluyente, se retrae la sensibilidad, ó mejor dicho, se oculta su manifestación externa bajo una capa de impasibilidad fría, irónica ó marmórea. Del campo romántico venía *Teo*, y no pudo idear cosa más mortal para el romanticismo, agitado y confuso, que la frialdad pagana unida al culto idolátrico de la forma. Dentro de la misma corriente, trayendo afirmaciones nuevas, encontraremos á autores tan diferentes como Stendhal y Próspero Mé-

rimée, Gustavo Flaubert y Honorato de Balzac, Ernesto Renán é Hipólito Taine.

Puede inducir á error, al considerar la época naciente, la cuestión de cronología. El romanticismo no duró mucho, pero los grandes románticos sí: sobrevivieron al hervor y al oleaje de su juventud, y prolongaron, con su existencia y su longevidad, con su laboriosidad, la ilusión de que el romanticismo de escuela perduraba. Jorge Sand vivió hasta 1876; Víctor Hugo hasta 1885, mientras Stendhal, que representa la evolución por la cual Sand y Víctor Hugo fueron postergados, falleció en 1842; Balzac en 1851, Baudelaire (padre de tantas direcciones contemporáneas, actualísimas) en 1867, y Próspero Mérimée en 1870. Datos que conviene no olvidar, y que prueban cómo las tendencias características de un período literario y social, que se afirman por medio de algunas individualidades poderosas, cumplen su evolución fatalmente, sin que les valga el auxilio de las mismas individualidades, que han perdido en ese respecto toda su eficacia, toda su virtualidad, aunque continúen produciendo, y obras no menos bellas, tal vez superiores á las del período *apostólico*.

Stendhal demuestra las sorpresas y engaños á que nos expondría una clasificación razonada por orden cronológico. Enrique Beyle—conocido por el pseudónimo de *Stendhal*, y que no sólo debe contarse entre los escritores de transición, sino entre los maestros más invocados y aclamados por las escuelas que hemos visto sucederse: el naturalismo, el psicologismo, la crítica de Taine, los *energistas* contemporáneos—nació en 1783, y por consiguiente, pensó y escribió en la plenitud del romanticismo: tenía veinte años cuando *El Genio del Cristianismo*, *Atala*, *René*, se publicaban ó iban á publicarse. Envuelto, eclipsado por la gloria y el brillo de una época á que moralmente no pertenecía, aunque la fatalidad cronológica le obligase á vivir en ella, Stendhal escribió mucho y apenas fue leído: no le entendían; y sólo mediante una de esas rehabilitaciones póstumas que en España no conocemos, porque hay

pereza de estudiar á los vivos y á los muertos mucho más, pero que se ven con frecuencia en los países intelectuales, ha ascendido al puesto que hoy ocupa. Hacia 1840, dos años antes de morir, profetizaba Stendhal: «Probablemente tendré algún éxito allá en 1860 ó 1880.» Ningún escritor habrá vaticinado con mayor lucidez. Su fortuna literaria nació tarde, pero robusta y con cuerda para dos ó tres generaciones, movidas por ideas enteramente contradictorias, y profesándolas y tremolándolas por bandera, conformes, sin embargo, en la admiración y devoción á Stendhal.

Lo primero que en Stendhal se nota es la ambigüedad y complejidad de la fisonomía, cosa muy del agrado de los contemporáneos, que se inclinan á desdeñar la sencillez como signo de inferioridad. Stendhal fue un sujeto misterioso y enigmático, en quien se juntaron facultades que suelen excluirse, elementos que riñen: el ejercicio tenaz del análisis y el culto de la acción, ó, según hoy se dice, la apoteosis de la energía.

Nació en Grenoble, en el Delfinado, aunque, por alarde de simpatía á Italia, la tierra donde encontraba afinidades con su carácter y gustos, mandó escribir sobre la lápida de su sepultura *Arrigo Beyle, milanese*. La familia de Beyle pertenecía á lo que llaman en Francia aristocracia de toga—semiaristocracia, sangre violeta, no azul.—Su madre, que murió joven, era de origen italiano tal vez; en su casa se hablaba italiano, se leía á Tasso y al Dante. Los biógrafos de Beyle, para excusar la ferocidad de ciertos rasgos de su pluma, recuerdan la orfandad de madre y las tiranías domésticas; la tía Serafina, que le detestaba; la austera y sombría casa del abuelo materno, en la cual pasó la niñez; la compresión; el aislamiento; el no permitirle jugar con otros muchachos de su edad; los azotes que le daba un cura, á quien le pusieron por ayo; todo lo cual fue parte á que profesase á su familia antipatía mortal, y á que su sensibilidad se trocase en rencor amargo. En sus compañeros de escuela no vió sino un hato de pilluelos egoístas;

en sus deudos, unos enemigos. Su desencanto se petrificó en desprecio. No era duro de corazón, pero se empeñó en aparecer como si lo fuese.

El entusiasmo que naturalmente despertaban en los muchachos los triunfos de los ejércitos republicanos, movió á Stendhal á querer ingresar en el Colegio de Artillería, y con tal objeto llegó á París el último año del siglo XVIII, cabalmente la víspera del 18 de Brumario, jornada que puso la suma autoridad en manos del artillero Bonaparte. Esta circunstancia explica sobradamente la influencia inmensa y singular que sobre la imaginación de Stendhal ejerció el destino de Napoleón, su carácter, su encumbramiento. Sainte Beuve, que extracta la biografía de Stendhal de donde yo la extracto, de la muy concienzuda de R. Colomb, el amigo constante de Stendhal, dice de este momento: «¡Fecha memorable, tan propia para grabarse en un alma joven!» En efecto, para Stendhal, la estrella napoleónica fue norte de su vocación, y hasta le señaló el rumbo de novelista. Obsérvese que en todos los grandes escritores de la época de Stendhal, y aun mucho después, notamos esta obsesión del gran caudillo que hoy remanece, pues existe una pléyade de intelectuales que, al través de la admiración involuntaria y fanática de aquel Stendhal, más inclinado á la ironía que á la exageración, hasta en presencia del Coliseo romano adoran el recuerdo del primer Bonaparte. El culto del héroe, la tesis de Emerson y de Carlyle sobre el grande hombre, á nadie se adapta como al Corso. Su prestigio y su obsesión súfrenlos todos sus contemporáneos, ya sea para ellos el azote de Dios, el rayo descendido del cielo, como creía De Maistre; ya sea el enemigo, el tirano, el que se elevó sobre las ruinas del ara de la libertad, como para Mad. de Staël; ya el Atila que diezma á Francia, como para Chateaubriand, bien podemos asegurar que la historia de los sentimientos literarios en Francia gira en torno de ese gran factor. El punto de vista desde el cual Stendhal lo consideraba, era, sin embargo, nuevo entonces; aunque por instinto lo acatasen los que

seguían á Napoleón ciegamente prodigando sangre á una palabra suya, á nadie se le ocurrió formularlo en las letras sino á Beyle, tomando al Corso como á un Mahoma, una especie de fundador de religión, la *religión de la energía*. El culto napoleónico; la glorificación del individuo que se abre camino por la voluntad, despreciando obstáculos, — la suprema fórmula del anarquismo, — tuvo por pontífice á Stendhal, y después extendió sus raíces por toda Europa. El estudiante criminal de Dostoyewsky, en su célebre novela *Crimen y castigo*, Raskolnikof, no es sino un *napoleonista*, un sectario de esa religión de los fuertes, que no reparan en medios. Hoy esa religión es una de las grandes corrientes de pensamiento en la juventud literaria francesa. Así como en los comienzos del romanticismo se *osianizaba*, se aspiraba á pasar por alma melancólica, hoy se aspira á pasar por alma de acero, capaz, como Nerón, de abrasar á Roma para calentarse y divertirse. Esta religión cuenta entre sus adeptos y secuaces, en primera línea, á Mauricio Barrés, conocido en España y gran admirador, como de Napoleón, de San Ignacio de Loyola.

Las fases de la idea de Napoleón revelan las evoluciones literarias. Al principio, mientras vence y domina á Europa, mientras se le puede aplicar lo que la Biblia dice de Darío, y lo que Manzoni quizá tomó del libro sagrado, *siluit terra in conspectu ejus*, — la literatura ve en Napoleón al tirano, algo como la peste ó el terremoto; pero apenas viene la desventura y la expiación, comienza la leyenda de oro á bordar sus misteriosos recamos; empieza la campaña patriótica de Beránger, el *petit chapeau avec redingote grise*; Víctor Hugo empuña la trompa y canta las espléndidas banderas, las águilas triunfadoras, la Columna; y Napoleón, en gran parte por obra de las letras, asciende á deidad, es el sacro númen de la patria. Más todavía: lo que en Beránger es el *refrain* democrático, la alegría popular ante el paladín y el caudillo que no procede de las Cruzadas, sino de la revolución sangrienta, en Víctor Hugo el himno, el transporte de Simónides ante la belleza del heroís-

mo,—la generación de la cual Víctor Hugo y Beránger pueden considerarse abuelos, la de hoy, lo convierte en una especie de sistema filosófico, en una concepción total de la vida,— y eleva á dogma la fuerza, la violencia, la acción, aconsejando como remedio para la supuesta decadencia de Francia el cultivo y desarrollo de la energía á toda costa.

Confieso—y séame perdonada la digresión, ya volveremos á Stendhal,—que esta tesis de la «glorificación de la energía» que á primera vista no carece de seducción, sería para mí doblemente atractiva y hasta llegaría á persuadirme y conquistarme, si mi amigo Mauricio Barrés, *stendhalista* puro, no hubiese tenido la ocurrencia de situar la tierra de promisión de la susodicha energía en nuestra España, y no en la de los siglos XVI y XVII, sino en la contemporánea, donde vivimos. Andamos por acá tan deseosos de ver despuntar por alguna parte la energía de que Barrés nos cree saturados, que no sin extrañeza leemos su libro de viaje por España, titulado *Sangre, deleite y muerte*. Cuando los estadistas nos encuentran amodorrados y sin pulso, Barrés entiende que vivimos con una intensidad nerviosa incomparable. Mientras Costa nos repite que no tenemos hombre aquí; los partidarios de la energía exponen que aquí lo que sobra son hombres, personalidades de alto relieve. Barrés, al sentirse atraído por España, obedece á la misma idea que los demás discípulos de Stendhal, todos fervientes admiradores nuestros: Mérimée, que tanto nos visitó y escribió de nosotros; Taine, que pensó escribir la historia de nuestra literatura antes que de la inglesa. Los románticos también nos habían idealizado, pero con un color local más exacto; ¿no es idealización la de estos discípulos y continuadores de Stendhal?

Prosiguiendo la biografía del ciego adorador de Napoleón, en opinión del cual Francia, como nación, dimitió en 1814—y reseñándola á la ligera, porque aun cuando en la vida de Stendhal no hay grandes páginas, hay muchos incidentes y episodios que explican la obra literaria,—conviene saber que

en 1799, año octavo de la República, salió en dirección á París, lleno de ilusiones, para ingresar en la Escuela politécnica: hervía en la capital el entusiasmo por el primer Cónsul. La influencia de su amigo Daru, Secretario é Inspector de Guerra, hizo que Stendhal, en vez de ingresar en Artillería, entrase en las oficinas del Ministerio. En esta primer etapa, aislado en París, el joven delfinés se aburría, se moría de nostalgia. La vida adquirió interés á sus ojos cuando aceptó con júbilo acompañar al ejército de Italia á Daru. ¡Italia, patria de su espíritu! ¡Qué de emociones! Pasó el San Bernardo dos días después que Napoleón: los formidables destinos del coloso le arrastraban ya en su estela. Poco después, vió por primera vez, ante el fuerte de Bard, el fuego de las batallas, y sintió la impresión embriagadora del peligro, que barre las telarañas del tedio. Dos supremos deleites conoció á la vez: el peligro y la música de Cimarosa. El delirio del arte se apoderó de Stendhal. En 1800 asistió como aficionado á la batalla de Marengo; y sugestionado por la epopeya, queriendo pasar de espectador á actor, entró en los dragones y siguió la campaña hasta el tratado de Luneville, portándose como un valiente. Por lo mismo que lo era, la vida militar se le hizo insufrible en tiempo de paz, y pidió el retiro. Volvió á su casa con los hábitos y las licencias de soldado; su familia no le pudo sufrir, y le envió á París con modesta asignación. Beyle dedicó en París sus ocios á estudiar; el amor y las letras se disputaron su espíritu. Después de algunas aventuras sentimentales, en 1806 vuelve al ejército, asiste á la batalla de Jena, vé á Napoleón entrar triunfante en Berlín, y empleado en la Cancillería Imperial—pues el coloso empieza á distinguirse—toma parte en los preliminares y negociaciones de los desposorios con María Luisa de Austria. Cuando la brillante estrella principia á palidecer, acompaña al ejército de Rusia; sus ojos ven las rojizas llamaradas del incendio de Moscou; al pronto, las toma por una aurora boreal... Eran el ocaso del Imperio. Hasta el último instante sigue la moribunda fortuna de Napoleón

en Erfurth, en Lutzen; ejerce el cargo de Intendente, pero no sin riesgos: aparte de las penalidades que sufría todo el ejército, á veces una bala de cañón le despertaba hundiendo el techo de su alojamiento. Y así como había llegado á París al día siguiente del 18 de Brumario, que erigió á Napoleón sobre el pavés, tocóle en suerte llegar el 1.º de Abril de 1814, en que el Senado firmó la supresión del Imperio. La caída del Corso era el fracaso de la vida entera para Stendhal.

Determinó entonces seguir sus decididas inclinaciones de viajero, y pasó á Italia, donde se quedó tres años. Allí escribió la *Historia de la pintura en Italia*, y vivió feliz, saturado de arte y de feminidad. Bien acogido en todas partes, gozó de la facilidad expansiva del trato italiano (uno de los encantos que Italia va perdiendo), hasta que un envidioso esparció la voz de que era espía secreto del Gobierno francés, y se le cerraron puertas y se le hicieron desaires. Stendhal, en extremo pundonoroso, sintió esta calumnia á par del alma; fue—son sus propias palabras—el golpe más terrible que recibió en su vida. Así pagó bien cara su manía de misterio, de adoptar nombres raros, de atribuirse profesiones que no ejercía; esa afición al pseudónimo y al disfraz que también padeció su primer discípulo, Próspero Mérimée.

Poco después le persiguió por carbonario la policía austriaca, y no queriendo correr la suerte del inocente mártir Silvio Pellico, que desde los Plomos de Venecia iba pronto á gemir

dello Spielbergo in fondo,

salió de malísima gana hacia París, donde permaneció hasta 1830, frecuentando los salones (afición constante en él), sobre todo el del autor de *La Ideología*, Destutt de Tracy, á quien admiraba, y de cuyo sistema se había empapado. Fue ésta para Stendhal la época de apogeo mundano y literario, la que formó su reputación de hombre ingenioso y conversador—única que disfrutó en vida. Pasaba por uno de esos talentos de salón, observadores y expertos, amenos y picantes.

No fue, sin embargo, tan dichoso este período para Stendhal como el de su estancia en Italia, y hasta consta que por diferentes preocupaciones, en especial pecuniarias, proyectó entonces quitarse la vida.

A la caída de la Restauración, le enviaron de Cónsul á la melancólica ciudad de Trieste, de lo cual se consoló pasándose el tiempo en Venecia. Los celos de Metternich le trasladaron de Trieste á Civita-Vecchia, donde aquel hombre sociable hubiera sucumbido al tedio, si no pudiese hacer escapatorias á Roma. Fue el tedio, en Stendhal, enfermedad que remanecía por accesos, sobre todo cuando le faltaba la acción ó el ejercicio de la inteligencia, y se consumía en la quietud y en el retiro. Hacia 1835, para combatir el aburrimiento y librarse de un clima malsano donde tres meses padecía el *aria cattiva*, solicitó un Consulado en España. No lo consiguió, y sus viajes á España fueron de recreo no más. Hacia 1839 sintióse Stendhal enfermo, caduco, abatido, fatigado de la existencia; no deploraba la proximidad de la muerte, pero sí la de la vejez, con su inevitable séquito de achaques; la gota, escollo de las complexiones vigorosas, las perturbaciones cerebrales y la ataxia, resultado de la vida intelectual y sensitiva con exceso. Amenazado de apoplejía, pasó á París en 1841, domado y alicaído, transformado por la decadencia física, despojado de su cáustico ingenio, de su vivacidad de polemista, de cuanto le caracterizaba moralmente. Habíanle prohibido los médicos el menor trabajo literario; desobedeció la prohibición á principios de 1842, y el 22 de Marzo, antes de cumplir los sesenta, cayó fulminado por el derrame sanguíneo, en la acera de la calle, á la puerta del Ministerio de Estado, lo cual parece simbólico en hombre que *por poco* alcanza los más altos puestos diplomáticos, y no pasó de Consulados que fueron destierros. En su sepultura colocaron el epitafio donde se declara *milanés*, habiendo renunciado á la nacionalidad francesa, según nos dice su biógrafo, porque Francia en 1840, planteada por primera vez la cuestión de Oriente, no quiso

aceptar los azares de la guerra. Por segunda vez le pareció á Beyle que su patria «dimitía», y no se resignó á formar parte de un pueblo dimisionario. Eligió la patria de su alma, Milán.

Tal fue lá vida externa de este hombre que, hasta después de muerto, no realizó ninguna de las que pudieran ser sus grandes aspiraciones, que tuvo un destino fallido, hasta azaroso, y que sin embargo, como su epitafio nos lo dice lacónicamente, escribió, amó y vivió, en el sentido más intenso de estas palabras. ¿Quién sería capaz de jurar que no cabe mayor dosis de decepción en lo conseguido que en aquello á que se aspira? Stendhal experimentaba más ansia de dicha que ambiciones. Sabía á punto cierto que, vivo, no triunfaría su nombre, sin que por eso le rebose la hiel. Los literatos verdaderamente amargados cuando fracasan, son aquellos que no conocen otros goces que los de la vanidad: organizaciones pobres é incompletas, liras sin cuerdas, sensibilidades limitadas é inarmónicas. Stendhal era de las organizaciones más ricas, y el fastidio le atacaba únicamente cuando no podía poner en juego sus múltiples facultades de inteligencia y sensación. Bien mirado, fueron más ególatras que Stendhal los del temperamento poético, Chateaubriand, Lamartine, el propio Byron. Stendhal podía ausentarse de sí mismo, y lo hacía con frecuencia. El amor (más elevado y refinado de lo que suele suponerse en Stendhal), las viriles emociones del peligro, las sensaciones vivísimas de arte, con la música y los cuadros; el goce inexhausto de los viajes, el refinado cosmopolitismo, la sociabilidad; las letras, cultivadas sin pretensiones ni interés, llenaron la existencia de Stendhal como no podrían llenarla las riquezas, la celebridad, los cargos ni los honores. Si por mil razones debemos compadecer á todo hijo de Adán, en suma no son los menos dichosos acá abajo los epicúreos sentimentales, intelectuales y artísticos, que ponen el objeto de la vida, no en lo vano de la jerarquía, sino en goces del espíritu vibrando al través de la materia.

Así es que Stendhal (fácilmente consolado de la ruina del

E. M.—*Diciembre 1901.*

Imperio, que era su propia ruina como ambicioso), creo advertir en sus escritos, cartas y memorias, que no se consoló nunca de dos cosas: de no ser guapo y de no haber nacido noble de veras, con nobleza azul. Estas ventajas personales y de nacimiento, dan prestigio en los salones y ante las mujeres. Disculpables flaquezas, que llevaban consigo otras, el afán de disimular los estragos de la edad, cierto *dandismo*, en que Stendhal, precursor de tantas direcciones literarias, lo fue de Barbey de Aurevilly, otro viejo verde y lechuguino.

La mucha sagacidad de Stendhal, que le llevaba á pronosticarse éxitos allá en 1860 ó 1880, no alcanzó, sin embargo, á adivinar el alcance de estos éxitos, el poder de su obra á distancia, saltando, según la frase de Bourget, el vasto cementerio de dos generaciones. Es caso singular, porque no se trata de ese éxito moderado, de ese tributo de justicia que la posteridad no siempre otorga, sino de una devoción, de un fanatismo, de una acción intensísima, que han erigido al obscuro Cónsul de Civita-Vecchia, al semidesconocido corresponsal de las Revistas inglesas, al discreto comensal de Tracy, en venerado maestro de maestros. Con objeto de mostrar el tono en que se empezó á hablar de Enrique Beyle, y el ascenso de su fama, transcribiré dos párrafos, uno de Taine, otro de Bourget: «Para explicar á los escritores—dice el autor de la *Historia de la Literatura inglesa*—habría que escribir un capítulo de análisis íntimo, labor apenas iniciada. Sólo un hombre, Stendhal, lo emprendió, y aun hoy (1863) se le encuentra paradójico y obscuro: eran prematuras sus ideas, prematuro su talento; no se comprendieron sus admirables intenciones, sus profundas palabras pronunciadas como al descuido, la asombrosa exactitud de su observación y su lógica; no se ha visto que, bajo sus apariencias de ingenio mundano, ponía el dedo sobre los grandes registros, traía procedimientos científicos á la historia del corazón, que resumía, desintegraba y deducía, y era el primero en señalar las causas fundamentales—nacionalidades, climas y temperamentos;—en suma, que trataba los

sentimientos como deben tratarse, clasificando y pesando fuerzas... por lo cual ha permanecido aislado y excéntrico, escribiendo viajes, novelas é impresiones, para los veinte lectores que solicitaba y obtenía.» Aveníase así, en alta voz, Hipólito Taine, á la opinión de los que creen que el sistema y método tainiano, de los temperamentos, la raza, el medio ambiente, sólo tiene de suyo el haberlo exagerado; pero que existía íntegro en los escritos de Stendhal, á quien Taine, en otro párrafo, proclama el más grande, el más profundo de los psicólogos habidos y por haber.

Más de treinta años después, cuando Bourget publicó sus *Ensayos de psicología contemporánea*, la apreciación de Taine ha cundido, el nombre de Stendhal asciende todavía. «Este soldado de Napoleón—dice Bourget—cruzó su época literaria como se cruza un país extranjero cuyo idioma ignoramos. Los pocos amigos que le conocieron y estudiaron no pudieron soñar para él esta apoteosis de ultratumba. De tal modo crece Stendhal, que hoy decimos: Stendhal y Balzac,—como diríamos Hugo y Lamartine, Ingres y Delacroix.» Poco después, hablando de la novela *Rojo y negro*, la obra maestra de Stendhal, Bourget refiere cómo se la saben de memoria los escritores contemporáneos, cómo más de diez veces oyó que á porfía citaban trozos, cual se cita el Evangelio. Y en la intensidad de su admiración por Stendhal, Bourget llega á suponer que esta sola novela equivale á toda la *Comedia humana*, de Balzac.

A mi parecer, si el casi olvido en que vivió Stendhal se explica pero no se disculpa, también va algo más allá de lo razonable el fanatismo de ahora. El examen de sus obras me dará ocasión de fundar este aserto.

No es Beyle un escritor extraordinariamente fecundo. Sus novelas son: *Rojo y negro*; *Armancia*; *La Abadesa de Castro*; *La Cartuja de Parma*. En cuanto á *Victoria Accoramboni*, *Los Cenci*, etc., les llamaremos narraciones breves. De crítica literaria, musical y artística escribió las *Vidas de Haydin*, *Mozart* y *Metastasio*, la *Historia de la pintura en Italia*, la *Vida*

de Rossini, Racine y Shakespeare; de viajes (y de arte), *Roma, Nápoles y Florencia, Paseos por Roma, Memorias de un turista*; de psicología, el famoso tratado *Del amor*. Añádanse algunas obras póstumas, una *Vida de Napoleón*, cartas, apuntes autobiográficos—y tenemos el conjunto de lo producido por Stendhal; siendo del caso añadir que los libros verdaderamente influyentes son *Rojo y negro* y *Del amor*; en segunda línea, *La Cartuja de Parma* y *La abadesa de Castro*.

Lo primero que debe decirse de Beyle, sin eufemismos; lo que han repetido y confesado sus más acérrimos admiradores, es que escribía mal.—Hay varios modos de escribir mal, por exceso y por defecto, y conviene recordar que Beyle escribe mal por exceso de sequedad y desnudez. Yo compararía á Beyle, escribiendo, con esas Magdalenas de luengo cabello y cuerpo hermoso, sin otra vestidura que una estera tosca. Bajo el seco y rudo esparto del estilo de Beyle hay una riqueza ideológica, una fuerza de sugestión bien demostrada. Nadie, sin embargo, me convencerá, por más sofismas que empleen, de que el cuerpo y la cabellera de Magdalena serían menos bellos si los revistiese brocado. He leído mucho á Stendhal, parte por gusto, parte por razonar su influencia y darme cuenta de sus méritos; cada vez me he convencido más de que es un escritor que no se saborea: se masca y se traga. Hace pensar; suscita ideas,—no pasemos de ahí. La gracia y la seducción de la frase; la envolvente suavidad; la dignidad; la opulencia; el movimiento; la amplitud; la armonía; el colorido; la delicadeza; la felicidad de expresión; los varios y ricos dones del escritor, en suma, faltan á Beyle. Su figura, en realidad, mejor que en la historia de la literatura, donde tanto influye la forma, encaja en la del pensamiento. Es un pensador y un psicólogo, que se manifestó por medio de la novela y de la crítica, en vez de producir solamente tratados y ensayos, donde condensase sus observaciones. Ahora bien: cuando un escritor que engendra fanatismo escribe como Beyle, sus admiradores incondicionales dan á entender que lo hace

á propósito; que (continuando la comparación de la Magdalena) las galas que le faltan las ha arrojado voluntariamente para ceñirse la pleita y retirarse á la cueva abierta en la roca. Por mí, no lo creo. Cada uno escribe como puede y lo mejor que puede: si Stendhal dispusiese de otra vestidura, la hubiese empleado, en vez de atenerse al estilo peculiar del Código. No lo creía tampoco Sainte Beuve; con su habitual perspicacia, pone el dedo en la llaga siempre. «Balzac—escribe el crítico de los Lunes—encuentra deficiente el estilo en Beyle. Yo pienso lo mismo. Beyle dictaba y emborronaba como si hablase; y al querer corregir y retocar, hacía de nuevo la página, con igual descuido. Lo que no le salía bien desde un principio, ya no le salía nunca. Su estilo no transparenta su pensamiento. No es de aquellos que á la vez emiten la idea y su imagen; en quienes la emoción lírica, elocuente, nace y brota de un modo inspirado, con desarrollo armonioso y natural. El estudio tampoco podía en él remediar este defecto: no había conocido maestro, ni ese profesor de retórica que siempre conviene haber tenido, hasta para rebelarse contra él. El propio Beyle, á pesar de sus teorías, comprendía bien que algo le faltaba. Alardeando de despreciar el estilo, preocupábale el estilo infinitamente.»

Entiéndase bien que ese *algo* que se echa de menos en Beyle no es el follaje, la ramazón, la cabellera magdalénica del estilo; lo que Beyle, con fino gusto, reprobaba en Balzac. Beyle podría ser un escritor muy sencillo, de sencillez dórica, y un gran escritor, un clásico indiscutible. El defecto de Beyle radica más hondo: en la estructura, en la armazón. Beyle no tiene la «simplicidad agreste y burguesa» á que aspiraba; es árido, secatón y sordo—y no es á menudo ni claro ni natural. La frondosidad y la asiática prodigalidad de Balzac traslucen mejor la intención y la idea, que el álgebra complicada y concisa de Beyle. Una lisa chapa de plomo encubre más las formas que una túnica recamada de colorines y recargada de oro, pero al fin flotante.

Deficiencias y cualidades, tradición y originalidad, en Beyle, se perciben mejor en las novelas que en los estudios críticos. Su procedencia del siglo XVIII, su filiación que saltando el romanticismo de escuela le enlaza con Diderot y Voltaire, su sensualismo ideológico, su doctrina del ambiente, de las razas, los caracteres y los temperamentos, que le hace cabeza y padre de tan vasta descendencia de novelistas, historiadores y pensadores—todo está concentrado en pocas novelas. Examinémoslas sucintamente.

Armancia es la primera que publicó. En el prefacio de esta novela rara y poco extensa, que salió á luz en 1827, encontramos, al excusarse Beyle de propósitos satíricos y de *clave*, una declaración dogmática naturalista. «Los autores presentan al público un espejo. ¿Qué culpa tienen si ante el espejo pasa gente fea? ¿De qué opinión es un espejo?»—Ahora bien, según Sainte Beuve (y esta aseveración debemos juzgarla exacta), Beyle no presentó tal espejo, porque, cayendo en el error frecuente en los novelistas que estudian el gran mundo, habló de él sin verlo de cerca; juzgándolo, por referencia de oídas. Beyle, nos dice Sainte Beuve, frecuentaba otros salones más agradables, no los del arrabal de San Germán, que quiso retratar; y la parte descriptiva de *Armancia* peca por ahí. El asunto, en extremo escabroso, tuvo origen en una historieta mundana, asaz curiosa y que demuestra cómo la malignidad desfigura los hechos. A una gran señora, que recibía escogida sociedad y que escribió algunas tiernas y sentidas novelitas, la Duquesa de Duras, se le ocurrió leer en su salón un relato titulado *Oliverio*. Nunca tal hiciera. Al correr la voz, se acreditó una versión de las más equívocas respecto al argumento. La novelita no vió la luz; pero Beyle, sobre el mismo tema, compuso *Armancia*, suponiendo que la autora era «una señora elegante»; y Latouche hizo más: publicó bajo el velo del anónimo una novela titulada *Oliverio*, con el resbaladizo asunto supuesto, y con el firme propósito de que se creyese que aquélla era la comentada obrita de la Duquesa.

Rara vez, excepto en casos típicos como el del falso Osian, tienen éxito franco las supercherías y las picardigüelas literarias á que ciertos autores como Beyle y Latouche encuentran exquisito sabor, el placer de embromar con antifaz. Apenas se hizo caso de *Armancia*, novela por cierto mejor compuesta que las que su autor produjo después. La primera fue *Rojo y negro*, obra hoy tan ensalzada, donde ven tantas cosas sus apasionados, que la califican de «una de las Biblias del siglo XIX». Es, no cabe negarlo, libro que, con todos sus defectos, causa impresión fuerte y honda, si no la incurable intoxicación de que habla Bourget; diferénciase de la mayoría de las demás novelas, como el buitre de los estorninos. Antes que Nietzsche, Beyle nos muestra franqueada por las almas de presa la ideal demarcación que mantiene á las almas débiles más acá del mal y del bien.

Julián, el héroe, es tipo menos poético que *René* y *Werther*, y sin embargo, por la exaltación de su egoísmo individualista, pertenece de derecho á la progenie del romanticismo,—recuérdese que hemos dicho que los elementos de esta gran expansión de la personalidad vamos á encontrarlos en todas partes, hasta donde menos se pensaba, hasta en los cimientos de la escuela objetiva y naturalista. Julián es un muchacho pobre, de obscuro nacimiento, de vasta instrucción, orgulloso, altanero, y, dígoselo de una vez, envidioso; al entrar con título de preceptor en una familia aristocrática, no piensa sino en vengarse secretamente de ser plebeyo y humilde, seducir fríamente á la señora de Renal, dominarla, afrentar á su marido y á la clase social á que ambos pertenecen. No es este móvil de represalias el único que guía las acciones de Julián: quiere venganza, pero también quiere, con rabia, ascender, llegar; la improvisada suerte de Napoleón, su poderío, su elevación casi milagrosa, se le han subido á la cabeza; esta sí que es verdadera intoxicación. Los grandes destinos influyen así sobre muchos destinos desconocidos, borrosos al parecer, intensos por dentro hasta un grado delirante.

Julián Sorel se diferencia de los «fatales» del romanticismo en que éstos luchaban consigo mismos, Julián con la sociedad entera; y aunque hay en él algo de *Antony*, parece más á los *struggle for lifeurs* del día (á los de ideal de dominio, no de bienestar material, ni aun de refinamiento). Esto es lo que eleva el tipo y le da proporciones satánicas. La acuidad del análisis, lo implacable de la disección, aumenta el interés de esta novela, que leemos ya sublevados, ya subyugados; nunca indiferentes. En ella, aunque el estudio de la realidad exterior es fiel, lo eclipsa enteramente la labor del psicólogo, cumplida tan á conciencia, que Beyle es de los pocos escritores que no incurrieron en ridiculez contestando al que le interrogaba acerca de su profesión: «Soy observador del corazón humano.» Observación anatómica, dolorosa, que le inspiraba estas palabras, dirigidas á su hermana Paulina, y que son una profesión de fe literaria: «Cuanto más ahondamos en nuestra alma, cuanto más nos atrevemos á expresar un pensamiento muy secreto, más temblamos al verla escrita: parece extraño, y en esta extrañeza consiste su mérito. Por eso es original, y *si además es verdadero, si las palabras reflejan bien lo sentido, es sublime.*» He subrayado la última cláusula, entendiendo que encierra el credo de Beyle.

Existe, sin embargo, en los movimientos del corazón, en ese secreto santuario del pensamiento, mucho que siempre resistirá al análisis y no podrá tener explicación satisfactoria. Esto lo advertimos en nosotros mismos: *observamos* que no podemos *observar*, que no acertamos á definir y depurar las causas obscuras de nuestra sensibilidad propia; menos aún de la ajena; y el que se empeña en explicarlo todo, va al automatismo: tal acusación se ha formulado, y no sin fundamento, contra Beyle. Lo que en Francia se ha solido decir de la escuela psicológica, fundada por Beyle sin duda alguna, es algo equivalente á lo que aquí llamaríamos buscarle el pelo al huevo. Después de que un disector, en el anfiteatro, ha registrado todo un organismo, sin perdonar órgano, núcleo ni célula,

aún le queda por averiguar—eterno misterio—el por qué se manifiestan las fuerzas vitales (sean lo que sean y tómesese como se quiera esta denominación) al través de esos aparatos. Con mayor razón envuélvese en misterio el funcionalismo psicológico. En cada alma los mismos móviles determinan movimientos diferentes. Es justo añadir que Stendhal, en este terreno, no se forjaba ilusiones: entendía bien la inmensa, la inextricable complicación del «corazón humano», y por eso sentaba como base el estudio del *carácter*, que no es otra cosa que, en psicología, el individualismo. Por tal concepto, está plenamente dentro de la doctrina romántica Stendhal.

Por tal concepto, asimismo, cabe decir que Julián Sorel, el héroe de *Rojo y negro*, es un *fatal* más, un hermano de Antony y de Werther. En vez de amar ambiciona, pero ambiciona en amor también; su amor es una lucha para apoderarse de la voluntad ajena, fascinando rápidamente á la dulce señora de Rênal, y sosteniendo un duelo á estocadas, como en tiempo de los Valois, con la orgullosa señorita de la Môle. No pudiendo conquistar y subyugar el mundo, como su modelo é ídolo Napoleón, conquista almas, porque cada alma es un mundo. Que el tipo de Julián es un hallazgo del genio, no puede negarse: antes que Nietzsche formulase su discutida y célebre teoría del *superhombre*, Stendhal presentó, aislado y reconociéndose *fuera* de la sociedad, al joven soñador del Franco Condado. «Para que un tipo de novela sea muy significativo—dice Bourget,—para que represente un gran número de seres semejantes, es necesario que una idea muy esencial á la época presida á su creación. Ahora bien: este sentimiento de la soledad del hombre superior—ó que se cree tal—es el que nuestra democracia produce más fácilmente.» Observación aguda y exacta. Bourget—que ha meditado tanto sobre *Rojo y negro*, y ha tratado de rehacer *Rojo y negro* en *El discípulo*—percibe cuán reñidos andan el *individualismo* y la *igualdad y fraternidad*. Nietzsche y Max Stirner vendrán á decir lo mismo, con mayor crudeza.

Individuos como César Borgia y como Julián Sorel, inteligentísimos, resueltos, sin otros escrúpulos que los que dicta el orgullo, capaces de todo, hambrientos de sensaciones terribles é intensas, hallan su fondo adecuado en épocas de acción y de lucha, y Stendhal decía bien al exclamar: «En tiempo del Emperador, Julián hubiese sido un hombre muy honrado.» Antes que Tolstoi y que tantos moralistas novísimos, Julián, ya condenado á muerte, bajo la garra de la sociedad triunfante, profesa le teoría del individuo: «La ley es la que hace el delito... No hay derecho natural... Lo único natural es la fuerza.»

Más claramente aún que en *Rojo y negro*, se ve en las restantes novelas de Stendhal el lado romántico de ese ingenio: el culto al carácter y al color local, dogmas del romanticismo que Stendhal adicionó con la fidelidad y la exactitud del detalle, produciendo impresión realista. En *La Cartuja de Parma* (que empieza muy bien), la descripción de la batalla de Waterloo es la verdad misma: después de tantas batallas referidas en estilo ampuloso, y como si el escritor las viese desde un globo, en conjunto, por primera vez Stendhal se atrevió á pintar la prosa de un combate, las sensaciones y los accidentes verdaderos; y como al héroe Fabricio del Dongo, nos entran tentaciones de preguntar: «Pero ¿he asistido á una batalla de veras?» Desde *Rojo y negro*, el ambiente que estudia Stendhal es el italiano; deja de ser el sutil Escoto de la psicología, y va hacia el contraste violento; sus novelas y narraciones pasan en Italia, en la Italia de gran claroscuro, estilo Ribera y Caravaggio: Italia ultra-católica, supersticiosa, sensual, apasionada, trágica, el país de la energía, así lo califica Beyle, que, según afirma, busca el asunto de sus novelas italianas en documentos auténticos, en papeles de familia, desempolvando archivos. En este género truculento, que adquiere mayor relieve por la misma sequedad y sobriedad con que narra Stendhal, parécenme de perlas *La Abadesa de Castro* y las cortas narraciones, medalloncitos grabados en *pietra*

dura, que se titulan *Vittoria Accoramboni*, *La duquesa de Palliano*, *Vanina Vanini*, *Los Cenci*. *La duquesa de Palliano*, sobre todo, muestra tal carácter de realidad, explica tan bien ciertos aspectos de la vida y del espíritu bajo el Renacimiento, que cada vez que se lee aumenta el efecto que produce. Obsérvese que no es una novela, sino una anécdota histórica; Stendhal, en cuanto á la invención, poco ó nada tuvo de novelista.

Ya lo notó el perspicaz Sainte Beuve: Stendhal procedía de la crítica; era—como tantos novelistas actuales—un crítico que invade los dominios de la ficción. Lo primero que despertó en Stendhal fue el gusto, no sólo el literario, sino el artístico: arrastrado por el torbellino de Napoleón, encontró en las incursiones por Europa ocasión propicia de educarlo, de comparar y juzgar. Más que los libros le interesaron los cuadros, la música, las costumbres. El primer ensayo crítico de Stendhal sobre Mozart y Haydin, publicado bajo otro pseudónimo, el de Luis-Alejandro-César-Bombet, ha sido calificado de plagio hábilmente disimulado, de un autor italiano, Carnani, y de otro alemán. Nadie se acuerda hoy de estos autores, y el libro de Stendhal se lee mucho; lo cual prueba que, fiel á sus principios de energía, sumó al robo el asesinato.

En este libro, y en los demás de crítica artística y musical de Beyle, hay que reconocer dos méritos: la libertad é independencia de opiniones, que hace de él el soldado de vanguardia, el «húsar romántico», y la aplicación casi continua de la genial idea que después se llamó método de Taine: los climas, el suelo, la raza y la historia, como explicación del arte. Más todavía que en las novelas pueden comprobarse en la crítica de Stendhal la extraña mezcla de ideas que hace de él el representante característico de la transición. Stendhal es como un hondo depósito de agua donde confluyeron manantiales diversísimos: unos, formados por el deshielo en la montaña; otros, escandecidos de correr por la ardiente y árida llanura. Amalgamados á lo sumo, pero nunca fundidos por completo, encon-

tramos en Stendhal el filosofismo del siglo XVIII; el sensualismo de Condillac y Cabanis; el epicureismo; el espíritu romántico; el casi nonnato realismo; el psicologismo insospechado por su generación, y también el decadentismo católico, el culto «al catolicismo anterior á Lutero, tan espléndido, tan sereno, tan favorable al florecimiento de las bellas artes». Un rasgo se nota en Stendhal, que podríamos observar en Heine y en Byron: la repugnancia y el desdén hacia la patria *territorial*, el entusiasmo por la patria *espiritual* elegida. «Yo escribo—decía—en idioma francés, pero no en literatura francesa.» Las mismas sátiras y burlas con que Heine fustigaba á su pedantesca Alemania y Byron á su brumosa y glacial Inglaterra, túvolas Stendhal contra Francia, país donde encontraba apagado y falseado el sentimiento en Italia vigoroso y volcánico, y á la cual acusaba de no creer sino en la moda. En el terreno de la crítica literaria, Stendhal se mostró militante en favor del romanticismo; pero el hijo de la Enciclopedia apareció de relieve cuando se trató de definir el movimiento romántico, que no era, según Stendhal, sino «lo que causa mayor placer á los contemporáneos». Y es preciso reconocerlo: en crítica, Stendhal puede equivocarse, y de hecho se equivoca muchas veces; pero cuando acierta, tiene chispazos que no se olvidan. Para ejemplo cito este párrafo: «Me escriben de París que han visto allí (Exposición de 1822) un millón de cuadros que representan asuntos de la Sagrada Escritura, pintados por pintores que no creen mucho, juzgados por gentes que creen menos, y, en fin, pagados por gentes que no creen nada. Después de esto, buscad el por qué de la decadencia del arte.»

El libro *El amor*, de Stendhal, es de todas sus obras la que más requiere el comentario y la discusión de infinitos puntos de vista. Más serio que *El arte amatoria*, de Ovidio, y que la *Fisiología del matrimonio*, de Balzac; con la malicia experimental que falta á los *Remedios del amor*, de Feijóo; más vibrante y sentida que la *Fisiología del amor moderno*, de

Bourget, *El amor*, de Stendhal, bastaría para realizar su aspiración de ser leído en 1900. En este libro, atractivo hasta lo sumo, la sugestión del asunto hizo que Stendhal, contra su costumbre, encontrase imágenes; y, metido á pescador de perlas, recogió una magnífica: la célebre comparación del nacimiento del amor con la cristalización, palabra que hoy todos aplican como la aplicó Stendhal. «En las minas de sal de Salzburgo, arrojan en las profundidades abandonadas de la mina una rama deshojada por el invierno. Dos ó tres meses después, la sacan cubierta de cristalizaciones brillantes: las minúsculas ramillas, no más gruesas que la patita de un pájaro, se revisten de diamantes refulgentes y movibles. Ya nadie conoce la rama primitiva.» «Así—añade Stendhal—va el alma revisitando el sentimiento naciente de divinos encantos y mágicas creaciones; el origen del fenómeno está en el instinto natural; pero al intervenir el corazón y la fantasía, se crea la maravilla de la pasión, se viste la seca rama de diamantinos cristales.» Hay quien tiene á Stendhal por sensualista también en el libro del *Amor*. No comprendo por qué: allí su ideología es á la vez más delicada y más verdadera que las de Schopenhauer y Nietzsche. Precursor también de Taine en este libro, Stendhal estudia donosamente la influencia del clima en la pasión amorosa. Asunto es este del amor en que puede adivinarse el modo de sentir por la opinión que se profesa de la mujer, y Stendhal—que era en todo un *galantuomo*, un perfecto y cumplido caballero—la tenía tal, que todo lo dicho por él podrían firmarlo los más resueltos defensores de los derechos femeninos. Stuart Mill no va más allá, ni en fina ironía contra los esclavistas, ni en noble apología de la justicia, que el autor de *Rojo y negro*, en los tres capítulos titulados *De la educación de la mujer* y *Objeciones á la educación de la mujer*. Por cierto que en el primero hay un curioso párrafo de historia política española, donde, á propósito del absolutismo masculino que deben sacudir las jóvenes, salen á relucir los nombres de Porlier, Quiroga y Riego.

Hay que terminar, y apartarse, realizando un esfuerzo, de autor tan sugestivo, de tan gran excitador de ideas—la frase es de Sainte Beuve, no muy cariñoso con Stendhal, como se sabe, y hasta, según Bourget, «perfectamente inícuo» en este particular; pues llegó á decir que los elogios de Balzac á Beyle fueron el pago de un préstamo de dinero, y á comentarlo así: *¡Ce mélange de gloire et de gain m'importune!*—Sin ir tan lejos como los fanáticos para quienes Stendhal es una divinidad, ó al menos un profeta, un Mahometo, por haber anunciado la ley santa de la energía; reconociendo las deficiencias de Stendhal, escritor é inventor, hay que saludarle, sin embargo, como á maestro de las generaciones contemporáneas; declarar que en muchos respectos se adelantó á su época; estimar su gallardo desprecio de la fama en vida, y, atribuyéndole la más fresca y viviente de sus comparaciones, decir que también él fue como la deshojada rama de las minas de Salzburgo: obscuro al principio, sacáronle á luz después, y en sucesivas cristalizaciones ha ido revistiéndose de pedrería y de luces misteriosas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA CATEDRAL DE TOLEDO

Medio oculta por el apiñado caserío, en una de las más violentas depresiones que ofrece el suelo accidentado de la imperial Toledo, levanta erguida la egregia Catedral su gigantesca fábrica famosa. Hacia ella, como á centro común y propio, más bien se desliza que desciende en encontrados y torcidos giros la población por Levante, Septentrión y Ocaso, bajando de las alturas en que descuellan *San Miguel* y el *Alcázar*, *Zocodover* y *San Nicolás*, *San Román* y *Santo Tomé*; y de todas partes, cual faro y guía protector, en aquel laberinto de callejas sin número, se divisa la gallarda torre del incomparable templo, con su agudo chapitel de pizarra, y sus tres radiadas coronas por remate y complemento característico.

Ufanándose á porfía en enriquecerla y hermosearla, según el criterio de los tiempos,—desde principios del siglo XIII han ido en esta Catedral suntuosa lentamente depositando los siglos los tesoros de las artes, sin que en labor tan incesante como continua, en que aparecen empeñados, hayan por fortuna conseguido borrar la fisonomía propia del monumento con aquella serie de agregaciones y reformas que van marcando por expre-

sivo modo el espíritu de las generaciones, y que trazan la historia del templo con elocuencia muchas veces desconsoladora.

Verdadero é inapreciable Museo, en él brillan y resplandecen, á partir de la indicada fecha, con los aciertos y las maravillas de la arquitectura, los tesoros de la pintura y de la escultura, á que se agregan con inusitado esplendor los prodigios de las artes del bordado, de la orfebrería, de la eboraria, de la rejería y de la carpintería, y los de las industrias textiles; y como trofeos de lejanas glorias, bien que confundidos y revueltos lastimosamente, al lado de las enseñas musulmanas que Alfonso XI humilla en el Salado, de las que ondearon triunfadoras en Lepanto más tarde, las de aquellos tercios famosos que en los Países Bajos conquistaron con frecuencia la victoria.

Allí, como en casi todas las fábricas religiosas de Toledo, y cual prueba evidente de la importancia de esta ciudad en los días de don Alfonso el Sabio, y del desenvolvimiento de la cultura castellana en aquella centuria, por tantos acontecimientos memorable,—larga serie de epigráficos monumentos, en los cuales hacían sus ignorados autores profusa gala de gallardía en el manejo del idioma latino; y por todas partes, en medio del lamentable trasiego en que han perdido su carácter originario muchos de los miembros integrantes de la fábrica, encuentra repartidos el observador incontables testimonios monumentales, de valor diferente, que acreditan y revelan cuán grande y desmedido fue el afán de prelados insignes y de ostentosos capitulares, en asociar su nombre y su memoria perecederos, al nombre y la memoria de esta Iglesia.

Tanto es así, que, fuera de la construcción, nada, en ocasiones, han dejado unos y otros al interior intacto: retablos, rejas, enterramientos, esculturas, todo, en su mayoría, es fruto de los siglos xv, xvi y siguientes, sin que de ello quede residuo referible á los tiempos anteriores; empeño malhadado de renovación mal entendida y dañosa, que tanta ambición supone

como falta de respeto, y que, si patentiza el espíritu predominante en cada época, por el cual se sintieron aquellos subyugados, y ante cuyo avasallador impulso se doblegaron impotentes para resistirle, ha borrado así, en cambio, y en gran manera, la historia de las artes españolas.

No es menor, por desdicha, el desconcierto que al exterior acusan por igual motivo las obras sin cesar ejecutadas en este celebrado monumento, y con mayor buena fe que discreción y fortuna acometidas, evidenciando desde luego las agregaciones y reformas de todo género que le bastardean, no haber en ellas obedecido más ley que la voluntad caprichosa de los preladados. De tal suerte es, en consecuencia, irregular y desordenado su perímetro, como para que apenas en él haya una sola línea recta, resultando, por el contrario, recodos, martillos, ángulos entrantes y salientes, y hasta callejones, que desfiguran la planta, cual afean con frecuencia los muros balcones, ventanas, postigos, colgadizos, y otros aditamentos híbridos y de igual linaje, indignos de la severa majestad del edificio, en el que han dejado para siempre impresas perturbadoras huellas todas las épocas y todos los estilos.

Averiguar en nuestros días si, como algunos pretenden, tuvo su emplazamiento en el del templo actual, con corta diferencia, el erigido por la piedad de San Eugenio, ó si, conforme otros por simples conjeturas quieren, fue fundado en el de la *Ermita de San Leonardo*, hoy de *Nuestra Señora de los Desamparados*, en la *calle de la Alhóndiga*, cerca de la antigua *Puerta* que dijeron *de Perpiñán*, y fuera del recinto propio de la *urbs* latina,—tarea tan imposible es, que tenemos por discreto el esquivar cualquier lucubración en tal sentido, la cual á nada conduciría, pareciendo todo autorizar, en cambio, y hasta donde sea lícito, la hipótesis de que la Catedral se levanta en el terreno en que pusieron la suya San Eladio y los dos Eugenios, San Ildefonso y San Julián, sus preladados insignes.

«Ora la construyese de nuevo, ora la purificase de la infec-

ción arriana», según escribe un autor de nuestros días (1), como testimonio y demostración de que «llamó desde luego el cuidado del piadoso Recaredo la consagración solemne de la Iglesia de Santa María en el solar mismo que ocupa la presente» (2), sin contradicción ni recelo aducen los escritores un monumento de notoria importancia, que en el ala oriental del *Claustro* erigido por el arzobispo Tenorio se conserva. Y si bien no constituye en absoluto, á nuestro juicio, verdadera prueba plena, entre otras circunstancias, por la de haber sido hallado fortuitamente el año 1591 al practicar ciertas excavaciones no lejos del *Convento de San Juan de la Penitencia*, fundado por el Cardenal Ximénez de Cisneros en las casas de los caballeros Pantoja, situadas en paraje apartado de la Catedral, como propio de la colación de *San Justo*,—aunque también las piedras viajan,—consiste en un trozo de fuste de columna, trabajado en mármol blanco, conteniendo en ocho no completas líneas de capitales visigodas incisas, muy interesante epígrafe.

De tan excepcionales méritos y de tan subido precio la estimaron los inventores con relación á la historia de la primada iglesia, como para que, trasladándola al *Claustro* de la Catedral, y á fin de procurar su perpetua conservación, dispusieran en 22 de Enero de 1594 la erección con él de un monumento, levantado sobre cuadrado pedestal, en que fue la inscripción reproducida, colocando encima el fragmento epigráfico, recompuesto y adaptado en otro trozo de fuste de piedra, con redonda esfera de igual materia, y una cruz de hierro por remate. Cercáronle, para preservarle de toda contingencia y peligro, con vulgar verja, asimismo de hierro, á despecho de la cual aparece hoy algún tanto deteriorado y no totalmente

(1) D. José María Quadrado y D. Vicente de la Fuente, *Toledo*, página 176 del tomo III de *Castilla la Nueva*, en la obra *España, sus monumentos y artes*, etc. (Barcelona, 1886).

(2) *Ibidem*.

legible, cual lo fue en pasados tiempos todavía, diciendo la inscripción, que ha sido objeto de grandes discusiones entre los doctos (1), y que se muestra en la actualidad por extremo desgastada al final de las líneas:

✠ IN NOMINE DNI [*consecra*]
 TA ECLESIA (*sic*) SCE [*Marie*]
 IN CATOLICO (*sic*) DIE PRIDI[*e*]
 IDVS APRILIS ANNO FELI
 5 CITER PRIMO REGN[*i Dni*]
 NOSTRI GLORI[*osissimi Fl.*]
 RECCAREDI [*regis era*]
 8 DCXXV

La buena fe de los inventores y el afán de ennoblecer con antigüedad dilatada la fundación de esta iglesia, han hecho sea el presente epígrafe sin oposición reputado como relativo á la consagración de la misma; y aunque el respeto que los autores y sus juicios nos merecen nos obligan en mucha parte á aceptar la interpretación que dieron al monumento, y hayamos de reconocer, porque el mismo lo declara, que conmemora la consagración de una iglesia, verificada el 13 de Abril del año 587, no es de igual manera lícito afirmar, á lo que entendemos, y en absoluto, fuese aquélla precisamente la Catedral, ni que tuviera la advocación de Santa María, pues este nombre, á lo menos, no es actualmente legible en el epígrafe

(1) Aluden por nota á ella los Sres. Quadrado y de la Fuente. (Op. it. loc. cit.), añadiendo: «La era corresponde al año 587, que efectivamente fue el primero del reinado de Recaredo; bien que algunos engañados por la vírgula algo prolongada de la V, y creyéndola una X borrada en parte, han copiado DCXXX, fecha del todo inadmisibile.» «En cuanto al día, no sabemos cómo todos, incluso el mismo Flórez, en vez de *pridie*, que bien claramente se demuestra, han leído *primo idus aprilis*, redundancia jamás usada; aunque es verdad que si por *catolico die* se entendiera el domingo, debiera referirse al día 13, que fue domingo en aquel año, y no al 12.»

por más esfuerzos que se hagan, sin embargo de la cual nadie vacila en darle cual exacto (1).

Sea no obstante como quiera, si con suponer las ampliaciones que á la devoción y religiosidad de los monarcas y á la de los prelados son atribuídas conjeturalmente, no alcanzó nunca las dimensiones de la iglesia actual,—no hubieron de ser á pesar de todo tan exiguas aun en su mismo origen las de aquella *Basílica de Santa María la Real*, cuando en ella, según consta en las actas, fueron celebrados los Concilios IX y XI, y probablemente el III, el VII y el X, aunque nada se expresa respecto de estos últimos en las actas respectivas, desplegando á porfía en la decoración y en el embellecimiento, así como en la magnificencia de la iglesia los monarcas visigodos—que se ufanaban con el título de *Conditores urbium et Ecclesiarum*, y habían ennoblecido á Toledo con gran número de fábricas insignes,—el fausto y la grandeza de que dan idea los escritores musulmanes al referir la conquista de esta ciudad en 711.

Ni podía acontecer de otro modo tratándose de Toledo, silla de aquellos Príncipes que hacían gala de competir en pompa y majestad con los Emperadores de Bizancio, y población que recibía por excelencia el título de *regia*, si se atiende á que en ciudades entonces de menor importancia política, cual ocurría con Mérida, por ejemplo—cuyos prelados no podían competir en magnificencia con los toledanos—eran á la sazón erigidos multitud de monumentos, de cuya grandeza y de cuya suntuosidad deponen no sólo el testimonio de los escri-

(1) En el pedestal, conforme queda arriba insinuado, se reproduce la leyenda, tal y como la entendieron los inventores, es decir, incurriendo en el error de leer al final de la tercera línea PRIMØ DIE POR PRIDIE, vocablo que aún es perfectamente visible, y añadiendo: HOC LEGITUR IN MARMORE ANTIQUO REPERTO ANNO DNI. MDXCI. G. Q. A. T., iniciales estas últimas que expresan: *Gaspare Quiroga Archiepiscopo Toletano*, nombre del prelado en cuyos días se verificó el casual hallazgo, y fue erigida aquella especie de monumento que lo contiene.

tores, y en especial de Paulo Emeritense, sino los restos que todavía subsisten, y han sido dados á conocer antes de ahora (1).

Era, pues, la *Basilica de Santa María*, á los comienzos de la VIII.^a centuria, digna en todos conceptos de la superior jerarquía de sus preladados, de la grandeza y de la piedad de los monarcas en ella coronados y ungidos, de la representación y categoría de la ciudad asiento de los Reyes, y de la devoción de los magnates, que con frecuencia legaban sus bienes para el culto (2); y aunque nada existe ya de aquella fábrica para corroborarlo, bastan, á lo que entendemos, las consideraciones expuestas, por las cuales, á falta de otros testimonios, se acredita el hecho, tanto más cuanto que, proclamando la riqueza de la misma, de ella, á no dudar, procedían las coronas votivas, las lámparas y los vasos del tesoro de Guarrazar, y en ella se apoderaba Thariqu-ben-Zeyyad de la famosa *mesa de Salomón*, según declaran conformes los escritores árabes (3).

Si, apartándose de la conducta seguida por ellos en Córdo-

(1) Véase en los *Monumentos Arquitectónicos de España* la monografía consagrada por nuestro Sr. Padre á los *latino-bizantinos* de la antigua metrópoli lusitana.

(2) Cuenta Ebn-Hayyán, fundándose en el relato de tradicionistas cristianos, que los reyes que antes de la conquista residían en Toledo, tenían por costumbre, al tiempo de su muerte, hacer cuantiosas donaciones á los templos, y que los ministros de éstos, allegando aquellos bienes, labraban ricos utensilios para el culto sagrado, como tronos, mesas, atriles y otros objetos semejantes de oro y de plata, los cuales, en los días de gran solemnidad, eran por los presbíteros y los diáconos colocados en los altares para poner en ellos los códices de los Evangelios, y para otras ceremonias (Al-Maccari, *Analectas*, tom. I, pág. 172). Hicieron uso del texto de Ebn-Hayyán Simonet en el segundo de sus artículos *Recuerdos históricos y poéticos de Toledo* (*Crónica de Ambos Mundos*, 21 de Octubre de 1860), y nuestro Sr. Padre en su Memoria acerca de *El arte latino-bizantino*, pág. 82, nota (Madrid, 1861).

(3) Al-Kazrachí, apud Al-Maccari, op. cit., pág. 87 del tomo I; Ebn-Hayyán agrega que se apoderó de dicha mesa porque la encontraron sobre el altar de la iglesia de Toledo.

ba y en otras partes, é inducidos por la majestad del edificio, se adjudicaban los conquistadores desde el primer momento la *Basilica* para convertirla en *Mezquita-Aljama* ó mayor de Toledo, ó si, respetando en ella el culto durante los primeros años de la conquista, reducíanla al del Islám en tiempo de Abd-er-Rahman I, es cosa también de muy difícil probanza, como no resulta cumplidero tampoco resolver cuándo hubo de ser derribada para la erección de la *Mezquita-Aljama*, que embellecía ya en el siglo XI de nuestra era Ismaíl-ben-Dzi-n-Nún, según atestiguan las inscripciones de los dos hermosos *Brocales* de algibe conservados en el *Museo Provincial*, y que consagraba al culto cristiano, y purificaba en 18 de Diciembre de 1086 Alfonso VI.

Poco ó nada puede en rigor decirse del templo mahometano, que no sin alteraciones subsistió hasta los días del egregio arzobispo don Rodrigo, sino es que, extendiéndose en área bastante menor que la de la Catedral presente, constaba de naves paralelas tendidas de Norte á Sur, conforme al rito islamita observado en España, y que tuvo el *quiblah*, con corta diferencia, donde hoy se abre la restaurada *Puerta de los Leones* (1). No es hacedero ya, por el silencio que guardan así los

(1) Salazar y Mendoza, en la introducción á la *Crónica del Gran Cardenal*, pág. 14, asegura, no sabemos con qué fundamento, y reproducen todos los escritores toledanos, que en tiempo de cierto arzobispo, á quien da nombre de Vesitano, y presenta como sucesor de Juan, prelado fallecido efectivamente en 926, y por algunos reputado sin causa último de los de Toledo (V. Flórez, *Esp. Sagr.*, t. V, pág. 350 y siguientes), «se enriqueció, y adornó mucho de mármoles, y de otras cosas muy ricas la Mezquita mayor de Toledo», lo cual, á ser cierto, argüiría que fue reparada y engrandecida bajo el califato de Abd-er-Rahman III, añadiendo que «en la Hégira, trezientos y diez y nueve, año de los Arabes, que responde al de noucientos y sesenta y nueve de la Era del César, y al de noucientos y treinta y vno de el nacimiento. Fiziéronla (dize vn memorial muy antiguo del Monesterio de Sahagún) quarenta pies de largo, é treinta de ancho, seyendo Alfaquí mayor Abdala Aben Iuceph». Si la noticia, que no podemos comprobar, y de la cual recelamos mucho,

escritores musulimes como los cristianos de la Reconquista, decidir si, á semejanza de lo que ocurría en la *Mezquita del Cristo de la Luz*, en la *de las Tornerías* y en las demás de que existen restos, estaba formada por un cuerpo principal, de superior altura, en el cual intestaban por Oriente, Norte y Occidente las naves menores laterales y la prolongación de las centrales, ó si ofrecía en su construcción parecido con la *Mezquita-Aljama* de Córdoba, aún en pie, por fortuna. Pero lo que sí puede asegurarse es que, de planta rectangular, tuvo al Norte un atrio ó patio, probablemente rodeado de pórticos, y de que parece conservar la memoria el atrio de la *Puerta de la Chapinería*, donde existían los algibes en cuya boca se ostentaron los dos *Brocales* memorados que hoy el *Museo* de la provincia guarda; que delante de aquel templo, es decir, por el N., entre él y la iglesia visigoda de *San Ginés*, hecha mezquita, subsistían en 1158 y 1186 una plaza, de dimensiones no grandes, pero desconocidas, de la cual es residuo indudable la que se denominó las *cuatro calles* luego, y una vía ancha que guiaba derechamente desde la *Aljama* á dicha iglesia (1); y que el alto *al-minar*, levantado en esta dirección y convertido después por su elevación y su importancia en *torre mayor* de la Catedral, perduraba en la segunda de las indicadas fechas, si bien ya deformado, pues aparecía unido entonces por medio de un pasadizo á la azotea de un mesón inmediato (2).

fuere en realidad cierta, resultaría esta ampliación interesante; pero nada es lícito asegurar ni deducir mientras no sea conocido, y después debidamente comprobado el *memorial* á que este escritor alude.

(1) *Escrituras muzarábicas de la Catedral de Toledo*; escrit. núm. 28 de las no publicadas, era 1196; escrit. núm. L de las publicadas por Pons, página 115 de sus interesantes *Apuntes sobre las escrituras mozárabes toledanas, que se conservan en el Arch. Hist. Nac.* (Madrid, 1897), era 1224.

(2) Escrit. núm. L de Pons, ya citada: «Venta de un mesón, situado junto á la Catedral, con la azotea (algorfa) que hay encima de dicho mesón y del arco que le une á la torre mayor de la expresada Catedral, lindando al Este con tiendas de doña María, mujer que fue de Pedro de Ca-

Como restos de aquel edificio desaparecido y totalmente borrado, que pudo ser por aventura erigido en la centuria IX.^a,—demás de muy interesante marmórea placa decorativa que hace semblante de justificarlo (1), y de los dos *Brocales* de que queda hecho mérito,—acreditando que fue por lo menos ampliado en la segunda mitad del siglo X de nuestra Era, por los cuidados de Abd-er-Rahmán III ó de Al-Hakém II, existen en la *Capilla de Santa Lucía* el capitel, y acaso el fuste que soportan el epígrafe funerario de cierto don Juan García, pariente del arzobispo Palomeque, el fuste de la lápida de don G. Díaz, en la propia *Capilla* mencionada, un capitel por lo menos, de los dos que hay empotrados en el ándito superior del hastial del Mediodía, donde abre la *Puerta de los Leones*, y probablemente los fragmentos quebrantados de fustes, sobre los cuales se levanta el arca cineraria que, cobijada por vistoso arco mudéjar de yesería, es considerada, según el epitafio, como enterramiento de don Fernando Gudiel, Alguacil de Toledo, en la *Capilla de San Eugenio*, que fue *Parroquia de San Pedro* antes.

Ya por ánimo de justificada magnificencia, ya por la estrechez y la incomodidad que para las ceremonias del culto ofrecería la fábrica de la mezquita, adulterada por agregaciones sucesivas; quizá por falta de solidez en el edificio, después de las obras más ó menos indispensables en él ejecutadas desde la Reconquista, ó movido de profundo espíritu religioso, ó estimulado por el ejemplo de León y de Burgos, si no es que to-

marena; al Oeste, con una plazuela que está delante de la puerta de la citada iglesia Catedral, y á ella da la puerta del mesón en venta; al Sur, con la calle que pasa debajo del arco, etc.» Es de extrañar que en este documento, por esta indicación interesante, no se dé á la torre el nombre propio de *al-minar* ó *as-sumuâ*, ó *al-midzán*, con que fueron siempre designados entre los musulmanes estos miembros esenciales de las mezquitas, sino el de *borch* ó *borge*, que es genérico, y de aplicación á toda clase de torres por tanto.

(1) Donada por el arquitecto Sr. Fenech, se conserva dicha placa en el Museo Arqueológico Nacional, donde lleva el núm. 357 del *Inventario* de la Sección II, á que corresponde.

das estas causas reunidas, y otras, le excitaron á ello,—es lo cierto que aquel prelado, por tantos títulos ilustre, varón eminente por su virtud, por su ciencia y por su ánimo valeroso, que tan activa participación había tomado en el glorioso triunfo de las Navas al lado de don Alfonso VIII, y que dejaba ejecutoriados su fama y su nombre en la esfera de las letras, con la celebrada *Historia gothica*, por la cual reciben nuevo sér los estudios historiales de Castilla, don Rodrigo Ximénez de Rada, en fin, impulsado por el noble deseo de levantar un templo digno del Dios á quien adoraba, y de los sentimientos del pueblo cristiano, concebía el proyecto de una nueva Catedral; y hallando el pensamiento acogida favorable en el joven monarca de Castilla, más tarde venerado en los altares, procedíase á la demolición no sólo de la *Mezquita-Aljama*, sino de otros varios edificios á ella inmediatos, y en 1227, abiertos ya los cimientos, el rey y el arzobispo colocaban la primera piedra de la Catedral toledana, la cual había conservado desde el tiempo de los muslimes su forma de mezquita, y cuya fábrica, de labor admirable, de día en día se acrecentaba, no sin grande admiración de las gentes (1).

Mientras de tal manera ponderaba, no sin justicia, el docto arzobispo las excelencias del nuevo templo, quizá por no darle importancia, que no con propósito deliberado, guardaba el más absoluto silencio respecto del nombre del autor del trazado maravilloso, y genuinamente español, de la planta de la Catedral, que ha excitado y excita la admiración de los entendidos, suscitando por ello dudas entre los autores. Por fortuna, aunque olvidado hoy de todos, cuando por lo que significa y de-

(1) Así se expresa el mismo arzobispo, testigo de mayor excepción, al dar noticia de este acontecimiento, en el lib. IX, cap. XIII, de su *Historia*, ardiendo textualmente: «Et tunc iecerunt primum lapidem Rex, et Archiepiscopus Rodericus in fundamento ecclesiae Toletanae, quae in forma Mezquitae à tempore Arabum adhuc stabat, cuius fabrica opere mirabili, et die in diem, non sine grandi admiratione hominum, exaltatur» (fól. 82 vuelto de la edic. de 1545).

clara es digno de figurar en parte muy principal del templo,— empotrado en el muro, á los pies de la sacristía de la *Capilla de Santa Marina ó de los Doctores*, muéstrase un epígrafe sepulcral trasladado á aquel sitio desde la precitada *Capilla*, derruída para construir la actual *del Sagrario*, y donde, en tiempo del Dr. Blas Ortiz, autor de la obra titulada *Descriptio templi toletani*, existía el enterramiento. Mide poco más de 57 centímetros de alto, lleva graciosa orla de bien dibujadas hojas en relieve, con un templete en que figura la Virgen, al medio de dicha orla, y consta de diez líneas de caracteres alemanes en resalto, cubiertos de oro, diciendo:

AQUI : IAZE : PETrus : PETRI : MAGISTER :
 ECLESIA : SCE : MARIE : TOLETANI : FAMa :
 Per : EXEMPLVM : Pro : MORE : HUIC : BONA :
 CRESCIT : Qui : PRESEnS : TEMPLUM : CO_nSTRUX
 5 ET : HIC : QU_iEsciT : QUOD : QuIA : TAM : MIRE :
 FECIT : UILI : SE_nCIAT : IRE : ANTE : DEI :
 VULTUM : Pro : QVO : NI_hiL : RE_sTAT : INULTUm
 : ET : SIBI : SIS : MERCE : Qui : SoLVS : CV_nCTA
 : COHerCE : OBIIT : X : DIAS : DE : NOVENBriS
 ERA : DE M : E : CCC XX VIII : AnnOS

Si hemos de dar entero crédito á las pomposas frases de este epígrafe, no hay duda en que Pedro Pérez, Maestro de la Iglesia de Santa María, cuya buena fama crece, teniendo su vida por ejemplo, que construyó el presente templo, donde reposa, é hizo obra tan admirable, y que falleció el día 10 de Noviembre de la Era 1329, año 1291 de la Encarnación, fue el arquitecto autor de los planos del edificio, y director de las obras durante el largo espacio de sesenta y ocho años que median desde el de 1227 hasta el consignado en la lápida de su sepultura, lo cual supone longevidad no del todo inverosímil, bien que algún tanto sospechosa en buena crítica (1).

(1) Aunque, como algún escritor hace, se suponga que fue á Pedro Pérez encargada la obra por el arzobispo don Rodrigo, contando aquél de edad veinticinco años, lo cual no se nos antoja verosímil, porque el arzobispo no confiaría tan colosal empresa á la inexperiencia de un ar-

Seducidos por la semejanza que en el trazado del ábside existe entre la Catedral de Toledo y la planta de otro ábside dibujado en el cuaderno de viaje de cierto arquitecto francés, llamado Villard d'Honnecourt, «artista nómada y anotador infatigable» de la primera mitad del siglo XIII, quien declara respecto de ella: *Istud presbiterium invenerunt Ulardus de Humecort et Petrus de Corbeia inter se disputando*, el docto arqueólogo Street, quien tributa grandes elogios al arquitecto toledano (1), manifiesta desde luego su extrañeza por ello, y el no menos inteligente C. Enlart deduce la conjetura de que si es casi seguro que Villard no estuvo en Toledo, nada prueba que Pedro de Corbie no haya trabajado allí, añadiendo: «¿Quién sabe si el maestro Petrus Petri de Toledo, muerto en 1291, no es el mismo Pedro de Corbie?» (2). Pero aun supuesta la pretendida semejanza, que nada de extraño tendría tratándose de construcciones del mismo tiempo y de igual estilo por consiguiente, pero que el estudio detenido y atento de las indicadas plantas desvanece por completo, dado es afirmar, según se ha demostrado recientemente, que el trazado de la Catedral de Toledo es totalmente castellano, aun cuando su autor se

arquitecto novel,—resulta que en la fecha de su fallecimiento contaba noventa y tres años; más creíble parece que fuera el sucesor del primitivo maestro, y que, habiendo dirigido las obras, le apellidase el autor del epitafio, sin faltar á la verdad por ello, constructor de aquel templo admirable, sin tener para nada en cuenta que sólo era continuador del primero, y ejecutor de su trabajo.

(1) *Some account of Gothic Architecture in Spain*, Londres, 1865.

(2) El citado escritor prosigue: «Esta idea no se le ocurrió á Street; pero nada se opone á que este Pedro, apellidado en su epitafio en la Catedral de Toledo por el nombre de su padre Pedro (Petri), lo fuese otras veces por el de su pueblo natal (Corbie); y si hacia 1230 empezó sus trabajos con Villard d'Honnecourt, pudo vivir hasta 1290.» «Esto no es, entendiéndose bien, más que una hipótesis; pero vale tanto ó más que muchas de las que se han emitido sobre los arquitectos de la Edad Media» (*Villard d'Honnecourt, et les cirterciens, Biblioth. de l'Ecole des Chartes*, tomo LVI, año 1895).

inspirase de algún modo en el ejemplo que le ofrecían las catedrales de León y de Burgos (1).

Desde el 14 de Agosto de 1227, en que con toda solemnidad y aparato Fernando III y el arzobispo don Rodrigo colocaban la primera piedra de este monumento, hasta el mes de Enero de 1493, en que fue terminada la construcción con el cerramiento de las últimas bóvedas, transcurrían no menos de doscientos sesenta y seis años, espacio de tiempo durante el cual, forzosamente, los planos primitivos del edificio ideados ó no por Pedro Pérez, si fue éste el primer arquitecto del mismo, debieron experimentar reformas y transformaciones, las cuales, sin embargo, no llegaron á alterar sustancialmente la planta de la iglesia, como arriba apuntamos, aunque sí á bastardear su fisonomía.

Aquel sistema de capillas absidales genuinamente castellano y sin semejante en las catedrales extranjeras del mismo tiempo, que tan celebrado es por los arquitectos en el nuestro, quebrantado quedaba desde el siglo XIV con la construcción de la *Capilla de San Ildefonso* tal cual hoy existe, como en los siguientes le quebrantaban la suntuosa *Capilla de Santiago* ó de don *Álvaro de Luna*, y cuantas obras hasta nuestros días han venido ejecutando por esta parte de la Catedral la piedad y la ostentación de prelados y de fieles, hasta el punto de que en la planta y en el alzado resulta verdadera amalgama de edificaciones de carácter, aspecto y estilos diferentes, lo cual produce en realidad muy doloroso efecto.

No otra cosa ha acontecido con el resto de la iglesia, pareciendo empeñadas unas generaciones en borrar las huellas de

(1) Aludimos al interesante trabajo que, formando parte de la conferencia dada por su autor en la *Sociedad Central de Arquitectos* el 20 de Mayo de 1898, publicó éste, que lo es el arquitecto D. Vicente Lampérez y Romea, con el título de *El trazado de la Catedral de Toledo y su arquitecto Pedro Pérez*, en el núm. 1.º del año III de la *Revista de Archivos-Bibliotecas y Museos*, correspondiente á Enero de 1899. De este trabajo hemos tomado las citas de Street y de Enlart, hechas arriba.

las precedentes, descomponiendo capillas para labrarlas de nuevo, sin respeto á la memoria de los fundadores; destruyendo la obra antigua para reemplazarla con insípidas renovaciones; destruyendo sepulturas para convertirlas en altares; sustituyendo antiguos retablos por otros de ricos mármoles, pero de pobre traza, ó por extraviados artefactos de un arte decadente; abriendo cajonerías, donde antes hubo arcas cinerarias, deformando portadas, labrando otras nuevas que desdican del conjunto, y haciendo, en fin, del majestuoso monumento un edificio híbrido y abigarrado en sus detalles, si bien tales incongruencias, dominadas por la soberana majestad de la fábrica, se atenúan de manera, que casi podría decirse que no existen, y que la Catedral, en cuyas líneas predomina é impera el estilo ojival, es obra y producto de un solo y único pensamiento y de una sola y única mano. No es por desdicha verdad esta ilusión, y de igual suerte ha ocurrido en todas las Catedrales y en todas las iglesias, principalmente en aquella época en la cual abundaba el numerario, pero llegaban á fatal decadencia nuestro prestigio político y nuestras artes.

Tal es, en resumen, la historia del celebrado templo toledano, la cual no se diferencia de la de los demás, pues en ellos se reproducen, como en fiel espejo, todos estos hechos lamentables, que van gradualmente hasta nuestros días, poniendo de manifiesto la decadencia lastimosa á que somos llegados, hoy cuando parece que todo nos abandona, y cuando volviendo los ojos al pasado, pretendemos amortiguar el dolor de nuestras desventuras contemplando el espectáculo de nuestras pasadas grandezas, como el náufrago contempla en las ansias de la muerte la remota orilla donde gozó venturas para siempre fenecidas.

Locura sería pensar siquiera en la restauración de estos grandiosos monumentos de la fe, de la piedad y del fausto de nuestros mayores. En ellos está escrita nuestra historia, con todas sus glorias, con todas sus aberraciones, con todas sus amarguras y con todos sus prejuicios; y si nos es dado sentir

y deplorar la obra de descomposición constante en que miramos empeñados á nuestros abuelos, no nos es lícito, ni mucho menos, poner mano en empresa para la cual haría falta lo que no volverá nunca: el tiempo en el que pensaban, sentían y expresaban su sentir y su pesar de aquella forma, que era entonces propia y genuina, generaciones que han desaparecido en el rodar incesante de los siglos.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

EL MOVIMIENTO FEMINISTA

Á PROPÓSITO DE UN LIBRO NUEVO SOBRE FEMINISMO

I

El movimiento feminista sigue su curso progresivo, lo mismo en el terreno doctrinal de las ideas y de la propaganda literaria que en el de la acción política y legislativa, y lo que más importa quizá, en las costumbres. Las reivindicaciones que á nombre de la emancipación moral, social, económica, jurídica y educativa de la mujer se formulan desde tiempo hace por las diversas representaciones, templadas unas y más ó menos radicales otras del feminismo, van poco á poco admitiéndose por la opinión como la cosa más natural del mundo muchas de ellas, y consignándose en las leyes. Sería fácil demostrar esto: bastaríanos pasar revista á los numerosos fenómenos de feminismo registrados en estos últimos años; no necesitaríamos más que resumir aquí las noticias é indicaciones bibliográficas y de todo género, registradas constantemente en el período de un año, en cualquiera de las revistas que sostienen la causa feminista, por ejemplo, *The English Woman's Review*, de Londres. Pero ni aun esto haría falta. Tengo á la vista un libro recientísimo, que acabo de recibir de Buenos Aires, obra muy meditada y muy completa desde el

punto de vista de la información, de una mujer, la Srta. Doña Elvira V. López, que es de por sí un dato comprobatorio del progreso feminista á que me refiero, y el cual además serviría al lector curioso para enterarse con toda facilidad, sin necesidad de acudir á revista alguna, de la importancia, universalidad y constancia del feminismo.

En efecto, *El Movimiento Feminista*—que así se llama el libro—es la tesis doctoral, calificada con raya de sobresaliente por el Jurado universitario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y presentado por su autora para graduarse de Doctora, á la vez que otras cuatro alumnas de la misma Facultad, las cuales, con ella, han sido las primeras graduadas en la Facultad indicada. Y esto no puede negarse que es, por sí mismo, un progreso feminista, uno de tantos pasos hacia adelante que en las costumbres se dan, venciendo los inevitables prejuicios con que el *mitoneismo* social se opone á la elevación de la mujer, y á que ésta pueda medir con sus fuerzas humanas donde y como la mide el hombre, y con la misma libertad que él.

Por otro lado, si el lector curioso por acaso recuerda los artículos que hace ya algunos años (1) publiqué en esta misma Revista acerca del *Feminismo*, artículos que luego, con algunas indispensables adiciones impuestas por lo incesante del progreso feminista, reimprimí en un libro (2), bastaríale comparar los datos por mí registrados con los *posteriores*, consignados en el libro de la escritora argentina, para dar buena cuenta de la plena verdad de mi aserto.

Aunque no dejaría de tener utilidad hacer esta comparación aquí, sin embargo, no es este mi propósito; tiene, en verdad, el libro de la Srta. López un valor intrínseco bastante subido, y merece la pena tomarlo como algo más que como

(1) Números de Noviembre de 1896, Marzo de 1897 y Marzo y Abril de 1898.

(2) *Feminismo*, un tomo (1899) de 296 páginas. Fe, editor.

simple registro de noticias y de datos; importa, ciertamente, considerarlo como obra de feminismo, como expresión de una manera de entender esta compleja doctrina, á la vez que como fuente muy completa para el estudio de la situación del problema en la patria del autor, patria latina, más aún, patria española ó de la española derivada, y por ende algo muy nuestro por mil motivos que no hay para qué señalar.

II

La Srta. V. López considera el feminismo como un movimiento de carácter universal. No ha mucho creíase una de estas dos cosas: ó bien que aquél respondía á las puras consecuencias de cierto radicalismo filosófico y social, ó bien que era un movimiento circunscrito á determinados pueblos—los de raza anglosajona,—y producido merced á condiciones particulares de índole histórica y circunstancial. Hoy la posición del problema ha cambiado, y como dice nuestra autora, el movimiento feminista se «ha hecho universal, es una necesidad histórica» de los tiempos presentes, impuesta por causas generales, tan generales como inevitables.

Y no se vale la distinguida doctora argentina de simples argumentos doctrinales para demostrar el carácter universal del movimiento feminista—carácter que ya hubimos de consignar nosotros en nuestro libro,—sino que ofrece al lector el amplio cuadro de la universal difusión de las reivindicaciones de la mujer, anotando en los diferentes capítulos de su obra los datos positivos que prueban la importancia que doquiera alcanza la progaganda feminista.

En efecto, en varios capítulos (XII á XV) hace la escritora americana una muy nutrida reseña histórica del movimiento feminista en Inglaterra, Australia, Indias inglesas, África (con una indicación muy oportuna acerca de la mujer boer),

Suecia y Noruega, Alemania, Finlandia, Rusia, Polonia, Bulgaria, Francia, Italia, España, Estados Unidos, Canadá y la República Argentina. Es lástima que no haya hecho su labor más completa refiriéndose, con el detenimiento debido, á lo poco ó mucho que en sentido feminista, ó resistiendo al feminismo, quepa señalar en los demás pueblos iberoamericanos.

Por otro lado, y es este el mérito quizá más sobresaliente del libro que examino, su autora ha visto la gran complejidad, tanto en su causa como en su estructura actual, del problema del feminismo. Revélase esto desde luego en el número de cuestiones que examina relativas á la mujer, esto es, los aspectos diversos de la condición de esto que considera. Habla, en efecto, de la educación femenina, no tanto sea deficiencia desde varios puntos de vista de la preparación profesional de la mujer, de sus derechos económicos y civiles, del problema conyugal y de los derechos políticos. Desde luego se advierte que la doctora de Buenos Aires se ha dado cuenta de que el problema feminista, aunque á veces parece un problema simplemente económico, porque al fin por el lado económico es por donde el problema lo es de una manera más clara, es un problema fundamentalmente humano; se trata, después de todo, de la *condición* de la mujer totalmente considerada, no ya sólo comparada con el hombre—que este es un aspecto parcial del asunto,—sino en lo que la mujer tiene de característico y suyo, por razón del sexo, y además en lo que de hombre tiene la mujer, y dando, según á la palabra hombre, un sentido *extrasexual* que diríamos. En otros términos: la cuestión de la mujer entraña la serie de problemas que la formación de la esposa y de la madre supone, más la serie de problemas que implica la posición de superioridad moral, jurídica, económica y social en que la mujer está colocada respecto del hombre.

Así, afirma la Srta. V. López que la educación que actualmente se da á la mujer no la prepara convenientemente para su misión de esposa y madre; y por otra parte, los prejuicios imperantes se oponen á la mayor instrucción de la mujer, á

que ésta se eduque como el hombre, y á que además se prepare adecuadamente para el ejercicio de las profesiones con que poder *luchar por la existencia*, ya que hoy la vida, y *todavía* en gran parte, no lucha por la existencia.

Y son, ciertamente, muy interesantes las consideraciones que á este propósito hace nuestra autora. «Generalmente, dice, se aparta á las jóvenes de los estudios serios, y siendo natural el deseo de saber, se dedican á lecturas malsanas, gastan sus esfuerzos en frivolidades ó dan rienda suelta á la imaginación, que tan mala consejera es cuando no se halla refrenada por la razón; el secreto de muchas caídas está ahí. De la falta de instrucción que hoy se observa en las mujeres, todos tienen la culpa; los hombres, que tan á menudo las critican, no consideran que esa es su obra, porque la mujer se inclina, como es natural, á agradarle, y por consiguiente, tratará de ser como á él le place que sea. ¿Y cómo educa el hombre á la mujer? De modo que cree débil para resistirle, aunque después le condene por ello...»

Y más adelante añade: «Hay quienes piensan que la mujer instruída, con la mayor libertad que da el saber, se tornará viciosa: esto es falso: la mujer ilustrada tendrá más medios para resistir á lo que generalmente arrastra al mal: la miseria... Los que creen que la mujer de espíritu cultivado se apartará del matrimonio, atribuyen á la instrucción un poder que no tiene, cual sería el de destruir los impulsos de la naturaleza; lo que sí hará es poner á aquélla en condiciones de poder distinguir, como dice María Chéliga, entre un hombre de talento y un imbécil... Los que abogan por la instrucción de la mujer, y son los más, piensan que se la debe formar para el hogar...» Prescindiendo por el momento de lo restrictivo de la misión, la autora del *Movimiento feminista* advierte el grave problema que aun con este exclusivo respecto entrañe la *instrucción* de la mujer, y escribe:

«Según Spencer, un hombre se inquieta poco porque su mujer tenga ó no ilustración; lo que él desea es que sea bella

y de sentido recto. Mas el sentido recto depende en gran parte de la educación, y en cuanto á la belleza, es una flor que pronto se marchita: las mujeres que sólo en ella cimentan su mérito, son como meteoros que deslumbran un momento y desaparecen... De una mujer que sólo es hermosa, dice Guyau, el hombre se cansa al fin: ésta debe tener necesidades intelectuales más sólidas que le permitan convertirse para él en una compañera diaria, en cuyo trato siempre encuentre placer... A menudo las jóvenes miran el matrimonio como un medio de conseguir la libertad de que carecen en el hogar de sus padres; de poder asistir á una no interrumpida serie de fiestas y diversiones; quieren hallar en el esposo un esclavo complaciente... En esos hogares los hijos estorban... La mujer, afirma, debería, desde muy joven, dedicarse á obtener los conocimientos de todas las ciencias; porque ella, menos que el hombre, puede saber la esfera en que el porvenir la llamará á actuar: es preciso que esté en condiciones de poder secundar á su esposo, compartir sus ideas, tener una opinión, un consejo que dar...»

¿Y como madre? También la mujer necesita ser instruída: «ella es quien ha de vigilar la educación de los hijos, para lo cual necesita una consagración inteligente y asidua...» Y cuenta que hace falta una instrucción sólida. «Las familias cometen el error de apartar á las mujeres de los estudios (cuando estudian, por supuesto) muy pronto: niñas aún las arrastran al torbellino de la vida social; allí sabrán hablar de modas y de figurines, de bailes, murmuraciones y frivolidades; pero serán incapaces de sostener una conversación sobre cualquier tema de mayor seriedad: si se les habla de un libro nuevo, de tal autor clásico, de historia, de geografía, de política, nada sabrán decir, y sin embargo, el deber de una mujer de sociedad es saber hablar de todo. Por estas razones, los hombres de algún talento se hallan como perdidos entre ellas y prefieren el club ó las reuniones con sus iguales, alejándose cada vez más de la sociedad femenina, con lo cual ambos

sexos resultan perjudicados. Si la mujer se instruyera elevaría la sociedad, libertándola de esa atmósfera de frivolidades y vanidades que hoy domina en ella y obligaría también á los hombres á instruirse más» (1).

A continuación, la señorita V. López razona el otro aspecto del problema feminista, en el respecto todavía de la instrucción, esto es, razona la necesidad en que la mujer está, independientemente de su posible función de esposa y madre, de aprender una profesión en armonía con su capacidad y sus fuerzas. Porque, como dice muy bien, repitiendo así una consideración hecha ya por muchos defensores de la reforma social de la condición económica de las mujeres, ni todas éstas se casan, ni aun casándose es seguro que no enviuden ó que no enferme su esposo, ó sin que éste enferme, importa mucho á la familia la ayuda económica de la mujer misma. Es realmente indispensable fijarse muy especialmente en este lado apremiante de la cuestión: la mujer tiene derecho á su independencia económica, profesional, y es verdaderamente una injusticia insoportable, todo obstáculo opuesto al desenvolvimiento libre y sin traba alguna, de las aptitudes que la mujer tenga para dar de sí cuanto humanamente pueda dar, en beneficio mismo de la sociedad. «Ciertas mujeres, escribe la doctora argentina, tienen aptitudes especiales para tal ó cual orden de estudios: la naturaleza dota á alguna de talentos viriles: y esas fuerzas deben ser desenvueltas armónicamente en beneficio de la familia y de la sociedad.» Y añade en apoyo de su tesis estos párrafos interesantes y llenos de verdad: «Un hecho se observa muy comúnmente entre los pueblos de raza latina, y más que todo española; es que la mujer, aun sin medios de fortuna, sea apartada de los trabajos que podrían permitirle mejorar su posición. Condenadas á una ociosidad forzada, viven las jóvenes en el hogar de sus padres aburridas y en medio de mil privaciones: á veces el matrimo-

(1) V. cap. V.

nio las saca de tan penosa situación, ó bien arrastran hasta el fin de sus días una vida miserable.» «Hora es ya de que abandonen para siempre ese falso orgullo; son muchas las carreras que se abren á la mujer para que ejercite su actividad sin salirse de su papel, pero sí á condición de que abandone sus prejuicios ó su temor á las críticas resabiadas y al terrible qué dirán» (1).

Aún podría añadir otra porción de citas, todas ellas reveladoras del modo exacto con que la doctora V. López ve el problema feminismo; pero bastan, me parece, la copiada, y como última prueba añadiré sólo el párrafo siguiente, en que resume aquélla más ampliamente su opinión: «Las reivindicaciones que el feminismo persigue entrañan diversos problemas: pedagógicos unos, como cuando pretende instrucción *equivalente* para los dos sexos... económicos otros, como cuando asegura que la mujer tiene derecho á que su trabajo sea remunerado lo mismo que el del hombre... implica también problemas jurídicos aún más complicados, cuando quiere que se constituya la familia en un pie de perfecta igualdad, que la sociedad conyugal no limite la capacidad jurídica de la mujer, etc., etc.» (2).

III

Debo advertir ahora que el libro de la doctora V. López no es la obra de un radicalismo feminista. Todo el tono del libro es de un feminismo templado, reflexivo, y que aspira á ser práctico. Escribe aquella, sin duda, bajo el influjo del feminismo anglosajón, que, aunque radical á su manera en el fondo, porque, como suele decirse, no se asombra de nada, sin em-

(1) V. cap. VI.

(2) Pág. 259.

bargo, se produce bajo formas muy serenas, sin desequilibrios ni locuras de las que por lo menos escandalizan á quien no esté en el secreto, y al burgués masonista y apegado á sus ideas como á auroras de salvación, no tanto por amor á ellas cuanto por miedo á lo nuevo, y porque son *las suyas*.

Por de pronto, la escritora argentina, para defender su punto de vista, no acude ni á los idealismos de los partidarios de la *Eva futura*, ni á las declamaciones de quienes pintan el paraíso como premio de la conquista feminista. Nada de eso; se insinúa por los argumentos que más *duelen*, los que no hay manera de rechazar. Así dice: «los partidarios de lo que se ha llamado la causa de la mujer, pretenden colocar á ésta en condiciones de ganar la subsistencia con las mismas facilidades que el hombre, y mayores aún, si fuera posible, para que no se vea lanzada en las vías de perdición á que muchas veces empuja la miseria». Porque no se venga con la cantinela de que la misión de la mujer es ser esposa y madre. — ¡Ah! ¡El ángel del hogar!—Pues «¿qué hacer con las mujeres que no tienen bienes de fortuna y que no se casan?» «Existe un número de mujeres que no pueden esperar la protección del matrimonio, y á quienes es necesario colocar en condiciones de que puedan lograr, solteras, una situación de independencia moral y económica que las coloque al abrigo de la miseria y de todos los peligros que ella trae aparejados.»

A este argumento económico siguen luego los otros, los que se discuten por los feministas y antifeministas, los fisiológicos y psicológicos.

Pero he aquí la fórmula del pensamiento feminista, templado, como he dicho, de la autora. Entiende ésta: «1.º, que la mujer debe recibir una instrucción y educación seria y sólida, para lo cual ha de renovarse en gran parte la que actualmente se la da; 2.º, que es preciso que la mujer pueda practicar todas aquellas profesiones que no sean contrarias á su dignidad y á su sexo. La mujer debe ser siempre mujer; no saliéndose de su esfera, es como puede estar segura de conseguir el triunfo de

su causa; 3.º, que debe haber, hasta donde sea posible, igualdad absoluta en cuanto al goce de los derechos civiles en la vida privada y personal, en la vida de la familia, en la sociedad y en el Estado; 4.º, que la mujer debe gozar de la misma condición que el hombre, esté soltera ó casada, en lo tocante á las relaciones de propiedad, contractuales y mercantiles, en el ejercicio de la patria potestad y de la tutela; y 5.º, que, cuando la evolución haya llegado hasta aquí, la mujer podrá aspirar, si lo desea aún, á representar en el Estado el espíritu femenino y á llenar los puestos vacíos como una colaboradora del hombre, no como rival ó competidora» (1).

No precisamente contra el tono templado y prudente que tan bien cuadra en quien, siendo mujer, habla de las aspiraciones y derechos reclamados por ésta, sino respecto del *ideal* que inspira á la doctora argentina, podrían hacerse algunas observaciones. Paréceme que hay en el pensamiento íntimo y fundamental de la autora que se refleja con claridad, no siempre enteramente viva, en los diferentes capítulos del libro, alguna indefinición y cierta falta de orientación fija y determinada. Teme, á mi ver, la Srta. V. López caer en el radicalismo feminista, por un lado; y por otro, el deseo de presentar sus ideas, no como meros engendros del capricho ó como puras definiciones doctrinales, sino como de realización posible, como ideas prácticas, le lleva á ciertas vacilaciones y distinguos, v. gr.: al tratar de los derechos políticos y al señalar las relaciones de la vida social y de la vida doméstica, que oscurecen un tanto su pensamiento capital respecto del alcance que da al reconocimiento de la *equivalencia* de aptitudes humanas de la mujer y del hombre.

Estima, por ejemplo, que la aspiración al goce de los derechos políticos «responde á la creencia de que la intervención femenina en los asuntos públicos permitirá hacer triunfar más fácilmente las otras reivindicaciones, que son también las de más

(1) Págs. 19-20.

interés»; y aun cuando proteste contra la exclusión sistemática de la mujer de todo puesto público, censura la pretensión de las que desean lanzarse en la arena ardiente de la lucha política y escalar los puestos que las «debilidades de su sexo y su misión maternal le vedaran siempre».

En mi opinión, sin que sea dable resolver el problema de la intervención de la mujer en la vida del Estado, de plano, y sin atender en cada caso á una porción de datos circunstanciales, desde un punto de vista general, la cuestión de derecho no se ha de considerar atendiendo á la condición humana de la mujer, que es naturalmente tan miembro del Estado como el hombre, y por los mismos motivos. Podrá ó no parecer bien que ésta ocupe este ó aquel puesto en la política activa, pero no debe olvidarse que el mejor jefe de un Gobierno constitucional fue una mujer— la Reina de Inglaterra;— que al fin y al cabo, las mujeres intervienen activamente en la política, sobre todo en los pueblos anglosajones, y que, si por una parte pudiera estimarse fuera de la misión de paz y de armonía que asignamos á las mujeres la participación de ésta en las luchas políticas, apenas podemos darnos cuenta de los efectos civilizadores que su participación podría producir.

En suma, me inclino á pensar que sin necesidad de caer en ciertos extremos, radicalismos y exageraciones, y crudezas de frase, que á veces dependen, más que del convencimiento de la igualdad fundamental ante todas las exigencias de la dignidad humana de los sexos, de la misma preocupación sexual, se puede mantener un criterio amplio, resuelto, en pro de la abolición de todas las trabas que las leyes, las costumbres, las preocupaciones, la falta de educación verdaderamente social, cuando no la incultura y el interés tradicional, oponen á la libre manifestación de todas las facultades femeninas, lo cual no se opone, muy por el contrario, á que la mujer siga siendo (como el hombre) el sostén de la vida de familia, y representando en las relaciones humanas todo lo que de suave, encantador, atractivo, sentimental, representa lo femenino en la vida.

IV

Prescindiendo ya de la parte del libro *El Movimiento Feminista*, referente á las doctrinas y á los hechos generales, voy á resumir brevemente, para dar fin á este artículo, el interesante capítulo (XV) dedicado á la *mujer argentina*.

Sienta, en primer término, la señorita V. López el hecho de que allí, en aquella nueva y rica nación, el feminismo se desenvuelve muy moderadamente desde hace pocos años, manifestándose sobre todo en el sentido económico. Hay, sí, libertad amplia; pero «si la mujer no hace más, es porque no quiere, no porque las leyes ó la opinión se lo impidan»; en lo cual hay cierta contradicción; aunque no lo parezca, porque si la mujer *no quiere* hacer más, no es precisamente como consecuencia de una voluntad que se opone, sino porque falta ambiente, opinión, costumbres.

Por lo demás, la condición general de la mujer argentina revélase con bastante claridad en estas líneas: «No falta quienes critiquen—dice en la página 215,—á las porteñas sobre todo, y especialmente á las de las clases pudientes, su educación superficial, su poca inclinación por los estudios serios y las ocupaciones del espíritu; la frivolidad de su carácter y conversaciones, que alejan cada vez más de su sociedad á los hombres de espíritu cultivado; su desenfrenado amor por el lujo, que causa el asombro de cuantos visitan nuestro país, y que ha dado lugar á un voto condenatorio pronunciado en el Congreso Pedagógico (1900), donde entre las conclusiones adoptadas, figura una aconsejando *combatir el lujo*; es la crítica también su desmedido afán por las diversiones, por las cuales descuida las atenciones del hogar y la educación de sus hijos: tal vez haya exageración en alguno de estos cargos abru-

madores; ciertamente, todos conocen hogares modelos, que por fortuna son los más, donde la mujer argentina reina como verdadera matrona, desplegando en beneficio de los suyos las nobles cualidades de su espíritu elevado...» «Si durante su juventud airada, y por falta de una instrucción más seria y más adecuada, suelen las porteñas mostrarse frívolas y excesivamente afectas á las penas y distracciones, hasta el punto que, como decía un viejo amigo nuestro, parece hallarse bien en todas partes, nunca en su casa, apenas se convierten en madres concentran por entero su amor en sus hijos...»

En opinión de la doctora V. López, «el tipo de la mujer argentina está aún en formación.

De la revista que luego pasa dicha escritora á varios aspectos de la condición de la mujer argentina, importa consignar algunos datos, los cuales revelan que aun cuando ésta dista mucho de como las reivindicaciones feministas la podrían soñar, sin embargo, el feminismo progresa allí como en todas partes.

Así, respecto de la educación de la mujer, «se puede decir, en general, que está bastante descuidada por parte de la familia» en todas las clases: «entre la pudiente, es costumbre muy general enviar las hijas á los conventos ó escuelas dirigidas por religiosas; pero ahí la enseñanza es deficiente, porque las que se dedican á darla carecen de especial preparación; la educación física y del carácter, se descuida bastante en esos establecimientos que alguien ha calificado de peligrosos para las Sociedades republicanas, por su tendencia á aristocratizar la enseñanza. Las señoritas de nuestra sociedad más distinguida estudian poco; apenas si cultivan algunos ramos de adorno y el obligado conocimiento de un idioma extranjero, de preferencia el francés... Sin embargo, de algunos años á esta parte se nota una reacción favorable con respecto á la educación femenina...»

Por de pronto, el Estado la protege: no hay trabas para la mujer en los establecimientos oficiales de enseñanza. En los

Colegios Normales y Universidades estudian al lado de los hombres; desde el año 1899 hasta ahora se han matriculado 24 señoritas en el Colegio Nacional, sección Oeste, y siete en la sección Sur. En la Facultad de Medicina hay actualmente 18 alumnos, y tres en la de Filosofía y Letras. En Derecho ingresó una tan sólo.

Y no sólo esto; por iniciativa del Ministro Bermejo se creó en el año 1897 la Escuela Comercial de Mujeres, en la cual ingresaron en 1899, 29 alumnas, y al año siguiente 20 más, estando hoy todas ventajosamente colocadas. En el año actual se han matriculado en el primer año 155 alumnas, y 44 en el curso de Telegrafía, agregado recientemente.

El Ministro Dr. Magnasco, acaba de crear en Buenos Aires una Escuela Profesional de Mujeres, á la cual asisten 50 alumnas, que reciben en la instrucción primaria la preparación para los oficios de guantería, fabricación de flores, bordado en blanco y de insignias militares, aparado y planchado.

Todo esto, aparte de las numerosas Escuelas normales diseminadas por la República, el Conservatorio, etc.

La mujer desempeña en la Argentina gran papel en la enseñanza; el Magisterio es su ocupación principal; sólo en la capital federal había en Octubre de 1900, y en los establecimientos oficiales, 1.852 profesores, de los cuales 1.459 eran mujeres. En las Escuelas normales hay 188 profesoras y 117 profesores, y en las normales mixtas 45 y 51 respectivamente.

Cuéntanse entre las argentinas algunas escritoras y muchas pintoras de verdadero nombre. Entre las artistas se cita en el libro la célebre pianista María Luisa Guerra, bien conocida en España.

No ofrece un cuadro tan halagüeño la mujer argentina en la práctica de otras carreras y profesiones. Según el censo, en la población masculina la proporción de los que tienen ocupación propia se eleva á 866 por 1.000, en la femenina no pasa de 445. Hay, sin embargo, médicas, y se citan también farmacéuticas.

Por otra parte, aun cuando antes sólo las extranjeras se empleaban en destinos de empresas mercantiles —cajeras, tenedoras de libros...—hoy empieza á mirarse eso entre las nacionales como cosa más corriente, pero todavía con cierta repugnancia.

En la vida oficial son pocos los empleos y puestos públicos que en la República Argentina se confían á las mujeres. La doctora V. López pide se la destinen no pocas, muy en consonancia con su mismo carácter actual. Sin embargo, hay en la Argentina muchas telegrafistas empleadas ya, y bastantes telefonistas.

En las industrias intervienen bastante las mujeres, sobre todo en el comercio. Había, según el censo último, 22.911 mujeres empleadas en fábricas de tejidos, cigarreras, perfumeras, etc., y 33.916 agricultoras, á más de 490 horticultoras, 61 leñadoras, 17 pescadoras, 7 picapedreras, 44 vinicultoras, 178 alfareras, 35 hojalateras, 15 encuadernadoras, 876 comerciantas, 14 escribientas, 12 procuradoras, 2 arquitectas, etcétera, etc., más 5 periodistas.

Por último, donde se ha manifestado de una manera más vigorosa y eficaz la acción de la mujer argentina, es en las obras filantrópicas. Cita la doctora V. López muy numerosas instituciones de caridad y de beneficencia, todas ellas femeninas: la Sociedad de beneficencia, que tiene á su cargo la administración de la caridad oficial, y la cual maneja al año un millón de pesos del Erario público; el Patronato de la Infancia, el Asilo Naval, el de Huérfanos Militares, las Madres Cristianas, aparte de otras muchas extranjeras. «Con el objeto de unificar la acción de estas múltiples asociaciones, se ha creado últimamente en Buenos Aires un Congreso Internacional de Mujeres, á semejanza del de Norte América.»

Y concluyo. Lo expuesto basta para que el lector pueda darse cuenta del valor especial que la obra de la doctora de la Universidad de Buenos Aires tiene en la literatura feminista.

ADOLFO POSADA.

LAS ALHAJAS DE LA CORONA DE ESPAÑA

Mantuvo Fernando VII una gran parte de su vida la errónea creencia de que el caudal cuantioso de las alhajas que vinculadas á la Corona de España había él visto en su infancia en poder de los guardajoyas del real palacio, habían sido transportadas á Francia cuando sus augustos padres, los Reyes Carlos IV y María Luisa, fueron llamados y conducidos á Bayona por Napoleón, y que unas habían corrido los azares del ostracismo, y otras se celaban cuidadosamente por la Reina para regalo espléndido del desdichado Ministro y valido, que, habiendo compartido con aquellos Monarcas de quienes fue hechura todas las caras de la suerte próspera y adversa, ni fue abandonado por éstos en la común desgracia, ni él dejó de prestarles en el infortunio la misma apasionada y leal adhesión que en el tiempo de su poder. Esta obsesión en que le hicieron incurrir pérfidos Consejeros, con ser cosa particular é íntima, no fue pequeña parte á que, reflejando en todo el movimiento de su política exterior durante los seis primeros años de su reinado, después de su rescate, por atender á ella con más empeño que el que puso en la resolución de los intereses más trascendentales de su Monarquía, España no cogiera, ni en 1814 y 1815 en los Congresos de París y Viena, ni en los eventos de la insurrección de las Américas hasta 1820, aquellos frutos á que la recomendaban las simpatías universales que había con-

quistado por todas partes la nación generosa de 1808 á 1813.

Si era realmente extraño que de esta obsesión no le sacaran las muchas personas, así de sus ministerios políticos, como de su servidumbre doméstica, que debían tener exacta noticia de su exacción en varias tandas y ocasiones por los franceses de Murat, de Savary y del Rey José, no sorprende menos en el curso alternativo de los movimientos revolucionarios de todo el siglo XIX, que este mismo error trascendiera á los partidos más avanzados que repetidas veces discutieron la base constitucional de las nuevas instituciones, y que, haciendo cada vez más profunda la mina que cavaban debajo de la Monarquía, no pararon hasta dar, aunque efímeramente, en tierra con ella. Pero el caso es que, del mismo modo que Fernando VII imputó la ocultación de las alhajas de la Corona á sus padres ancianos y proscritos y al Ministro leal que hasta la muerte de aquéllos permaneció á su lado, los progresistas de la regencia usurpada del Duque de la Victoria, los progresistas de las jornadas de Julio de 1854, y los progresistas que vencieron al último paladín de la Monarquía en el puente de Alcolea, en 1869 volvieron á caer en la ceguera de aquella especie equivocada; y salvando el honor de los augustos desterrados de Roma, y aun el de su propio hijo el señor Don Fernando VII, ruidosamente movieron de nuevo esta cuestión en las dos Constituyentes de 1854 á 1856 y de 1869 á 1871; del mismo modo que en 1841 á 44 en la esfera privada de la alta administración de la Real Casa, para imputar la pretendida desaparición rapaz de aquellas joyas que constituían un verdadero tesoro, primero á la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, tutora y curadora de sus hijas la Reina Doña Isabel y la Princesa Doña María Luisa Fernanda, y posteriormente, y por boca del Sr. Figuerola, á las dos Reinas.

Las Cortes de 1810 á 1814, que tanto celo mostraron en canonizar los secuestros de bienes que desde el motín de Aranjuez se habían verificado ya entre los que sirvieron el reinado antecedente, y á quienes se acusaba de delitos varios de con-

cusión y prevaricación, ya entre los que en el tumulto de los sucesos que vinieron después con la invasión y la intervención del poder por parte de los franceses, fueron acusados ó de traición ó de infidencia, indudablemente con noticia plena de los despojos que los extranjeros habían practicado en todas las moradas, sitios y propiedades de la Corona, ni una sola palabra pronunciaron en sus sesiones públicas ni privadas en este particular. Imbuídas de la misma conciencia de los sucesos de la dominación napoleónica, las Cortes de 1820 guardaron el mismo silencio; y esta misma conducta se observó así en los Estamentos del régimen del Estatuto como en las Cortes constituyentes y ordinarias que se sucedieron hasta Agosto de 1840. Tampoco este asunto se llevó ni á las de la situación que creó la regencia del General D. Baldomero, ni á las posteriores hasta la revolución del Campo de Guardias. En el primero de estos dos períodos indudablemente se hicieron toda clase de esfuerzos á fin de prender en el lazo y en la incapacidad de un proceso escandaloso de desfalco y dilapidación de bienes vinculados al trono contra la Reina proscrita, que desde París supo conservar los fueros y la integridad de su honor y de sus derechos. En 1854 la cuestión tuvo su principio en aquel decreto de 27 de Agosto, por el cual se extrañó del reino á la Reina madre, y se mandó retener en depósito sus bienes hasta que las Cortes resolviesen lo más conveniente. Este decreto, que no llevaba la firma de la Corona, dió lugar á varias discusiones en las Cortes y á la formación de una Comisión parlamentaria informadora, cuyas pretensiones fueron ahogadas por las declaraciones sinceras de D. Manuel Cortina, que, como abogado de la Reina, había desentrañado profundamente todos los documentos testificales de la cuestión. No obstante, el cargo que desde 1841 se había tratado de fulminar contra la Reina Doña María Cristina de Borbón sin otro fundamento que el de una mera sospecha, y que en 1854 no pudo salir de esta esfera siendo victoriosamente dilucidado en ella, en las Constituyentes de 1869 se reprodujo por el en-

tonces Ministro de Hacienda D. Laureano Figuerola, el cual, trocando las antiguas sospechas en rotundas afirmaciones, dijo textualmente á aquella Cámara llena de injustos odios contra la casa reinante que había sido arrojada al ostracismo: «Las alhajas de la Corona han sido robadas, y robadas de la manera más escandalosa; puede decirse que ha sido un robo doméstico...» «Las alhajas de la Corona no habían sido todas robadas por los franceses; han desaparecido de España por dos personas cuyos nombres están en nuestras bocas: por Doña María Cristina de Borbón y por Doña Isabel de Borbón.»

Así en la persecución de Fernando VII contra sus padres y el valido de sus padres, desde 1814 hasta 1820, como en la de los progresistas de 1841, 1854 y 1869 contra las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel, el principio fundamental del error estribaba en dos interpretaciones torcidas de documentos mal estudiados. En la persecución de Fernando VII el documento emanaba de la vil delación de un traidor sagaz, hecha al Embajador de Roma, D. Antonio de Vargas Laguna, en la credulidad de éste, que en aquella delación creyó encontrar medio de prestar un servicio eminente al Rey Fernando VII, y en la incauta confianza con que se apresuró á ponerlo en su conocimiento, despertando en el ánimo del Rey aquella codicia que disculpaba el desamparo en que había hallado, á su vuelta de Valençay, la residencia y las cajas de la Corona, hasta el punto de que, á propuesta del Ministro de Gracia y Justicia en la sesión de las Cortes de Madrid del 4 de Abril de 1814, la Comisión de Hacienda, compuesta de los Diputados Canga-Argüelles, Cuartero, Falcó, Iztúriz, Sánchez, Manián y Yandiola, en el dictamen que dió el día 8 y que fue aprobado el 9 del mismo mes sobre la dotación de la Casa Real, dispuso por el artículo 6.º de la proposición en que había entendido y que fue convertida en ley, que «se mandara anticipar al Rey *para ayuda de los gastos* que pueda ocasionarle *su establecimiento en la corte* y su manutención, el

importe de un tercio de su dotación», que se elevaba á 40 millones de reales, pues en palacio no habían quedado para residir en él, no ya joyas y alhajas, sino lo indispensable para los servicios de la vida. Al año siguiente se concertaron los matrimonios del Rey y del Infante Don Carlos con las Princesas de Braganza, que vinieron del Brasil; y era tal la carencia de joyas con que regalar á la que fue segunda esposa del Rey, Doña María Isabel de Portugal, que hubo que encomendar á Roma, al Embajador Vargas Laguna, la confección de dos aderezos completos, y uno fue de camafeos que dibujó don José de Madrazo, y otro de brillantes, para cuya construcción el Rey mandó de Madrid el puño del espadín de gala que él mismo había llevado á Bayona y Valençay en 1808, y que estaba esmaltado de estas ricas y preciosas piedras, otros varios objetos de su uso para que les arrancasen las que tenían, comprando el resto de los que se necesitasen para el aderezo entre los mercaderes de Roma que se dedicaban á expenderlos. El error de los progresistas de 1841, 54 y 69 nació: primero, del hallazgo de los estuches vacíos que habían contenido las alhajas de la pertenencia y del uso particular de la Reina Doña María Cristina, la cual al salir para Francia las había sacado de ellos, para evitar los inconvenientes del porte voluminoso hasta la frontera; segundo, la interpretación dada á un capítulo del testamento de Fernando VII, el cual al hablar de un inventario de alhajas de la Corona, rubricado de su mano, inventario que no se halló dentro de su testamento, al ser abierto con las debidas formalidades, como en dicho párrafo se prometía incluirlo en esta documentación, aquel monarca no creyó tener que declarar que *las joyas ó alhajas de la Corona* á que en él se refería, no eran de las vinculadas anteriormente, sino de las que él se había visto compelido á sustituir, habiendo sido robadas por los franceses las que antes existían, y que debían consistir en los símbolos y atributos del poder Real, en los servicios de la Real capilla y en las condecoraciones de honor, como las de las Ordenes del Toisón,

Carlos III y María Luisa, con que, como con todo lo demás, hubieron de arramblar los extranjeros.

Ya en mi monografía titulada *La Soberanía de Alfonso XIII en la insigne Orden del Toisón de Oro*, párrafo VI, escribí el 18 de Mayo de 1899: «Cuando volvió Fernando VII del cautiverio y dispuso la toma de posesión de su Soberanía en la Orden el 20 de Diciembre de 1819, formaban el capítulo sus hermanos los Infantes Don Carlos María Isidro y Don Francisco de Paula Antonio y el Marqués de San Martín, á quien había investido hacía poco á instancias de su padre el Rey Don Carlos IV, de quien San Martín había sido Mayor-domo mayor en Roma, con el Toisón de que había sido portador desde la ciudad pontificia, vacante por muerte del Príncipe Colonna. En aquella solemnidad, después del juramento, se impuso el collar al Marqués de Bélgida, Conde de Miranda, Conde de la Puebla del Maestre, Marqués de la Lapilla, Duque del Infantado, Duque de Montemar, Conde de Peralada, Príncipe de Scilla, Duque de Alagón y Conde de Villariego. Pero ocurrió una notable particularidad. Para la ceremonia de la investidura de los once caballeros hubo que usar de un solo collar, el que había pertenecido al Conde de Floridablanca, y que su familia había devuelto; «porque en el guardajoyas no quedaba ninguno, pues con las demás alhajas habían sido robados por los franceses, á pesar de haber sido la del Toisón la única de las Ordenes españolas no suprimidas por José Napoleón en su decreto de 18 de Septiembre de 1809, contra el fuero terminante y las constituciones de la orden y los de los condecorados de la corte de Luis XVI y los de la de Napoleón y sus familias, nunca se devolvieron». Bien dió á entender en su testamento Fernando VII que la renovación *de las alhajas de la Corona*, en lo que se refiere á joyas de metales y piedras preciosas de servicio de ostentación en las personas y menajes Reales, en los atributos de la Monarquía y en los instrumentos del culto se había hecho por él; del mismo modo que declaraba haber mejorado otras del patrimonio,

pues el nombre de *alhajas* en nuestra antigua jurisprudencia y aun en el lenguaje común en España se aplicaba, sobre todo desde el siglo XVIII, á toda clase de propiedades *preciosas* muebles ó inmuebles.

La última razón por la que los progresistas de las Constituyentes de 1869 se lanzaron á las odiosas imputaciones que se arrojaron desde las Cortes sobre las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel II, su hija, por los labios del Sr. Figuerola, se fundaban en el hallazgo en el archivo del Ministerio de Hacienda de los inventarios de las antiguas alhajas vinculadas, á que Carlos IV y María Luisa se referían en Roma al tratar de estos asuntos con el Embajador Vargas Laguna, y cuyo paradero naturalmente les era desconocido, como el de las joyas mismas que ellos habían entregado solemnemente en Aranjuez, después de la renuncia, y que, en vano en 1842 y 1855, se requerían de las oficinas administrativas de la Real Casa y Patrimonio, cuando Cabarrús las había arrancado de ellas durante la dominación del Rey José y las había trasladado al departamento cuya dirección en aquel tiempo estuvo bajo su cargo.

Las discusiones parlamentarias que promovió la cuestión de *las alhajas de la Corona* en 1855 y 1869, no ofrecen un interés tan dramático como los sucesos á que dieron lugar en Roma, Pisa y Génova los procedimientos que se emplearon para descubrirlas, bajo la suposición de que se hallasen en poder de la Reina María Luisa, en las del Príncipe de la Paz ó en las de la dama de éste, Pepita Tudó. En las Cortes de 1854 á 1856 comenzóse por proponer el nombramiento de una comisión parlamentaria que abriera una información acerca de los hechos por los que pudiera hallarse responsabilidad en la conducta y actos de la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón, á quien por el decreto ministerial de 27 de Agosto de 1854 se había extrañado del Reino y se le habían embargado sus propiedades. A esta comisión pertenecieron los diputados D. Joaquín Alfonso, D. José Ordax AVECILLA, D. Alvaro

Gil Sanz, D. Manuel Bertemati, D. Pedro Calvo Asensio y D. Francisco Salmerón Alonso, y con la aprobación de su dictamen, de que Calvo Asensio fue ponente, y que sólo impugnó el Marqués de Albaida, D. José María Orense, eligióse otra segunda y más amplia comisión informante é informadora, de la que Ordax AVECILLA quedó excluído y que se completó hasta el número de catorce vocales con los diputados D. José Trinidad Herrero, D. Antonio Seoane, Marqués de Seoane, D. Miguel Latorre y Mudarra, D. Benito Alejo Gaminde, D. Ambrosio González, D. José Antonio Aguilar, D. Camilo Labrador, D. Nicolás María Rivero, D. Laureano Llanos y D. Pedro Bayarri. De esta comisión fue elegido Presidente el mencionado D. Joaquín Alfonso, y Secretario Gil Sanz, y quedó constituida el 5 de Enero de 1855.

Poco más de un mes después, la opinión pública, que había estado impresionada tanto tiempo con la atmósfera de viles imputaciones que la pasión política había creado durante tantos años contra la persona augusta de la Madre de la Reina Isabel, á quien en la explosión de la revolución de Julio se la había asaltado su palacio de la calle de las Rejas y reducido á cenizas las preciosidades de todo género de su rico mobiliario, sujetándola además al deprimente decreto de su destierro, y al más ofensivo de la caución de sus bienes, empezó á reaccionarse, pues, que el sentido natural determinaba que de ser ciertos los cargos que contra ella se habían formulado, nada habría sido más fácil á la comisión del Parlamento destinada á abrir la información para que se había constituido, que hallar las pruebas inmediatas y tangibles de su culpabilidad, y satisfacer á la opinión con la publicidad de tan solícitos descubrimientos. Pasaban días y más días; la comisión no daba señales notorias de su existencia, y pronto se levantaron rumores de que en todo lo actuado, desde la famosa insurrección del Campo de Guardias, la batalla de Vicálvaro, el manifiesto de Manzanares y las barricadas de Julio, se había procedido con injusticia. Entonces el Gobierno que presidía el Duque

de la Victoria se sintió en la necesidad de justificarse, y habiendo presentado el 11 de Febrero los diputados á Cortes don Félix Martín, Alonso Martínez, Martínez Falero, Angulo, Mascarós, Olea y Udaeta, para que se declarase que «en atención á las circunstancias en que la nación se hallaba el 27 de Agosto de 1854, y con objeto de evitar las complicaciones que pudieran sobrevenir si por más tiempo permanecía en el país la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón, el Ministerio presidido por el ilustre Duque de la Victoria obró con previsión y acierto, extrañando del Reino á dicha señora y reteniendo en depósito sus bienes hasta que las Cortes resolvieran lo más conveniente», se entabló un prolongado debate, en que impugnaron este *bill* de indemnidad los diputados Bueno, Nocedal y Ruiz Pons, y lo apoyaron su autor D. Félix Martín, el General San Miguel y los diputados Calvo Asensio, Falero, Escalante, Gómez y Olea. Alonso se limitó á hacer constar que la Comisión de información, por un sentimiento de delicadeza, se había abstenido de intervenir, y D. Manuel Cortina, que aunque progresista también, llamaba á la Reina proscrita *mi ilustre cliente*, no desaprobó un procedimiento que había de producir una victoria para el honor y el concepto de la probidad de su augusta defendida.

El Ministro de la Gobernación, D. Francisco Santa Cruz, en este debate decía:—*Es verdad: nos hemos puesto fuera de las leyes; pero sólo así se hacía posible contener las pasiones,*— y el General D. Leopoldo O'Donnell, Ministro de la Guerra, añadía:—*Nosotros no hemos juzgado ni prejuzgado la cuestión de Doña María Cristina de Borbón; mas aquella fue una medida de salvación para la Reina Madre. Además, ella deseaba ausentarse de España.*—Y Nocedal les replicaba:—*Pero si la Reina Doña María Cristina se quería marchar, ¿para qué salió aquel decreto en la «Gaceta»? Además, ¿por qué manda el embargo de bienes y la expulsión forzada de la Reina Madre? En un día del año 1808 se dió un decreto de confiscacion de bienes, y el país justo ha creído que aquella había sido una temeridad*

y una injusticia, y los mandó devolver. ¿No estaréis ahora en la misma situación y tal vez peor que las de los tristes bullangüeros de 1808, que tan caros costaron al país? Si la Reina Madre es reo de cualquier cosa de que la acuséis, traed pronto las pruebas: que no se diga que la pasión os ciega y dirige vuestros actos; porque la imputación de una calumnia deja en el aire un delito que por cometerse desde el poder que os habéis arrogado por medio de una revolución, tiene que quedar impune, con ofensa de la moral, que es la ley de los pueblos, lo mismo que la de los individuos.—El Duque de la Victoria, Presidente del Consejo, protestaba en seguida:—Esa revolución yo no la he hecho. Yo he sido llamado, y no he dejado mi hogar para salvar altos intereses, sino diciendo: mis actos se ajustarán á mis principios, y mis principios tienen por base esta sola palabra:—Cúmplase la voluntad nacional.—La voz pública imputaba la responsabilidad de los sucesos á una sola persona. Se decía que por ella, hasta las gradas del trono se iban á manchar. Era necesario apartar de aquí esa persona. El Gobierno ha cumplido con su deber por haber adoptado los medios para conseguirlo, sin que esa persona haya sufrido ningún mal.—Entonces Calvo Asensio se levantó á desfogar toda la violencia de su entusiasmo neófito revolucionario:—Yo he desaprobado—decía—ese decreto y la salida de la Reina Madre. Lo he desaprobado, porque así se nos ha privado de los medios para que sea juzgada la Reina como se debe, según los cargos que la opinión pública fulmina contra ella.—El fogoso orador desconfió de la justificación de los Magistrados del Consejo Real, por cuyas manos habían pasado algunos negocios de la Reina María Cristina, y levantó una tempestad, en que intervinieron Ríos y Rosas, García Tassara, D. Antonio González y Ordax AVECILLA, que habían sido Consejeros todos. Púsole término la moderación de D. Manuel Cortina, que declaró conveniente la determinación de un mandato que no hería los sentimientos de la naturaleza, puesto que no había sido suscrito por la hija augusta contra la augusta madre, y que sólo atendía á una previsión

debida, puesto que hubo necesidad imperiosa que exigiese aquella determinación; mas Nocedal, interrumpiéndole, le apostrofaba:—*Convengo en que fue necesaria la salida de la Reina y el decreto de su expulsión; pero ¿á qué con circunstancias agravantes? ¿Para qué la expulsión acompañada del secuestro de bienes?*—Y Alonso Martínez contestaba:—*¿Y qué importa ese pormenor? ¿No está intacta la información parlamentaria?*—Por aquel día el Congreso, encrespado, no dejó discutir más: pidióse el voto de indemnidad para el Gobierno á grandes voces, y se procedió á la votación. Las abstenciones fueron muchas; pero aprobaron la proposición 210 votos contra dos, y éstos fueron los de D. Alejandro de Castro y don Cándido Nocedal.

Otro mes más transcurrió sin hincar de nuevo el diente al asunto. El 24 de Marzo, el Diputado D. Alonso Navarro interpeló sobre el estado de la información al Sr. Alfonso, Presidente de la Comisión que debía practicarla. Alfonso quiso descargarse con el obstruccionismo que para llevarla á cabo se oponía por el Intendente General de la Real Casa D. Martín de los Heros. Todo lo que la Comisión había pedido á la Intendencia era la testamentaría del Rey Don Fernando VII, y Heros había contestado que esta testamentaría era en su totalidad un documento privado correspondiente á una familia, siquiera la más excelsa de España, y por consiguiente, de su propiedad particular y de su secreto doméstico. De las explicaciones que dió Alonso sobre los trámites que la cuestión de la testamentaría de Fernando VII había llevado desde la primera proscripción de la Reina María Cristina en 1841, parecía dar á entender que se había tratado de rodearla de una atmósfera de reservas, de las que surgían las dudas que habían incitado á la información. Hizo concebir estas dudas primeramente la *Memoria que acerca de la administración de la Real Casa y Patrimonio* presentó el mismo Intendente D. Martín de los Heros en 1842 al tutor de S. M., D. Agustín Argüelles. «El negocio más grave para V. E. y para mí, decía en ella, es

el no conocerse legalmente la hijuela ó legítima que, por muerte de Fernando VII, tocó á cada una de las dos Regias pupilas. Respecto á la Reina, sube de punto la confusión cuando, respecto de las joyas, no se puede adivinar si las había de la Corona y qué se hicieron.» El Regente, el tutor y las Cortes creían que ni había ni debía haber patrimonio Real ni alhajas de la Corona; que según las leyes de uno de los títulos del *Fuero Juzgo*, «*las cosas que ganan los Reyes, fincan al Reino*», y que en virtud de esta regla, que no debía conceptuarse sino como de derecho universal y público, en Francia recientemente se había visto al Rey Luis Felipe, la víspera de la aceptación del Trono, hacer en favor de sus hijos formal renuncia de los bienes cuantiosos que particularmente poseía. La pérdida de los *Inventarios* que describían aquellas posesiones y aquellas alhajas en la Escribanía de la Real Casa y en el Archivo del Real Patrimonio; el silencio en que se había encerrado D. Ramón López Pelegrín, á quien la Cámara de Castilla había nombrado en 1833 para que interviniese en la formación de aquellos inventarios, y que llamado á declarar expuso que ni intervino en ellos, ni los tuvo nunca en su poder, ni sabía la menor cosa acerca de su paradero; y las declaraciones del Contador-Partidor que fue de la testamentaría D. Salvador Enrique de Calvet, que decía que las particiones se hicieron sin que él guardase el menor papel ni escribiese la menor minuta y que con el transcurso del tiempo había olvidado enteramente los términos en que se hicieron, impelieron al Gobierno de la Regencia á formar una Junta compuesta del Duque de Zaragoza, el General D. Dionisio Capaz y los Sres. Landen y Rodríguez Busto, que averiguara el paradero de los inventarios y examinara y diera cuenta de cualquier falta, desfalco ó dilapidación que por ellos observasen, á la vez que á poner el asunto en manos de la Audiencia para proceder judicialmente á la investigación. Con este motivo, el Juez de primera instancia de Madrid, D. Manuel María Basualdo, se dirigió por medio de nuestro Encargado de negocios en París, D. Juan Her-

nández, á la Secretaría particular de la Reina Doña María Cristina, en nombre de la cual contestó en 28 de Septiembre de 1842 D. José del Castillo y Aycuza, que á la sazón ejercía aquel cargo, expresándose así: «Nadie puede tener tanta solicitud por los intereses de estas excelsas señoras como la Reina, su Augusta madre; por lo mismo y porque según siempre S. M., en el justo propósito de no renunciar directa ni indirectamente á su derecho como única tutora y curadora legítima de sus Augustas hijas, me manda decir á V. S. que no se cree obligada á contestar á las preguntas que se le hacen, ni lo juzga conveniente. Cuando estime ser llegado el caso oportuno, sabrá S. M. satisfacer plena y dignamente á quien por derecho corresponda.»

Lo que ni el Presidente de la Comisión de Información, Sr. Alfonso, ni el Ministro de Estado, D. Claudio de Luzuriaga, pudieron explicar ante la interpelación del Sr. Navarro, lo hizo conocer satisfactoriamente á las Cortes D. Manuel Cortina. En efecto, cuando pasó el Gobierno de la Regencia usurpada del General Espartero, la Junta Suprema Patrimonial, cediendo á las reiteradas instancias de la Reina María Cristina, pidió á la Reina Doña Isabel II creara, con fecha del 29 de Marzo de 1844, otra Comisión que examinara la testamentaria, cuyos autos, con toda su documentación correspondiente, volvieron á aparecer sin dificultad de ninguna clase en la Intendencia de Palacio tales como se hicieron. La Comisión examinadora la constituyeron: como representantes de la Reina Doña Isabel, D. Juan Bravo Murillo y D. Manuel García Gallardo; en representación de la Reina Doña María Cristina, D. José María Huet y D. Manuel Pérez Seoane, y en la de la Infanta Doña María Luisa Fernanda, D. Pedro José Pidal y D. Alejandro Mon. Las funciones de Presidente las ejerció el Duque de Híjar, como Mayordomo Mayor de S. M., y las de Secretario, D. Antonio María Rubio, y hubo un *ultimatum* ó acuerdo definitivo, al cual concurrieron todos los interesados legítimamente representados, considerando todos su comisión

no sólo como meramente familiar, sino como representación cada uno de los individuos que la formaban, no de las augustas personas que los habían designado, sino de todas y de cada una de ellas. Los autos, que posteriormente examinó D. Manuel Cortina, según informó á las Cortes, existían y existen tales cuales se formaron en su origen. Principian con el testamento del Rey. En seguida se encuentran los inventarios de 1833, con todas las solemnidades de la más pulcra escrupulosidad, y en ellos el nombramiento de curador *ad litem* de S. M. la Reina y de su augusta hermana; la comisión dada al Sr. Calvet para hacer la partición, y por último, este documento, aprobado, después de oídos los curadores, por providencia de la Junta Superior del Real Patronato. En estos documentos consta que, entonces, se hicieron todas las averiguaciones posibles para poner en claro la verdad sobre lo ocurrido con las *joyas ó alhajas* vinculadas en la Corona, y estas averiguaciones dieron por resultado la absoluta certeza de que dichas alhajas totalmente desaparecieron en tiempo de los franceses, así como la conciencia plena de la persona que las sustrajo en compañía del General que mandaba en Madrid. Consta además, que muchas se fundieron en las chimeneas de Palacio, después de extraerles los diamantes, perlas y piedras preciosas. Consta que algunos de estos diamantes se vendieron en el extranjero. Consta que cuando Cárlos IV y María Luisa salieron de Aranjuez para el Escorial y del Escorial para Bayona, el Rey sólo llevó para su uso una presilla de brillantes para el sombrero, una botonadura, un puño de espada y algunas otras frioleras, y que la Reina sólo llevó las joyas de su propiedad particular, que en Aranjuez separó de las de la Corona cuando se hizo la entrega formal de éstas el día de San José de 1808.

El informe de D. Manuel Cortina á las Cortes de 1854-56 era concluyente, é incontestable la extrañeza que mostró en que el Sr. Alfonso y algunos Diputados aún sostuviesen que la Reina María Cristina, al salir de España en 1841, se había

llevado *alhajas de la Corona*, puesto que estas alhajas ya no existían, y las que llevó, dejando en Palacio los estuches vacíos, eran las que era notorio que particularmente le pertenecían; pero Luzuriaga y Alfonso se encerraban en sus afirmaciones sin prueba y sostenían que después de la vuelta de Fernando VII de Valençay todavía encontró en Palacio *alhajas de la Corona*, cuyo inventario, que no se encontraba, era el que en su testamento dejó rubricado aquel Monarca. Con estas cuestiones sin resolver llegó la crisis política de 1856, y en lo sucesivo nadie hubiera vuelto á acordarse de las *alhajas de la Corona* hasta que la erudición, la crítica y la historia hubiera depurado los hechos, sin más interés que el de la verdad, á no haber sido por el *exabrupto* del Sr. Figuerola en 1869, que se creyó en mejor situación que sus correligionarios de 1855 para volver á levantar otra tempestad de odio y ceno contra las dos Reinas á quienes España debe el establecimiento de las instituciones parlamentarias, la reforma de la Monarquía y la constitución definitiva del régimen liberal. Esta discusión borrascosa, en que el Sr. Figuerola tuvo desde el 1.º de Diciembre de 1869 en que se inició teniendo por auxiliares á los Diputados D. Manuel Ortiz de Pinedo, á quien la Revolución había confiado la conservación del Palacio de nuestros Reyes y los tesoros que encierra, y D. Antonio Ramos Calderón, no tuvo por fundamento bases más sólidas que la de 1855. No obstante, no se limitó su controversia á un corto número de Diputados, como entonces acaeció, sino que en ella tomaron parte carlistas como D. Cruz Ochoa, que la promovió por medio de una proposición incidental; republicanos como D. Estanislao Figueras y D. Francisco Díaz Quintero; radicales de la nueva democracia gobernante como González Encinas, D. Gabriel Rodríguez y Coronel Ortiz; progresistas de antiguo abolengo como Prim, Cantero y Rojo Arias; unionistas de la revolución como Fernández y Vallín y Topete, y conservadores gubernamentales de procedencias varias como Cánovas del Castillo, Ríos y Rosas, Eldua yen y Alvarez Bugallal. La discusión de

los últimos, con exclusión de Ríos y Rosas, auxiliada eficazmente en la prensa de Madrid por *La Epoca* y los periódicos alfonsinos que empezaban á dibujarse, en Barcelona por *El Diario* de aquella capital y en otras provincias por los periódicos que en Cádiz dirigía Arboleda, en Sevilla Casa Galindo, en Málaga Casado y Sánchez de Castilla, en Bilbao Vellebaso y otros ilustres restauradores en otras partes, se condensó en un libro que lleva el título del objeto que la promovió y en el que, además de los discursos parlamentarios, se insertaron algunos artículos de Cos-Gayón. Pero hay que confesar que si en tan enconada refriega se luchó por los oradores de la Revolución con toda la ceguedad y toda la falta de sinceridad del fanatismo político, los mismos oradores que tomaron la defensa de la desgracia desarmada y escarnecida, de la verdad vulnerada y de la justicia cubierta con el más denso de los velos, adolecieron de falta de noticias de resolutiva definición por la gran dificultad que en medio de aquella efervescencia oponía la consulta parsimoniosa de los archivos. ¡Todavía Cos-Gayón, al escribir en 1881 su *Historia jurídica del Patrimonio Real* por mandado del Rey Don Alfonso XII, insistía en la equivocada creencia de que los Reyes padres habían arrastrado algunas de las *alhajas de la Corona* á su proscripción y que formaban parte de las que á la muerte de Sus Majestades envió de Roma el Embajador Vargas Laguna! Así lo había escrito Labrador en sus *Memorias*; pero era porque ni Labrador y Cos-Gayón habían conocido la correspondencia confidencial del referido Embajador con Fernando VII, en la que se hallan todos los testimonios del drama prolongado en que vivieron agitados y descompuestos en Roma, durante seis años, los Reyes, el Embajador, Godoy y los de su familia más cercana, los funcionarios del Gobierno del Papa y las Embajadas españolas no sólo en las demás cortes de Italia, sino en Viena, en Berna, en París y hasta en Berlín.

Que el asunto era digno de todos aquellos desvelos, es innegable. Las *alhajas de la Corona de España* constituían un

tesoro de la mayor opulencia, y si no para los intereses de la nación y de su cetro, para su ostentación y autoridad, tan importante como las escuadras que nos arrebató nuestra alianza con Francia, los ejércitos que deshizo en los campos de batalla su sangrienta hostilidad y el emporio de colonias y posesiones preciosísimas que la impotencia en que quedamos tuvo que abandonar á los onerosos desmembramientos de nuestro histórico poder. Las *alhajas de la Corona*, reducidas al mero capítulo de lo que constituyen piezas artísticas construídas bajo armamentos de oro, plata y otros metales nobles, ornamentados ó no de diamantes, perlas, esmaltes y toda la inmensa variedad de las piedras llamadas preciosas, no sólo se reducían á las que, como coronas, cetros, espadas, flores de lis, mazas y otra suerte de objetos tienen en sí la representación simbólica de los atributos de la Monarquía, sino que abarcaban toda clase de vasos sagrados, custodias, cruces, relicarios, frontales de altares y los demás objetos de las mismas materias destinados al culto en las capillas y oratorios de todos los palacios y residencias reales; las vajillas y todo el mobiliario rico de mesa, tocador, escritorio, salas y alcobas; los demás objetos de uso doméstico y, finalmente, la verdadera joyería, compuesta de la infinita variedad de dijes, aderezos, sortijas, pendientes, broches, presillas, tabaqueras, relojes, bastones, puños de espadas, placas de condecoraciones, pomos de esencias, perfumadores, marcos, collares, medallones, botones, solitarios, hevillas, espoletas para los hombros, cintillas, lazos, hilos de piedras preciosas y de perlas gruesas, piezas de engarce, cajas de diamantes y otras piedras sueltas graduadas por número y tamaño, taleguillos de perlas sueltas del mismo modo indicados por número y tamaño, barras de metales finos, botellas de polvo de oro, panes de plata, todo ello componiendo, bajo el punto de vista del arte, un verdadero museo; bajo el punto de vista de su valor, un verdadero tesoro, en el que se contaban piezas que resistían á toda valoración.

Aunque desde la formación de la unidad de la Monarquía

los monarcas de la casa de Austria y los de la de Borbón, en sus testamentos respectivos no habían observado un criterio constante en sus disposiciones respecto á su conservación como vínculos de la Corona, ó en su distribución entre sus herederos, considerando las alhajas que poseían como bienes muebles libres, desde el reinado de los Señores Reyes Católicos hubo una tendencia marcada á vincular aquellas piezas ó joyas que, por su procedencia, participaban de un carácter histórico, ó un recuerdo venerable de familia, y aquellas que constituían adornos especiales de perpetua ostentación para la autoridad y magnificencia del Trono. La Reina Católica recibió de la herencia Real de Enrique IV joyas, preseas, libros decorados con adornos de metales preciosos y pedrería; cruces y relicarios cuyo origen se remontaba á la época medioeval de los más ilustres Reyes de Castilla, de Alfonso VIII, de San Fernando, de Alfonso el Sabio, de Pedro I y de los dos Juanes I y II. El Rey Católico, por su parte, las había traído en su hijuela, procedentes de las antiguas recámaras de los dos Jaimes, de Pedro IV, de Alfonso V, del Príncipe de Viana y de otros monarcas de la casa de Aragón. No todas estas alhajas fueron distribuídas entre los herederos de Portugal, Inglaterra y Flandes, pues Doña Margarita, la bella viuda del Príncipe Don Juan, se llevó muchas. Mas si esto fue así, en cambio con Doña Juana y Felipe I el Hermoso, vinieron á nuestra casa Real gran golpe de joyas de las casas de Borgoña y Habsburgo, muchas de las que Carlos V fue el primero que hizo vincular á la Corona de España, si bien con la condición de que Felipe II, su sucesor, incluyera por ellas en el fondo á partir de la testamentaría que aquél dejaba el precio de su valor en tasación. Consideradas desde aquel tiempo las alhajas que heredaban ó adquirían los Reyes de España como bienes, libres de su personal pertenencia, fueron siempre acumuladas á su muerte entre los bienes libres á repartir, por mandas ó por herencia, haciendo sólo exclusión especial de aquellas que querían que quedasen vinculadas y perpetuas en

la Corona, siempre bajo la condición impuesta en su testamento por Carlos V de indemnizar con el precio de su valor el fondo testamentario de los bienes relictos.

El primer monarca que instituyó el verdadero vínculo de las alhajas en la Corona fue Carlos III, el cual, después de incorporar en su testamento á la Corona todos los bienes inmuebles de cualquier manera adquiridos durante su reinado, mandó se diese «alguna alhaja de las que existen en mi poder á arbitrio de mi hijo, el Príncipe, y demás testamentarios á la Princesa, su mujer, al Rey de las Dos Sicilias y la suya, á la Infanta Gran-Duquesa de Toscana y á su nieta Doña Carlota, Princesa del Brasil; y quiero, añadía, que las demás joyas, sacadas estas mandas, queden incorporadas á la Corona en la misma forma que llevo prevenido en cuanto á los bienes estables». Estas joyas, competentemente inventariadas, se conservaron con escrupulosidad tan exquisita de parte de los Reyes Carlos IV y María Luisa, que cuando en los engarces de sus prendidos esta señora quiso usar del diamante colosal llamado *Estanque*, ó de la famosa perla *Peregrina*, lo decoró «con una especie de bola en óvalo, toda de brillantes, y cincelada en el medio una faja de oro con letras esmaltadas negras que decían: SOY LA PEREGRINA»: y siendo estos brillantes de la bola de su propiedad particular, nunca más permitió que se desmontasen añadiendo su valor de 109.100 reales al valor de la joya vinculada. Esto mismo hizo María Luisa «con el lazo grande para el pecho de cuatro hojas, con un cordón y borlas, con varios peldaños, siendo todos los medios principales de brillantes de color rosa y el restante blancos, con los festones menuditos de brillantitos pintados de dicho color». Los dos medios principales de las dos almendras de esta joya, y el brillante grande, de forma de almendra, que se hallaba colocado en la cabeza de la expresada borla y del color ya dicho, eran también propiedad de la Reina, «pues los tenía en alhajas suyas y los dió cuando se hizo esta obra, que era de brillantes de la Corona Real»; y con todo, aun estando valuado lo que María Luisa

puso en ella en 2.388.974 reales, al hacerse en Aranjuez la entrega de las joyas de la Corona, no quiso que se desprendiesen de la regia alhaja.

De que todo este portento de riquezas quedó en los palacios de Aranjuez y Madrid nos quedan, entre otros testimonios, el del mismo Emperador Napoleón en sus cartas al Gran Duque de Berg. En sus cartas del 2 y 5 de Mayo de 1808, insertas en su *Correspondencia de Napoleón I*, número 13.801, dice á Murat: «Que las alhajas y los diamantes de la Corona no sean hurtados y que alguno que encarguéis vele por ellos, ya sea para que pasen al nuevo Rey, ya para que se reintegren al Rey Carlos»; y en otra del 5 repite la misma recomendación: «Cuidad de que los diamantes y alhajas de la Corona no se dilapiden». El caso es que Napoleón autorizaba estos despojos de sus Generales y soldados, y no puede olvidarse que cuando su hermano el Rey José se le quejó de la conducta de Cailincourt, de Duhesme y de Lechi, que más que Generales parecían *capitanes de bandidos*, pues se apropiaban cuanto encontraban por donde quiera que iban, Napoleón le contestó: «*Estos Generales hacen bien. Las ciudades deben ser saqueadas. Este es el derecho de la guerra.*» Murat, que esto sabía, fue el primero que, después de haber saqueado la casa de Godoy en Doña María de Aragón, en que estuvo alojado hasta que después del 2 de Mayo y de la salida del Infante D. Antonio para Bayona pasó su residencia al Palacio Real, y de haberla entregado al rebusco de sus soldados y luego al incendio para obscurecer sus robos, en Palacio entró con la misma rapacidad enfrascándose bien en aquellos tesoros que allí encontró. Salió Murat de Madrid con doscientos veinte carros de equipaje é impedimenta, y le sucedió interinamente en el mando supremo Savary, el cual, menos escrupuloso aún que el Gran Duque de Berg, cargó más codiciosamente, sobre todo, sobre los brillantes y las joyas de servicio doméstico que Murat había respetado para que el Rey José, al llegar á Madrid, no encontrase enteramente desalquilada la residencia en que había de

morar; y á pesar de estas rapacidades, las *alhajas de la Corona de España* que el honrado Carlos IV dejó en sus palacios y posesiones eran tantas, que todavía, cuando por decreto de 26 de Julio de 1808 se dispuso que el guarda-joyas de la Real Casa entregase á D. Francisco Cabarrús, Conde de Cabarrús, bajo inventario, lo que había quedado, los funcionarios de aquella dependencia D. Peregrino de Llanderal, D. Ignacio Pérez y D. Francisco Gamedo, después de haber acreditado lo que el 8 de Mayo anterior se había entregado por orden del General Murat, todavía pusieron á disposición del Señor y Marqués de Mos, Mayordomo mayor del Rey José, joyas por valor de 22.105.308 reales, en que todavía había un solo espadín valuado en 2.085.010 reales, un collar de otros 2.114.340, una sortija de 1.665.000, un lazo para el pecho de 2.388.974, un grupo de figuras de tocador de 3.242.390 y otras alhajas, hasta el número de 32, á este tenor.

De las que robó el Duque de Róvigo Savary hay en el libro de Goldsmith, *The secret history of the cabinet of Bonaparte*, pág. 373, una anécdota que dice:—«Entre las alhajas de alto precio confiadas en el palacio de Madrid al General Savary se hallaba la corona de la Reina de Etruria. El honrado General hizo desmontarla y Mad. Savary mandó hacer con los brillantes un aderezo de forma de espiga para la cabeza. Cometi6 la imprudencia de presentarse un día con este adorno en la corte de la Emperatriz Josefina. Cuando el Emperador vió el aderezo de Mad. Savary, no pudo reprimir un movimiento de cólera y mandó al General que inmediatamente le devolviese la alhaja, con la que después Napoleón hizo un presente á la Reina de Holanda.» De todas las alhajas de la Corona de España, que, salvadas de los despojos de Murat, de Savary y de los soldados que guarnecieron los Sitios Reales, en donde se encontraron algunas, sobre todo en Aranjuez y en El Escorial, pasaron á manos del Rey José, el último destino que tuvieron se testifica absolutamente en la Correspondencia publicada en las *Memoires et correspondance politique et militai-*

re du roi Joseph, annotées par A. Du Casse, y principalmente en las cartas dirigidas al Mariscal Berthier y al Emperador:—«Se vive del robo; pero todo lo que se roba aquí, se paga tarde ó temprano con sangre francesa. Las tropas no están pagadas, ni mi Gobierno tampoco.»—«Hoy mismo me he visto obligado á vender los vasos sagrados de mi propia capilla, para pagar el pan de las tropas que hay en Madrid. ¿Cómo lo pagaremos mañana? A estas horas no lo sé.»—«Las tropas que están á mi servicio se hallan sin pagar ni vestir hace ocho meses. Los proveedores, para que den que comer, han sido afianzados con los objetos de valor que quedaban en el Palacio de Madrid. Este recurso me proporcionará víveres para quince días.»—«Todos los capitales mobiliarios han sido consumidos. El crédito está completamente aniquilado.»—«Estoy rodeado de la miseria más espantosa. Mis Oficiales de mayor graduación se ven obligados á carecer hasta de fuego en sus casas. Yo he dado todo; lo he empeñado todo: yo mismo me hallo en la mayor miseria.»—«He empeñado en París bienes por valor de un millón, y en Madrid los pocos diamantes que me quedaban.» Estos testimonios son irrecusables. El rey había enajenado todas las alhajas de la Corona que se habían salvado de las dilapidaciones de Murat y de Savary, y los soldados franceses todo lo robaban, sin exceptuar las mismas joyas de la Casa Real. En 1814, al restatuirse á Madrid el Gobierno de la Regencia en Cádiz, el Ministro de Prusia acreditado en nuestra corte, puso en conocimiento del Ministro Cevallos, que «de las muchas alhajas de que se apoderaron los prusianos en el campo de batalla de Waterloo, se hallaban un solitario de gran valor y una presilla de brillantes que por sus marcas C. R. parecía pertenecer á las alhajas robadas á la Corona de España por los franceses. Habiéndose presentado estas joyas á la Princesa Carlota, hija del Rey de Prusia, para que las adquiriese por compra, el Rey mandó depositarlas, diciendo que era asunto de gravedad y que pedía reflexión, al menos hasta consultar con el Gobierno legítimo de España. También D. Manuel

Cortina, en las Cortes de 1855, al descubrir la testamentaria de Fernando VII y los documentos justificantes de las investigaciones que se habían practicado por la Intendencia General de la Real Casa y Patrimonio sobre la suerte que había corrido el inmenso tesoro que constituían *las alhajas de la Corona* de España después de 1808, testificó que después de la Restauración del Rey Fernando, por diversos conductos, y entre otros por el de la Embajada de España en París, se le ofreció la venta de algunas de ellas que poseían varios súbditos franceses, sin que explicaran satisfactoriamente su procedencia.

Labrados en las *Misceláneas* que escribió sobre su vida pública y privada, dejó escritas dos especies que han sido también nuevas fuentes de los errores que produjeron las dos escandalosas discusiones parlamentarias de 1855 y 1869, y las viles imputaciones que se hicieron contra la Reina Madre en 1842 y 1855, y aun contra Doña Isabel II en 1869, por labios del Sr. Figuerola. En uno de estos pasajes, Labrador decía: «Cuando Carlos IV y su mujer fueron desde Aranjuez á Bayona, el Rey no tenía para su uso más que algunas alhajas consistentes en una presilla de brillantes para el sombrero, una botonadura, un puño de espada y otras frioleras. Todo se vendió en Marsella, porque Napoleón no dió la suma que había ofrecido, mientras supo que el Rey tenía á su disposición algunos valores. En cuanto á la Reina María Luisa, llevó consigo valor de seis millones en pedrería. «En nada de cuanto Labrador aquí escribió había verdad absoluta: de modo que en sus *Misceláneas*, sólo consignó en este punto lo que imperfectamente conocía de oídas. En la correspondencia confidencial del Embajador de Roma, D. Antonio Vargas Laguna, con el Rey Fernando VII, se dan noticias exactas de todas estas cosas. Napoleón, apenas encerró á los Reyes Padres en Compiègne, los abandonó de todo punto: de modo que tuvieron que subsistir con su numerosa servidumbre de la venta que en París y en Marsella se confió al ayuda de cámara Viergol de algunas de las alhajas, de propiedad particular suya, que la

Reina con providencial previsión había llevado. El Rey regaló á la Condesa del Castillo-fiel, Doña Josefa Tudó, que se había agregado á las damas de la servidumbre de la Reina, la botonadura de solitarios, también de su propiedad particular, que había llevado á Francia. Estos brillantes no fueron donados de una vez, sino uno á uno en los días de Santos y otras festividades en que la costumbre de la antigua esplendidez no regateaba á los augustos cónyuges el gusto que tenían en hacer regalos. La Condesa de Castillo-fiel los conservaba en una cajita, y cuando á instancias de Vargas Laguna entregó en Pisa á E. Eusebio Bardaxi y Agara todas las joyas que poseía, pues al Rey y á Vargas Laguna, un vil traidor entronizado en la confianza de aquella triste dama, había hecho creer que ocultaba las *alhajas de la Corona*, al serle devueltas, confesando Vargas Laguna el error en que se le había hecho incurrir, pues entre las joyas de Pepita Tudó no había ninguna que hubiera pertenecido siquiera al gabinete particular de la Reina María Luisa, ella misma devolvió los solitarios de la botonadura que el Rey Carlos IV confesó le había regalado, para que se le remitieran al Rey Fernando VII. Las demás joyas que el Rey Carlos IV llevó á Francia poco á poco, y siempre por mano de Vargas Laguna, se las fue remitiendo á su hijo; las alhajas que llevó la Reina, después de las que se vendieron por Viergol y éste acreditó en Madrid, donde Fernando VII le había reclamado á su servicio, todas se hallaron en sus habitaciones á su muerte, ajustadas al inventario oficial que de ellas tenía; ninguna era de las de la vinculación de la Corona, y todas vinieron á poder de Fernando VII, representando un valor de 8.187.079 reales y 26 maravedises, según tasación.

El otro pasaje no menos equivocado de las *Misceláneas* de Labrador, que impulsaron en 1869 no sólo á los errores de Figuerola, sino á los del mismo Cánovas del Castillo, á los de Elduayen y á los de Cos-Gayón, dice así:—«El Luna (*sic*) (por *Laguna*), Ministro de España en Roma, que debía á éste (Carlos IV) toda su fortuna, pero que era uno de aquellos hombres

que no transigía con su deber, habló con tanta firmeza á Carlos IV de la obligación que tenía de devolver á la Corona de España lo que le pertenecía, *que estas alhajas fueron enviadas á España*; pero, en lugar de conservarlas como Tesoro de la Corona, fueron divididas entre las Princesas, porque así lo quiso la Infanta Doña Carlota.» Este pasaje está más nutrido aún de errores que el anterior. Las alhajas de la Reina María Luisa, que no vinieron de Roma hasta después de la muerte de los Reyes Padres, fueron cotejadas en las habitaciones del Rey Fernando VII, el 27 de Diciembre de 1824, por D. Pedro de Vargas, encargado del Real Oficio de Guarda-joyas; don Francisco Scarlatí de Robles, Contador General de la Real Casa; M. Ignacio Gutiérrez de la Solana, Veedor General de la misma; D. Sebastián Hurtado, Depositario de los bienes de la testamentaria de los Reyes Padres, y el Escribano D. Ramón de Carranza, Secretario de la Junta Superior del Patrimonio. El cotejo se hizo con el inventario formado en 1789 á la muerte del Rey Carlos III, que fundó la vinculación de las joyas, y el resultado del examen fue declarar que ninguna de aquellas joyas pertenecían al Tesoro de la Corona y que todas legítimamente pertenecían á la propiedad particular de la Reina María Luisa. No hubo, pues, más, después de la dominación de los franceses, que las robaron todas, ni en el testamento é inventarios de Fernando VII, *alhajas de la Corona*. Y el reparto que se hizo, y del que al Rey Fernando tocaron joyas y efectos por valor de 3.438.183 reales y 2 maravedises, hubiera sido irreprochable, si en él no se hubieran contrariado absolutamente las disposiciones testamentarias de la Reina María Luisa, hechas en Roma y autorizadas con la licencia y la firma del Rey Carlos IV. La Reina instituyó por su único heredero al Príncipe de la Paz. Sus hijas la Duquesa de Calabria, Princesa hereditaria de Nápoles, la Infanta María Isabel, y su hermana la antigua Reina de Etruria y Duquesa de Luca, la Infanta María Luisa, desde luego protestaron en presencia del Embajador Vargas Laguna, de que su intención era de que se

cumpliese estrictamente la voluntad de su madre. Vargas Laguna expuso que él se atendería á lo que le mandase el Rey Fernando VII, y éste dispuso que se trajeran á Madrid, con los demás bienes muebles del Palacio de Barberini. Las alhajas vinieron. La Princesa del Brasil pidió su parte y se hizo la distribución. Pero aquellas *alhajas* no eran de la *Corona*; aquellas eran las preseas particulares de la Reina María Luisa, la mujer más elegante de Europa.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *La Revista de Chile*.—El plebiscito y las anexiones territoriales.—Sarmiento, pedagogo y escritor.—La reforma ortográfica.—Deberes de la Prensa.—Defectos del cuarto Poder.—Influencia de la situación geográfica de Santiago de Chile en su desarrollo.—El ferrocarril trasandino.—Los túneles de los Andes y la cremallera.—Contra el pesimismo de última hora.—Reformas necesarias en Chile.—La elección del Jefe del Estado en las Repúblicas.—*El Pensamiento Latino*.—El Congreso Médico Latinoamericano.—Estudios de higiene.—Ligas contra la tuberculosis y la sífilis.—Asociación de señoras americanas «por la paz y el desarme».—La Asociación francesa.—El Congreso obrero de Lima.—Remedios contra el alcoholismo.—El segundo Congreso Científico Latinoamericano.—Conclusiones notables.—*Revista del Ateneo*.—Deficiencias de la nueva edición de leyes argentinas.—Importancia de este asunto.—*Boletín histórico mexicano*.—El Sr. García y su libro sobre el *Carácter de la conquista española*.

La Revista de Chile sigue siendo una de las publicaciones americanas más interesantes y mejor compuestas. En los números últimamente recibidos (entregas 70 á 77, exc epto la 74, que falta) hallamos los siguientes artículos importantes:

El plebiscito ante la historia diplomática y ante los principios del Derecho internacional, por Alejandro Alvarez. Capítulos de una obra en preparación, que llevará por título el que antecede. En el primer capítulo, el autor, después de una copiosa bibliografía de libros y artículos pertinentes al caso, pero en la que no se da entrada más que á producciones francesas, expone las diferentes formas de anexión de territorios ajenos que presenta la Historia (voluntarias é impuestas). En

el segundo, estudia la aparición del plebiscito, es decir, de las manifestaciones de la voluntad nacional en las cesiones de territorio, como una consecuencia de los principios políticos que proclamó la Revolución francesa de 1789. En el régimen antiguo de la Monarquía absoluta, «no sólo no se discutía si las poblaciones tenían voz en las anexiones territoriales, sino que ni aun se habría tolerado que los habitantes de la porción de territorio cedido tuviesen derecho de *optar* entre la nueva nacionalidad que les era impuesta y la antigua que tenían antes de la cesión».

Con los principios revolucionarios cambiaron grandemente las cosas, pero no de un modo inmediato. La Asamblea nacional incorporó á Francia la isla de Córcega por un simple decreto, y los señoríos de Aviñón y el condado Venesino mediante la previa manifestación de voluntad de los habitantes. La Convención nacional usó siempre de la forma plebiscitaria para anexionar la Saboya, Niza, Maguncia, Bélgica y otros territorios. El Sr. Alvarez examina particularmente cada uno de estos casos con gran copia de detalles.

En contraposición con este sistema, los Reyes europeos, unidos en la Santa Alianza, no reconocieron «jamás á los pueblos el derecho de decidir sobre los cambios territoriales». Así vemos que en todos los que se efectuaron «á causa de los tratados de 1814 y 1815 y del Congreso de Viena de 1815, jamás se consultó en ningún sentido á las poblaciones».

Sarmiento, su vida y sus obras.—El Sr. Lamas García presenta aquí un resumen crítico del reciente libro de José Guillermo Guerra, premiado por el Consejo de Instrucción pública. Sarmiento fue una de las personalidades más complejas y salientes de la América del Sur en el siglo XIX. Político, escritor, pedagogo de acción, extendió á muchos órdenes de la vida los efectos de su actividad incansable. «En la enseñanza introdujo innovaciones duraderas. En 1844, siguiendo algunas de las ideas de Bonifaz y Vallejo, introduce... en la lectura el método del silabeo. En una de las primeras sesiones de la

Universidad de Chile presentaba Sarmiento un plan de reforma ortográfica, por el cual pedía que se desterraran «las reglas fundadas en la etimología, derivación y uso», para fundar la ortografía en la sola «pronunciación de las palabras, tal como suenan en los países americanos». En otros términos, esta reforma consistía «en la supresión de la letra »*h*, »*v*, »*z* y »*x* y de la »*u* muda de las combinaciones »*gue*, »*gui*, »*que*, »*qui*, sustitución de la »*y* por la »*i* en los casos en que esta letra »representa el sonido de vocal y fijación de la »*c* como »*único* »signo representativo del sonido fuerte que esa misma letra »tiene antes de las vocales »*a*, »*o*, »*u*, y que se representa con el »signo »*q* antes de las vocales »*e*, »*i*».

»En 1875 se aprobó en Buenos Aires una ley que encerraba una idea que Sarmiento había propagado durante veinticinco años, la cual no ha perdido aún, por lo menos para Chile, su carácter de novedad. Esa idea era la creación de un fondo especial para costear los servicios de Escuelas primarias; ya había hecho aprobar en San Juan, en 1862, una ley para destinar á la instrucción pública las entradas de censos y capellanías eclesiásticas.

»El año 1884 fue nombrado para venir á Chile á proponer la realización de una de sus últimas y provechosas ideas en favor de la enseñanza y de las luces. Esa idea era la de celebrar una convención «entre los dos países para costear la traducción al castellano de obras importantes de ilustración popular, escritas en otros idiomas.» La convención se celebró, y si no se ha llevado á la práctica, ha sido únicamente por una deficiencia en sus disposiciones, pues no se determinaba quién tomaría á su cargo la dirección y ejecución del trabajo.

»Como escritor llenó una labor no menos varia. Las *vidas* de los caudillos *Aldao*, *Quiroga* y *Peñaloza*, escritas en distintas épocas, pueden ser clasificadas entre sus obras históricas y de costumbres, así como las *Vidas de Dominguito* y del coronel *D. Francisco J. Muñoz*; podría también ponerse entre éstas la *Vida de A. Lincoln*, que escribió poco después de su

llegada á los Estados Unidos, cuando fue encargado de una misión diplomática en este país. Entre las obras de propaganda liberal, constitucional y filosófica, pueden contarse *Los conflictos y armonías de las razas en América*, el folleto titulado *La escuela sin la religión de mi mujer*, y el libro de *Comentarios á la Constitución argentina*, así como el folleto titulado *El estado de sitio según el doctor Rawson*. Fuera de éstas, tiene varias traducciones de obras didácticas ó históricas, del inglés, del francés y del italiano; entre éstas se cuenta el relato de la *Misión Muzzi*, en la que servía como secretario el entonces canónigo Mastai Ferreti, y después Pápa con el nombre de Pío IX.»

Su labor como periodista excedió enormemente á la que como autor de libros se deduce de la enumeración anterior.

Deberes de la prensa, por Francisco Carey.—El asunto es interesante, y se ha discutido mucho en Europa. He aquí las opiniones del Sr. Carey: «Es sabido—dice—que el público, después de cierto tiempo, se identifica con sus diarios y piensa con ellos. Obvio es entonces que la mala lectura habitual ocasiona desviaciones funestas en la manera de pensar de los individuos, ó por lo menos, á la larga debilita hasta los más firmes caracteres... Felizmente, la prensa de Chile se ha mantenido y se mantiene á cierta altura, en el sentido de que ni la pornografía ni la venalidad han hecho escuela ni mucho menos; pero no por eso podemos dejar de reconocer que hay necesidad de corregir mucho para que ella alcance el grado de moralidad á que debe aspirar.» Los defectos que el Sr. Carey halla en la prensa chilena son, poco más ó menos, los que pudieran hallarse en mucha parte de la española: información efectista de asuntos escandalosos é inmorales (crímenes, etcétera); virulencia en los ataques personales contra los adversarios políticos, usando «los vocablos más injuriosos, calumniándoseles de un modo cruel», con lo cual se «causa daños incalculables, no sólo á los ofendidos, sino también á los ofensores y á la causa que sirven; falta de tolerancia en el examen de

las opiniones y creencias ajenas: («con defensas intemperantes y calumniosas, nada ganan la doctrina ni el que la defiende; tampoco da triunfos sobre el contrario: sólo se obtiene que se viva en una atmósfera de odio que destruye la armonía entre los miembros de la sociedad, y contribuya á secar los corazones»); admisión sobrado fácil y ligera de *remitidos* «de carácter meramente personal, destinados á herir reputaciones ó dañar intereses materiales de alguien»; «tolerancia en admitir personas completamente desprovistas de conocimientos especiales para tratar asuntos que los exigen: hay periodistas que manifiestan una ignorancia tan grande en la mayor parte de los asuntos de que tratan, que no se explica cómo pueden pretender influir en la opinión pública»; precipitación ó compadrazgo en los juicios de cosas y personas, en la parte crítica (literaria, teatral, etc.). De la exposición de estos defectos, se deduce bien lo que el Sr. Carey quisiera que fuese la Prensa.

Introducción á un estudio sobre la influencia de la situación geográfica en el desarrollo de Santiago de Chile, por Germán Wieghardt.—Sabido es la importancia que desde Ritter acá han alcanzado las cuestiones de geografía histórica en el sentido de la influencia del relieve y las condiciones del terreno en la vida humana. El asunto que estudia el Sr. Wieghardt pertenece á este orden de cuestiones. Partiendo del hecho de la fundación de Santiago por Pedro Valdivia, se pregunta cuáles fueron las razones que pudieron inducirle á fundar precisamente en aquel punto la capital. El autor cree encontrarlas en los siguientes hechos: ser el valle del Mapocho, en que se asienta la ciudad, el más extenso y el más poblado que Valdivia y sus compañeros encontraron después de once meses de viaje, y pertenecer al dominio de los Incas, que previamente habían sometido á vasallaje casi servil á los indígenas, por lo cual éstos eran «sumisos, trabajadores y adictos á sus superiores». El primitivo sitio de la ciudad fue la isla del Mapocho, y el declive hacia O. que presenta el terreno, influyó en el trazado de las calles. El desarrollo del caserío fue muy lento, no

sólo por los repetidos ataques de los indígenas, sino también por la situación geográfica, que no permitía fácil relación y comercio con las otras colonias españolas más que por intermedio del Perú, y aun esta comunicación por tierra tropezaba con el inconveniente del desierto que se extiende al N. de Chile. Así, á fines del siglo xvii, Santiago era un miserable pueblo de 8.000 habitantes. Las relaciones comerciales con Perú (cambio de productos agrícolas por minerales) fueron poco activas. Abolido el monopolio del comercio español, como resultado de la independencia, y acortadas las distancias por mar merced á la invención de los barcos de vapor, Santiago vió contrapesadas las desventajas de su situación terrestre, y en pocos años ha progresado mucho. Pero todavía su aislamiento de las demás regiones americanas por la enorme barrera de los Andes, así como el clima dulce de todo Chile, que permite la perfecta aclimatación de la raza blanca, han influido y siguen influyendo en otros respectos, librando al país de la importación de esclavos negros y de las grandes conmociones políticas de otras regiones, y conservando el idioma castellano sin provincialismos. La apertura del ferrocarril trasandino y la traslación al mar Pacífico, en un porvenir no lejano, de la importancia comercial é histórica que primeramente tuvieron el Mediterráneo y el Atlántico, serán hechos de gran transcendencia en el desarrollo futuro de Chile y de su capital.

Precisamente de ese ferrocarril trasandino que acabamos de citar, trata un artículo del Sr. Marín Vicuña, que trae el mismo número de la *Revista de Chile*. El autor hace historia del proyecto desde 1869, y expone el estado actual de la línea. La sección argentina pertenece á una compañía inglesa y mide 175 kilómetros, llegando la locomotora hasta el 142. La sección chilena, á pesar de su corto desarrollo (69 ks.), es la más difícil y cara. Se divide en tres secciones, de las que la primera (Santa Rosa de los Andes, á ks. 37,5) está casi terminada, y la tercera tiene algo hecho. Paralizados los tra-

bajos hace algunos años se reanudarán pronto, y se estima el coste de lo por construir en 9.097.959 pesos.

La tercera sección tiene varios túneles, cuyo estado es como sigue:

	Metros de largo.	Metros perforados.
1.º Túnel del Juncal.....	1.219,73	242,30
2.º » de Juncalillo.....	1.164,87	217,42
3.º » del Portillo.....	1.883,26	198,05
4.º » de la Calavera.....	3.751,20	213,65
5.º » de la Cumbre.....	3.146,30	273,60
TOTAL.....	11.165,36	1.145,02

» Los 3.146,30 metros del túnel de Cumbre son los que corresponden á la sección chilena; pues el total es de 5.034,10 metros, lo que hace más de 13 kilómetros de túnel para pasar el macizo central de la cordillera.

» El túnel del Portillo es elipsoidal, y con él se ganan 134,80 metros de altura; la gradiente de 8 por 100 se conserva en todos los túneles, salvo una parte horizontal en el túnel del Portillo y una pequeña gradiente hacia la Argentina que se le ha dado al túnel de Cumbre en los últimos 3.000 metros.

» Respecto al perfil longitudinal de la línea, tenemos hasta el kilómetro 34.190 una pendiente máxima de 2,5 por 100, y desde ahí empiezan secciones interrumpidas de cremallera Abt, con pendientes máximas de 8 por 100; alcanzando ésta un desarrollo de unos 28 kilómetros, divididos en seis secciones.

» La introducción de la cremallera Abt es lo que constituye la especialidad del trazado Schatzmann.

» Muy discutida fue entre nosotros la aprobación del sistema de cremallera para una línea como ésta; pero, después de informes decisivos, el Gobierno aprobó los planos tal como los presentaba el distinguido ingeniero Schatzmann.

» Y no podía ser de otra manera: el sistema Abt ha sido

empleado en diversos ferrocarriles y no ha tenido ningún inconveniente; y, por el contrario, es más económico, como lo hace observar el ingeniero del ferrocarril de cremallera de Monistrol á Monserrat en el siguiente cuadro del costo de explotación:

Ferrocarril.	Sistema.	Costo de 1 milla-tren.	Costo por 1.000 pies elevados por tonelada.
Hartz..	Cremallera Abt.	1 s.—0 d.	2.3 d.
Sommering.. . . .	Adherencia	1 »—5 »	3.0 »
San Paolo...	Cable..	3 »—0 »	3.4 »
Rimutaka...	Riel central Fell...	3 »—8 »	3.5 »

¿Cuáles son las necesidades primordiales de la época presente?, se pregunta el Sr. D. Marcial Martínez. Según la opinión de la mayoría en Chile, no es tanto instruir como educar al pueblo lo que se necesita. El autor no cree que Chile esté á «un nivel más bajo en orden á moralidad, aunque sí inmensamente más abajo en cuanto á cultura, que cualquier otro país de alta civilización». Se funda en el hecho de que todos los países del mundo que hablan y se preocupan de este problema se quejan de los mismos vicios. El Sr. Martínez confiesa haber participado por algún tiempo del pesimismo de la hora presente; pero ha reaccionado contra él, no sólo por la consideración que va apuntada, mas también porque es perfectamente aplicable á todos los tiempos, en que se han repetido las mismas quejas, con iguales vaticinios de catástrofes inminentes, no ocurridas, por fortuna. En lo que toca á los pueblos actuales, el Sr. Martínez cita numerosos hechos relativos al Japón («que nosotros—dice—á mi modo de ver erróneamente, y por seguir una corriente que está á la moda, consideramos como un pueblo próspero») en los cuales se evidencia una corrupción tan grande como la de cualquier otro país *viejo*. Lo mismo se ve observando lo que pasa y se dice en Francia, en Inglaterra y en otras naciones. El autor opina que «no debemos perder el tiempo en vanas lamentaciones..., sino que debemos

marcar la ruta que conviene seguir para mejorar nuestras instituciones y nuestras costumbres». El programa del señor Martínez abraza una porción de pormenores relativos á la vida política y social chilena, en que no podemos detenernos.

«En lo tocante á instrucción pública, cuanto se haga será insuficiente. La instrucción, y antes que todo la educación del pueblo, es la base del engrandecimiento del país. Excusado es decir que debemos preferir la instrucción práctica, dada en gimnasias, escuelas técnicas, universidades populares, etc.

»Ya que en Chile, por la pobreza, la ignorancia, y no poco por el carácter de la raza, los ciudadanos no cooperan, sino en escala mínima, á difundir, ya por medio de socorros pecuniarios, ya por la enseñanza directa, la educación y la instrucción del pueblo, tiene el Estado que cumplir esa misión civilizadora. Todos leemos con verdadera admiración lo que en los países adelantados hacen los ciudadanos para contribuir á la propagación de las luces; pero poquísimos imitan esos ejemplos, al paso que son comunes las donaciones y legados de carácter confesional.»

¿No es verdad que el párrafo que antecede parece escrito para España?

La crisis de un sistema, por R. Huneeus. El autor estudia con gran pormenor la elección y subrogación del Jefe del Estado, sobre la base de las Constituciones y demás leyes políticas chilenas, é historiando toda la vida moderna de Chile en este sentido. De todos estos datos se deduce que, siempre «que se ha tratado de reformas generales de la Constitución, se ha procurado, en uno ó en otro sentido, modificar el sistema de elección del Presidente de la República. Muchos se inclinan al sistema francés; otros, los menos, lo atacan por poco democrático. El autor reproduce ó compendia varios artículos de periódicos que sostienen una y otra opinión. El trabajo del Sr. Huneeus no termina en el último número que hemos recibido.

El Pensamiento Latino continúa desarrollando con gran fortuna su programa. Aparte otros trabajos que enumerare-

mos, trae en los números de este año documentos interesantes sobre la vida intelectual americana.

Empieza ocupándose en el *primer Congreso médico latinoamericano en Santiago de Chile, del 1 al 9 de Enero de 1901*, publicando un resumen de las sesiones celebradas y trabajos presentados, de que daremos idea con algunas citas tan sólo. *Higiene*: Valor alimenticio de la leche, por el Dr. Mourgues; Institutos de Higiene provinciales y Médicos higienistas, por el Dr. A. del Río; La rabia en Chile, por el Dr. M. Cádiz; Estudio médico demográfico del departamento de Ovalde, por el doctor A. Tirado; Proyecto de una ordenanza de Higiene para el Ejército, por el Dr. Grossi; Septicemia puerperal y Lactancia materna, por el Dr. S. Feliú Gana; Enseñanza de la Higiene, por el Dr. J. Pastor León; Médicos escolares, por la doctora Srta. Eloísa Díaz, quien, después de un interesante discurso sobre esta materia, propuso las siguientes conclusiones, que fueron aprobadas: «la Sección de Higiene del Congreso médico latinoamericano manifiesta á los Gobiernos que es indispensable, para mejorar las condiciones higiénicas de los países: 1.º, reorganizar el servicio médico escolar, nombrando un facultativo por cada dos mil alumnos; 2.º, hacer obligatoria la enseñanza de la higiene en las escuelas y colegios subvencionados por el Estado; y 3.º, continuar cuanto antes la edificación escolar, conformándola á los menores detalles de la ciencia higiénica, y sobre todo, dando la debida importancia á los gimnasios».

Profilaxia de la tuberculosis, por el Dr. E. Soza, cuestión que fue muy debatida; La nomenclatura de Bertillon, por el doctor Monjarás; Sanatorios para tuberculosos en el valle del Huasco, por el Dr. Morales; Enfermedades en el ejército de Chile, por el Dr. C. Guzmán; Servicio médico en los ferrocarriles del Estado, por el Dr. García Collao; Mapa climatológico y patológico de Chile, por el Dr. J. Grossi; Contribución al estudio de la climatología de la provincia de Aconcagua, por el Dr. N. Fuenzalida; Aguas potables de Chile, por el doc-

tor Puga; Registro sanitario de las habitaciones, por el doctor A. del Río, quien «detalla las ventajas de establecer este registro ó casilleros sanitarios que sólo existe actualmente en París. Para esto se divide el plano de la ciudad en manzanas enumeradas, que corresponden á otras tantas casillas, en las cuales se colocan protocolos especiales para cada casa. Un ejemplo lo explica prácticamente: Tomando el registro sanitario de la manzana 502, calle de Libertad, núm. X, se encuentra el protocolo con las indicaciones siguientes: plano del inmueble, descripción del inmueble, propietario, fecha de las visitas sanitarias, superficie del sitio, superficie del edificio; patio (número, superficie y pavimento), jardines, edificio (fachada y fondo), avalúo municipal, año de la construcción, materiales de construcción, subterráneos, número de pisos, nivel del primer piso con relación á la calle, caballerizas, acequias (material de construcción y profundidad), pozo (profundidad, naturaleza de paredes y fondo), desagües, subterráneos, industria ó negocios, vecindades insalubres, número de habitaciones (1.º, 2.º y tercer piso), número de habitantes, luz, humedad, sala de baño, cocina, agua potable, desagües, juicio higiénico de la habitación. Planilla de estadísticas: demográfico sanitario, enfermedades contagiosas: viruelas, difteria, tuberculosis, fiebre tifoidea, erisipela, escarlatina, coqueluche, alfombrilla, cáncer, etcétera (año, mes, día, casos de defunciones, etc.) Planilla de las indicaciones sanitarias: fechas de las visitas, reformas necesarias, resultados obtenidos. Planilla de desinfecciones: naturaleza de la enfermedad, ídem, íd, disposición de las planillas anteriores.»

Purificación del agua por el filtro Berkefeld, por el doctor Mourgues; El alcoholismo, por el Dr. Y. Ugarte; ¿Cómo privar al hombre en su infancia y adolescencia del alcoholismo?, por el Dr. A. García. A continuación se discutió el proyecto de bases de una Liga internacional de la tuberculosis. Los acuerdos, de evidente trascendencia, fueron: 1.º, constituir una Comisión internacional permanente para la profilaxia de

la tuberculosis, encargada de dirigir la lucha contra la tuberculosis en los países latinoamericanos; 2.º, recomendar á las Ligas nacionales contra la tuberculosis que propendan á llevar á la realización el siguiente *Programa de trabajo*:

«1.º Formación de ligas contra la tuberculosis en cada uno de los Estados latinoamericanos.

2.º Propender al mejoramiento de las condiciones de vida de las clases menesterosas: casas para obreros, lucha contra el alcoholismo, reglamentación de las horas de trabajo, cajas de ahorro, etc.

3.º Enseñanza obligatoria de la higiene en los establecimientos de instrucción pública.

4.º Formación de sociedades de seguros contra la tuberculosis, á imitación de las que existen en Alemania.

5.º Facilitar el diagnóstico precoz de la tuberculosis.

6.º Declaración obligatoria de la *tuberculosis abierta*.

7.º Desinfección obligatoria en los casos que, á juicio del médico, la enfermedad ofrezca peligros á la colectividad, y en todo caso de defunción ó de traslación del enfermo.

8.º Aislamiento de los tuberculosos en hospitales especiales ó en secciones separadas de los hospitales generales.

9.º Creación de sanatorios.

10. Creación de policlínicos especiales para enfermos de las vías respiratorias, y vigilancia á domicilio de los tuberculosos indigentes.

11. Propender á justificar los organismos predispuestos á adquirir la tuberculosis por medio de sanatorios marítimos, colonias agrícolas, casas para convalecientes, gimnasios, etc.

12. Combatir la tuberculosis animal.

a) Evitando la importación de animales reproductores tuberculosos.

b) Estableciendo servicios de policía veterinaria con sus correspondientes laboratorios en los mataderos, cuidando de fomentar el seguro de la carne y la fundación de Freibank.

c) Tuberculinización de las vacas lecheras.

d) Propender á la instalación de lecherías modelos que provean á las poblaciones de leche pasteurizada, esterilizada y humanizada».

El Dr. Moore presentó igualmente un proyecto de Liga contra la sífilis, y los Dres. Aguirre y Eloísa Díaz, abogaron por que «se agregara á las conclusiones una moción que patentice la necesidad de establecer la enseñanza de la higiene obligatoriamente, no sólo en el Ejército y Armada, como se había probado anteriormente, sino también en todos los establecimientos de instrucción primaria y secundaria.

Las Secciones de Medicina interna, Cirugía, Farmacia y Ciencias Naturales y Dentística, y las sesiones del Congreso en pleno, no fueron menos interesantes por sus trabajos. Entre las conclusiones aprobadas, figuran las de encarecer á los Gobiernos:

«1.º La creación de una Subsecretaría de estado de higiene, dependiente del Ministerio del Interior.

2.º La conveniencia de celebrar protocolos para el canje de títulos profesionales médicos.

3.º Uniformar los programas de estudios médicos.

4.º Incorporar el ramo de la Medicina legal en los estudios de leyes.

A indicación del Dr. Ibar, se acordó comisionar á la Comisión organizadora del Congreso la fundación de una revista internacional de Medicina, aprobándose que tendría su radicación en la ciudad de Buenos Aires.»

La Asociación de señoras americanas por la paz y el desarme.—Se ha iniciado en Santiago de Chile la idea de una Asociación de este género. En Francia existe una análoga desde 1896, acerca de la cual da la Revista los siguientes curiosos datos:

«Desde mucho tiempo venía notándose la impresión que en la mujer europea producía el movimiento pacificador iniciado en los Estados Unidos á principios del siglo pasado, y extendido á fines del mismo á todos los pueblos civilizados de ambos hemisferios.

»Por fin, en el citado año 96, una mujer de bien templada alma y corazón levantado, la Princesa Wiszniewska, poniendo en juego todas sus influencias sociales é intelectuales, reunió elementos en grado suficiente para formar una sociedad que recibió por nombre *Liga de mujeres para el desarme internacional*.

»Dado este primer paso, obtuvo la aprobación del Ministro del Interior, previo consentimiento del de Relaciones Exteriores, é informes del Prefecto de Policía de París. Dirigió comunicaciones y se puso de acuerdo con todas las Sociedades pacíficas; hizo un llamamiento á las mujeres de todas las naciones; buscó el concurso de los escritores y filósofos propagandistas del arbitraje obligatorio ó de Cortes de Justicia Internacional, y se lanzó á las cinco partes del mundo en busca de adherentes y cooperadores, con una circular que, entre otras cosas, decía:

»Cuando se piensa que la paz armada sostenida en Europa desde 1872 ha dado margen al derroche de la increíble suma de SESENTA MIL MILLONES DE FRANCOS, se puede calcular cuántas miserias angustiosas se habría podido aliviar con esa enorme cantidad disipada.

»A fin de esparcir por el universo entero la idea de paz y desarme internacional, «que marcará el fin de las luchas fratricidas y de las hecatombes humanas», la *Liga* creó en cada país Comités auxiliares que la secundaran en su propaganda, y á la fecha, la institución está representada en Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Suecia, Noruega, Italia, Dinamarca, Rumania, Estados Unidos de América, Finlandia, Egipto, España y otros países europeos.

»En 1899, cuando un grupo de caballeros pertenecientes á diferentes nacionalidades del Continente hacían surgir en Buenos Aires la Asociación americana *La Paz*, que más tarde se ha extendido á otros países, la Presidenta de la *Liga de mujeres por el desarme* encargaba á la distinguida escritora señora Delfina Mitre de Drago, hija del ilustre General argen-

tino, organizara en la capital del Plata un Comité de señoras, cargo que fue aceptado por la señora de Drago. Entendemos que ese Subcomité ha reunido ya un buen número de adhesiones.

»Hoy que en la capital de Chile está echada la base de una institución análoga, sería llegado el caso de que las respetables damas nombradas, señora Emilia Herrera de Toro y Ana Swinburn de Jordán, Presidenta y Secretaria, reuniendo un número suficiente para celebrar una sesión preparatoria, se preocuparan de la forma que van á dar á esta Sociedad, es decir, si ella se constituye como cabeza, ó si adhiere y forma parte de una liga de las establecidas.

»Según diversas opiniones ilustradas que hemos oído, la balanza se inclina á lo primero, esto es, á que sea formado en Chile un Comité Central que por propia iniciativa invite á las demás naciones del Continente americano á formar Subcomités para la prosecución de los propósitos relacionados.»

Los obreros peruanos han celebrado en Lima un Congreso nacional, patrocinado por el Gobierno. Los puntos de estudio han sido: «Acordar las medidas que deben proponerse á los Poderes públicos para la protección de las artes é industrias nacionales. Fijar el máximum y el mínimum de las horas de trabajo y la remuneración conveniente, conciliando los intereses del fabricante con las necesidades del obrero. Acordar las leyes protectoras que deben solicitarse del Congreso Nacional á beneficio de la educación moral, intelectual y artística de los artesanos y de sus hijos. Solicitar la reforma de la administración de justicia en los Juzgados de paz, haciéndola fácil y sin gravamen para el obrero. Acordar las medidas que deben adoptarse para establecer y propagar los centros de *sport* y tiro al blanco. Dar unidad y fomento á las erogaciones de los obreros, con relación á fines patrióticos. Establecer y reglamentar el ahorro del obrero y las agencias del mismo carácter. Resolver las medidas que deben adoptarse para establecer hospicios especiales para los obreros incurables, ancianos ó inválidos.»

Esperamos que la revista publique los acuerdos votados, para dar noticia de ellos á nuestros lectores.

En una serie de artículos titulada *Las ciencias positivas aplicadas y la pedagogía práctica en la Argentina*, la redacción de *El Mundo Latino* expone diferentes hechos de interés social. Uno de ellos es el remedio del alcoholismo, ó mejor, el tratamiento de los alcohólicos propuesto por el Dr. Veyga al jefe de policía de Buenos Aires. Según el Dr. Veyga, las medidas que generalmente se preconizan, pueden clasificarse en tres grupos:

«La vigilancia de la fabricación y expendio de los alcoholes de consumo, las medidas de represión por medio del castigo y la corrección de los vicios por medio de la convicción ó de una terapéutica apropiada. Todas ellas las califica el Doctor, no sólo como ineficaces y de resultados nulos unas, sino como irrealizables otras, por los muchos recursos pecuniarios que exigiría su plantación en verdadera forma.

»La corrección de los viciosos por medio de la convicción de una terapéutica apropiada, cualquiera que sea el sistema que se ensaye..., comprendería la creación de establecimientos especiales cuyo costo de sostenimiento es considerable y cuyos resultados no parecen hasta ahora compensar los desembolsos que originan. El alcoholismo es difícil si no imposible de curar. Su mal reside en una constitución mórbida, como dejamos dicho, y para atacarlo hay que ir directamente á su fondo, lo que, como se comprende, requiere un procedimiento reductivo de larga acción y de muy fugaces resultados.

»Es esto el mayor escollo en que tropiezan las sociedades de templanza en su campaña de reforma y lo que más contribuye á sembrar el desaliento en sus adeptos. Estas casas se cuentan por cientos en Europa y Estados Unidos, variando su organización y su régimen según los países y las ideas de sus sostenedores; pero hasta ahora no se puede decir que haya en los numerosos tipos establecidos, uno que realice un plan bien

definido, de éxito real, que pueda adoptarse como modelo y que permita á la autoridad pública implantarlo, corriendo con todos los riesgos que lleva aparejada una tentativa de esta clase. Por otra parte, estas casas requieren no sólo un personal especialmente instruído para el tratamiento, sino dotado de las aptitudes y la solicitud deseadas y animado de esa abnegación que sólo se puede encontrar en aquellas personas hechas expreso para el caso.

»Es, sobre todo, una obra de iniciativa filantrópica la de crear estas casas, y no es la autoridad policial ó un funcionario aislado quien pueda abordarla por su cuenta, aun cuando creyera contar con los elementos suficientes para infundirle la vida.»

Cree el señor de Veyga que el mejor sistema para combatir el alcoholismo sería agregar á los cuarteles y retenes de policía, y hacerlos depender de su administración, edificios-asilos donde se obligaría á los alcohólicos á someterse á un tratamiento terapéutico conforme con los últimos adelantos de la ciencia. Su plan se resume en los siguientes términos:

«La policía procederá á crear un establecimiento especial para la asistencia de los alcoholistas detenidos por la misma, que requieran tratamiento médico por su estado. Este establecimiento estará bajo su dependencia exclusiva, y será sostenida por ella en sus propios fondos. En él tendrán entrada todos los alcoholistas que se envíen de las Comisaría al Depósito de Contraventores ó directamente de la vía pública, siempre que se conceptúe necesario, no debiendo considerarse dicha casa sino como un Hospital, y no un lugar de corrección ni un asilo de alienados ó de inválidos.

»El alcoholista alienado irá, como hasta ahora, al Hospicio de las Mercedes, y el inválido al Asilo de Mendigos.

»La estadía de los enfermos en el establecimiento no será impuesta como obligatoria por más tiempo del arresto que deban purgar, ni cuando abonen la multa equivalente, pero se prolongará hasta la curación definitiva cuando voluntariamente quieran permanecer allí.

»Ninguna medida de orden legal ó administrativo será necesario dictar para el caso, bastando con estos individuos para atender el orden del establecimiento y fijar las bases de su funcionamiento.»

En Marzo último se celebró en Montevideo el Segundo Congreso Científico Latino americano, de cuya labor da amplios extractos *El Mundo Latino*. Dividióse el Congreso en las siguientes secciones: Ciencias sociales y políticas.—Ciencias médicas.—Ciencias exactas é Ingeniería.—Agronomía y Zootecnia.—Ciencias físico-químicas naturales.—Ciencias pedagógicas.—Ciencias antropológicas. Carecemos de espacio para enumerar siquiera las conclusiones y declaraciones votadas en cada sección. Fueron muchas é importantes, sobre todo en las 1.^a, 2.^a y 6.^a Sirvan de ejemplo las siguientes:

«Una declaración sobre la necesidad de que las naciones latino americanas celebren un tratado permanente de arbitraje obligatorio.

Otra declaración sobre la necesidad de buscar medios más prácticos de represión de los delitos de imprenta y contra la libertad electoral.

Otra declaración sobre la necesidad de reformar la legislación sobre imprenta y de someter los delitos de este género á la decisión del tribunal del jurado.

Otra declaración sobre la conveniencia de efectuar una propaganda constante en Europa sobre América.

Otra declaración sobre la conveniencia de considerar legalmente naturalizados á los extranjeros que sirvieren como empleados públicos en el país de su residencia.

Otra sobre la creación de oficinas de canje internacional y de un Instituto Latino americano de Bibliografía.

Otra sobre la necesidad de que los Gobiernos se interesen en celebrar tratados de comercio ó formar ligas aduaneras en América para hacer efectiva la solidaridad americana.

Una recomendación sobre la importancia de los estudios económicos para ilustrar la historia de la humanidad.

Otra sobre la necesidad de practicar en el hombre americano una investigación física y psíquica, comenzando en el niño y concluyendo en el ejército, para conocer la evolución étnica de que es hoy teatro América.

Se recomienda muy especialmente se instruya al pueblo sobre los deplorables resultados del alcoholismo, como medio de prevenirlo y combatirlo.

Se aconseja la creación de una cátedra de Estadística en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales, por ser auxiliar indispensable de los estudios económicos y financieros.

Se indica la conveniencia de registrar en oficinas especiales las sentencias condenatorias recaídas en las causas criminales y de canjear informes sobre los delincuentes entre los diversos países, con el fin de ilustrar más eficazmente á la justicia sobre los antecedentes de aquéllos y de aplicar mejor las leyes sobre la delincuencia habitual.

Igualmente se señala la necesidad de que se creen en los países latinoamericanos oficinas encargadas de anotar el movimiento demográfico, como medio de conocer el balance de su población para adoptar en consecuencia las medidas tendientes á fomentar su crecimiento.

Un voto para que el Congreso recomiende á los Gobiernos la reducción de los gastos de transporte á fin de facilitar el intercambio comercial entre los países de América.

Finalmente, la sección de Ciencias sociales prestó su especial recomendación para el estudio comparativo del impuesto de la República Argentina con los impuestos de los países más adelantados de Europa, que constituye el interesante trabajo del Dr. Gonzalo Ramírez y la siguiente manifestación: «Que la sección había oído con mucho interés la exposición que de su trabajo hizo el Dr. Gonzalo Ramírez—y recomienda ese trabajo y sus conclusiones á la atención de los estadistas.»

Las precedentes declaraciones las hizo la sección 1.^a El Congreso en pleno adoptó las siguientes, entre otras:

«Que las visitas verificadas en el Estrecho de Magallanes, en Río Janeiro y en Buenos Aires, por los excelentísimos Presidentes de las Repúblicas Argentina, Brasil y Chile, actos simpáticos á los tres pueblos, son conducentes á robustecer los vínculos entre pueblos latinoamericanos, lo que constituye uno de los principales propósitos de este Congreso.

»La sección de ciencias antropológicas formula un voto para que el Congreso Científico Latinoamericano manifieste que aprobaría calurosamente que se dictara en las Repúblicas americanas una ley prohibiendo la extracción fuera del país de restos arqueológicos y demás objetos necesarios para la historia de la América primitiva.

»El Congreso Científico Latinoamericano hace fervientes votos para que los Gobiernos de las naciones americanas, compenetrados de las valiosas conclusiones adoptadas en el Congreso de Montevideo, conviertan en ley esas mismas conclusiones.

»El segundo Congreso Científico Latinoamericano cree conveniente el establecimiento de una Convención universitaria latinoamericana, permitiéndose suplicar al superior Gobierno de la nación que actualmente tan generosamente le hospeda, se sirva iniciar las gestiones tendentes á realizar este proyecto.

»Las antiguas y persistentes tribus indígenas de los países latinoamericanos deben entrar en el régimen común de los derechos del hombre, absteniéndose por completo los pueblos americanos de imponerles forma alguna de servidumbre y debiendo, por el contrario, protegerlas, educarlas, asimilándose así sus elementos de vida y de trabajo.

»Nada hay que justifique las violencias, los ataques de fuerza armada que sin provocación alguna de parte de dichas tribus se practican contra ellas.

»Las naciones latinoamericanas que poseen en su suelo tribus indígenas, deben respetar tanto como sea posible los territorios patrimoniales ocupados por ellos; deben también respe-

tar sus creencias y tradiciones en cuanto no pugnen con la civilización y la moral.

»Dadas las funciones importantísimas que desempeñan los maestros como factores del progreso social, es necesario que el Estado trate de que sean remunerados de modo que puedan conservarse siempre á la altura de su misión.»

En el número anterior (1) indiqué la aparición de una nueva revista bonaerense, *Revista del Ateneo*. El único cuaderno llegado á mis manos (el de 15 de Agosto) contiene, entre otros originales, el capítulo segundo de un estudio sobre el Río Negro, por José J. Biedma, varias noticias numismáticas relativas á la independencia de América, reunidas por Alejandro Rosa (con numerosos grabados), y un importante artículo de Ernesto Quesada sobre *El nuevo «texto oficial» de la legislación argentina*. Refiérese el Sr. Quesada á la reciente edición (Julio último) de los Códigos y leyes argentinas, hecha por los Sres. Carril y Méndez, previa autorización del Gobierno y con intervención de dos Inspectores oficiales. Dados estos antecedentes, «el público tiene derecho á creer que, adquiriendo la obra, posee el texto auténtico y oficial de la legislación vigente en la República». La edición, en dos volúmenes, es excelente desde el punto de vista tipográfico, y comprende 2.224 páginas. El tomo primero tiene 1.439 páginas, de foliación interrumpida y relativa á cada materia, *viz*: introducción, xxix; Constitución nacional y Código civil, 575; Código de Comercio, 202; ídem penal, 39; íd. de minería, 52; íd. de justicia militar, 100; íd. de procedimientos civiles y comerciales, 111; íd. de justicia federal, 175; íd. de procedimientos en lo criminal, 79; íd. rural para los territorios, 27; íd. para Buenos Aires, 50. El tomo segundo tiene 985, de foliación análoga al anterior, *viz*: índice, xix; Ministerio del Interior, 134; ídem de R. E. y culto, 96; íd. de Hacienda, 254; íd. de Justicia, 51; íd. de Instrucción pública, 47; íd. de Guerra, 49; ídem

(1) LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre último.

de Marina, 82; íd. de Agricultura, 135; íd. de Obras públicas, 118. El tipo empleado es el de cuerpo 8 para el texto, y 6 para las notas, lo que da idea del enorme material condensado en los dos pequeños volúmenes.

«La dirección técnica de la recopilación ha sido confiada al distinguido abogado uruguayo Dr. Angel Floro Costa, quien expone en las xxix páginas de la introducción el criterio y método empleados. Cada ejemplar va numerado—el que tengo á la vista lleva el núm. 350,—sellado con el sello oficial del Ministerio de Justicia é Instrucción pública, y firmado por ambos Interventores nombrados, Dres. Fernández González y Murature, *como texto oficial.*»

El Sr. Quesada advierte algunos defectos en el plan y en las condiciones internas de la edición, como la mezcla de leyes generales ó nacionales y de leyes de provincia que sólo tienen aplicación local; la falta de unidad en el modo de reproducir los textos, ya con su numeración respectiva, ya con la simple fecha y aun sin esto, y la arbitrariedad en cuanto al texto mismo, puesto que «unas veces, cuando algunas disposiciones habían sido abrogadas, se han sustituido las antiguas por las nuevas; otras, se han dejado subsistentes las antiguas, y en nota se observa que han sido derogadas por tal ley; y otras, en fin, se ha dejado el texto primitivo y nada se dice sobre su absoluta abrogación por las leyes vigentes! Así, en el Código civil se ha hecho desaparecer el texto antiguo relativo al matrimonio, sustituyéndolo por el de la ley número 2.681. En el Código de comercio se ha observado la misma regla en algunos casos y en otros no: así se ha sustituido el texto nuevo de la ley núm. 3.528 en el art. 286, y en nota se ha reproducido el antiguo: otras veces se ha sustituido el nuevo, como el de la ley 2.889 en el art. 1.592, y no se reproduce el antiguo en la nota: otras, se deja el antiguo texto, como el art. 1.489, y se pone en nota el verdadero texto vigente, el de la ley núm. 2.795; otras, se deja el antiguo, como en el inc. 6 art. 1.396 y en nota se agrega la ampliación, ley

número 2.739. Más todavía: en el Código penal ni siquiera se anuncia en nota que tales ó cuales artículos han sido reformados, y se reproduce el texto antiguo que ya no rige: así, el inc. 1 art. 190 y el art. 191, totalmente cambiados por la ley núm. 3.900. En el Código de procedimientos en lo criminal se ha seguido el método inverso: el art. 376 lleva el texto nuevo de la ley núm. 3.508 y no se indica nada en nota; en cambio se conserva la redacción primitiva del art. 379, sin recordar la ley núm. 2.755. Pues bien: desde el momento que una *edición oficial* da un texto que no es el vigente, existe una verdadera adulteración de la ley.

»Efectivamente, dicho tomo II está plagado de repeticiones, de faltas de método, de omisiones; se nota que esa compilación ha sido fruto de un trabajo poco meditado. Por de pronto, los índices resultan deficientísimos. Así, en la sección del interior faltan las siguientes piezas, que van en el texto: ley de la legislatura de Buenos Aires sobre cesión de la capital; ley complementaria de la misma legislatura, sobre ensanche del municipio federal; decreto de 1880 sobre telégrafos; ley núm. 3.703; acuerdo de 1898 sobre organización de los ministerios; ley de 1898 reformando la núm. 2.714... El que consulta la obra buscará en vano en el índice esas disposiciones: hay que hojear cuidadosamente el volumen para encontrarlas. Y así sucede con las demás secciones.»

El Sr. Quesada hace observar, con gran discreción, que sus observaciones tienen alguna más trascendencia que la de una simple crítica literaria. «Cabalmente (dice) he notado las deficiencias de la compilación al querer aplicar, como magistrado, disposiciones del Código penal: pues encontrando que el *texto oficial* traía una redacción diversa de la vigente, he caído en cuenta de que no podía guardar silencio en presencia de tal hecho. Si se tratara de una empresa privada ó de una recopilación sin carácter oficial como fue la de Lajouane, nada habría dicho, pues allí no cabía mayor responsabilidad: pero se trata de una publicación que contiene el *texto oficial*

de la legislación y que el Gobierno garantiza, sellando y firmando cada ejemplar. Callar, en semejantes condiciones, habría sido cometer grave falta.»

Otra revista nueva acaba de fundarse en Méjico: el *Boletín histórico mejicano*. Uno de sus creadores, D. Jenaro García, es autor de un libro que está llamado á adquirir cierta celebridad. Titúlase el libro *Carácter de la conquista española en América y en Méjico, según el texto de los primitivos historiadores*, y es, sencillamente, una reproducción de las famosas y en gran parte ya arrumbadas diatribas contra España, que en el siglo XVIII rebatieron el abate Nuix y otros. En Méjico han publicado críticas del trabajo del Sr. García los Sres D. Francisco Sosa y D. Pablo Macedo. En España, el Sr. Fernández Duro ha dado informe en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Noviembre último) y, según me dicen, alguna otra revista discutirá pronto la tesis histórica del Sr. García. También me informan que la Escuela práctica de Estudios jurídicos y sociales de la Universidad de Oviedo tiene este año como tema de estudio en una de sus secciones el citado libro, que vuelve á poner sobre el tapete, con cierta aparente novedad, cuestiones que hace años estaban olvidadas.

HISFANUS.

CRÓNICA LITERARIA

LA CONQUISTA DE LA ELEGANCIA (*novela*), por D. Alfonso Danvila.
PAISAJES PARISIENSES, por D. Manuel Ugarte.

Empleando una frase muy gastada por el uso — y aun por el abuso — pero que en este caso resulta apropiada y verídica, podría decirse que D. Alfonso Danvila empieza su carrera literaria por donde otros acaban la suya. Con sus primeros libros ha demostrado este joven escritor que sabe cultivar con acierto y que llegará á dominar dos géneros difíciles: el uno, erudito tanto como literario: la historia biográfica y anecdótica; el otro, literario por excelencia: la novela. Su libro acerca de *D. Cristobal de Moura*, primer Marqués de Castell Rodrigo, tan ameno como los del Padre Coloma, y acaso superior á ellos en trabazón y método; su novela *Lully Arjona* fueron su *debut* ó un *estreno* verdaderamente feliz en el campo de la erudición histórica y de las letras.

Creo yo que ambas aficiones se compaginan muy bien, y que las dotes artísticas que requiere la segunda, ó sea la novela, en cierta medida son también necesarias para el cultivo de la historia anecdótica. Ciertamente ha habido cultivadores de este género de relatos históricos que no han tenido ni asomos de la facultad plástica de crear hombres y simulacros de vida que distingue al novelista, pero así son de pesadas é in-

digestas sus relaciones. No es menos notorio que muchos novelistas no han pensado nunca, ni acaso serían capaces para ello, en internarse por el bosque misterioso de la erudición histórica. Pero con todo, el parentesco que media entre la novela y la historia, en ninguna de las variedades de ésta es tan próximo como en este género de relatos biográficos y anecdóticos que buscan lo novelesco en lo real, extrayendo de la historia lo que tiene de novela, dejando al historiador de altos vuelos seguir el curso general de los sucesos, para fijarse ellos en lo íntimo y personal, en lo curioso más que en lo importante; si bien estando hecha por hombres la historia, al menos en sus causas inmediatas, muchas veces en menudencias y fruslerías hallamos la explicación y el origen de graves acontecimientos. No basta que el escritor de este género de historias sea erudito; necesita ser literato en mayor medida que cualquier otro historiador, para poder aderezar su asunto en forma que resulte grato y ameno. Si el P. Luis Coloma y D. Alfonso Danvila no hubieran sido novelistas, no hubiesen acertado á escribir libros históricos tan amenos y entretenidos, y acaso también el gusto y la costumbre de escudriñar en los personajes históricos les habrá servido de ayuda para forjar con más propiedad y más sugestivas apariencias de vida los seres imaginarios que nos presentan en sus novelas.

El Sr. Danvila, que no se duerme sobre los laureles, acaba de publicar ahora otra novela titulada *La conquista de la elegancia*, la cual conquista, según dice uno de los personajes de este libro, cuesta más trabajo que la salvación del alma. Pero no hay que tomar el título al pie de la letra. Las personas principales de la fábula no se contentan con hacer oposiciones á la elegancia, ni con ganar para sí los honores de esta excelencia mundana. Son más prácticos. Luchan por algo más substancioso y más positivo: por la posición, por la riqueza, por la categoría social. No son cándidos *snobs*, sino vividores inteligentes y sagaces.

La principal novedad que ofrecen las novelas del Sr. Dan-

vila consiste en que penetran en un campo de observación poco visitado por nuestros novelistas, casi inexplorado. Como he dicho alguna vez en estas *Crónicas*, nuestra novela contemporánea es principalmente *mesocrática*. A la clase media ha ido á buscar sus personajes, las costumbres que describe y los asuntos que con predilección ha abordado. Cierto es que se han escrito excelentes novelas de costumbres populares, distinguiéndose entre ellas las de los escritores que han sabido dar á sus libros una intensa nota de color local (provincial ó regional) como Pereda y Blasco Ibáñez. *Sotileza* y *La Barraca* son modelos de obras de esta clase, sin que al citarlas juntas, siendo tan diferentes los temperamentos artísticos y las tendencias de uno y otro escritor, pueda ninguno ofenderse, dentro del terreno del arte, de ir en tal compañía. Pero la clase media ha sido para la generalidad de nuestros noveladores el gran repertorio de tipos, de escenas y de observación psicológica, cosa harto natural si se considera, prescindiendo de otras razones, que aquélla es el modelo más inmediato y más accesible que, en razón al propio medio social de los autores, se les ha ofrecido para cultivar un género como éste, que requiere contacto con la realidad y continua observación de ella.

El Sr. Danvila, desviándose de esta dirección, ensaya la novela aristocrática, la novela del gran mundo, muy cultivada en Francia, donde los literatos frecuentan más que aquí los salones, sin necesidad de ser académicos, pero que entre nosotros ha tenido hasta ahora escasos y no muy felices cultivadores. Al aventurarse por esta senda poco frecuentada y poco conocida, les ha solido ocurrir á nuestros novelistas lo que á aquel maestro en psicología femenina, á quien retrata con cuatro rasgos irónicos en su obra póstuma *A cidade e as serras*, el gran escritor portugués Eça de Queiroz. Quieren pintar elegantes y les resultan cursis.

No así al Sr. Danvila, á quien por lo visto le son bien conocidos y hasta familiares las costumbres y los tipos sociales que describe.

Pudiera ocurrir que á algún lector inclinado á la democracia, le pareciese una herejía entender como mérito ó siquiera como rasgo distintivo y original de una novela, el que tenga por asunto la pintura de las costumbres de la alta sociedad ó coloque en este medio social el desarrollo de su fábula. Haré una aclaración acerca de este punto.

No creo yo que la aristocracia moderna, en el sentido en que corrientemente se entiende esa palabra, el de nobleza histórica ó heredada, ofrezca al novelista materia más interesante de observación que las demás clases, ni siquiera tanto como la que ellas le ofrecen. La aristocracia, que suele designarse con este vocablo, en cierto sentido ha dejado de ser aristocracia, puesto que ni dirige las naciones ni ejerce influencia predominante, ni es tampoco la reunión de los mejores; es una clase social digna de respeto como las demás, con un pasado más brillante, pero con los mismos vicios y virtudes que las otras. Mas en el arte, como en el comercio, la escasez avalora las cosas, y la abundancia las rebaja y deprecia. Siendo escasas como son las novelas aristocráticas ó de asunto aristocrático, se benefician de esta ley económica que rige también en el Parnaso. El lector llega á cansarse de ver tantos *interiores burgueses* en las novelas, y apetece otros espectáculos. Acaso el renacimiento de la novela histórica se explica por esto. La novela aristocrática es también una diversión ó una mutación de escena.

En las obras del Sr. Danvila, tanto en *La conquista de la elegancia* como en *Lully Arjona*, uno de los mayores atractivos está en la viveza, gracia y naturalidad del diálogo, que recuerda al de *Gyp*, la conocida escritora francesa que burla burlando ha sabido trazar tan donosas y entretenidas pinturas de la alta sociedad del país vecino, no exentas algunas, á pesar de su aparente ligereza, de cierta filosofía social y de cierta sátira moral, mesurada y urbana.

También el Sr. Danvila ha sabido huir de la frivolidad á que tan expuesta es esta clase de asuntos. En *La conquista de*

la elegancia hay *caracteres* y acción, aunque sencilla, interesante. No se limita la obra á una mera exposición de tipos ó á una serie de diálogos picantes é ingeniosos.

El argumento es poco complicado: una familia de posición modesta, que procura insinuarse en la sociedad aristocrática, y va escalando poco á poco las alturas de la distinción y de la riqueza, y quiere conquistar, á toda costa, el derecho de ciudadanía en el *Todo Madrid* (mil ó mil quinientas personas) de que hablan los revisteros de salones. A esta familia pertenecen las principales personas novelescas de *La conquista de la elegancia*.

Corresponde el primer lugar á la madre, la viuda de Arceo, que es la cabeza ó el cerebro de la familia; quien traza los planes de conquista y preside á su ejecución vigilando todos los detalles. El Sr. Danvila ha trazado con gran acierto este tipo de mujer intrigante, ambiciosa para sus hijos, insuperable en el arte de esconder su astucia y su afición á la intriga bajo las apariencias de una inofensiva insignificancia, y que cultiva cuidadosamente la belleza de su hija como el mejor instrumento de conquista, adiestrándola en sacar todo el partido posible del físico, sin menoscabo importante de la honestidad, en las escaramuzas del *flirt*. Bastante más vulgar es el tipo del hijo, Esteban Arceo, un guapo mozo, que explota sin escrúpulos las debilidades amatorias de jamonas ilustres, que conservan todavía la afición y el compás. Forzosamente tiene que resultar algo grosera y antipática una figura de esta clase que, eufemismos aparte, no merece otra calificación que la de *chulo* distinguido; pero la culpa no es del espejo, sino del original, y se necesitaría no vivir en el mundo para creer que el novelista ha exagerado la pintura, cuando tan frecuentemente nos codeamos con tipos de esta clase.

A la niña, Carmen Arceo, la califica un personaje de la novela, diciendo que «es un poco *flirt*». Es un lindo retrato de muchacha soltera el que traza el novelista, dejando en el carácter de esta gentil persona una vaguedad de contornos que

la hace algo enigmática: en ocasiones parece una *demi viérge*, algo menos *demi* que las de Marcelo Prevost; otras veces, se nos antoja una doncella fogosamente enamorada, pero sin cálculo ni segunda intención. El hecho es que sigue con el mayor aprovechamiento la carrera del matrimonio y gana el premio extraordinario, representado por un grande de España, buen mozo y millonario, el Príncipe *charmant*, de los cuentos de hadas, escritos para uso de las solteras modernas. Quien triunfa verdaderamente en *La conquista de la elegancia* no es la madre, la intrigante, sino la hija, la enamorada, como si el autor hubiese querido sacar la moraleja de que el amor y la belleza valen y pueden más que todas las habilidades de la intriga.

Otro hijo de la viuda de Arceo nos presenta también en su novela el Sr. Danvila, como buscando el contraste con los anteriores personajes, dominados por la pasión de las grandezas y de la vida elegante. Es un militar sencillo y modesto que está á matar con los humos y pretensiones de sus parientes y que se casa con una señorita *cursi*, funesto enlace que llena de desesperación á su familia (claro que á la de él). Pero suele acontecerles á los novelistas que cuando pintan entre personajes de moral dudosa, ó declaradamente malos, alguno que es un dechado de honradez y virtud, no aciertan á prestarle el atractivo artístico que sería menester, por donde resulta que el bueno es el que menos atrae la atención y el interés de los lectores. Verdad es que en esto no se apartan mucho los novelistas de lo que sucede en la vida real, donde es frecuente toparse con tunantes mucho más agradables y simpáticos que otras personas, respetables y virtuosas. Algo de esto ocurre con el personaje de *La conquista de la elegancia*, á quien este párrafo se refiere; resulta una figura de interés muy secundario.

Excusado es decir que en torno de estos personajes se mueven otros muchos de segundo orden, que forman el coro, y que están por lo general bien observados y descritos. Entre ellos

sobresale Teresa Vegaumbroso, un delicioso tipo de señorita aristocrática, cuyo retrato es de lo mejor que hay en la novela.

La conquista de la elegancia me parece obra más acabada que *Lully Arjona*. No faltará quien piense que en uno y otro libro la pintura de un determinado medio social tiene más importancia que la fábula novelesca en sí. Pero en la segunda de estas obras (segunda en el orden de publicación) hay mayor consistencia en los caracteres, el asunto es más interesante y más nuevo (¡está tan *sobado* ya el tema del adulterio que da argumento á *Lully Arjona*!) y la acción se concreta y determina más, conduciéndola con mayor desembarazo el novelista, sin que por esto haya perdido nada de su valor la parte descriptiva.

*
* *

Paisajes parisienses se titula un libro que acaba de publicar en París el escritor argentino D. Manuel Ugarte, y para el cual ha escrito un sustancioso prólogo, que han podido ver los lectores de LA ESPAÑA MODERNA en uno de los números pasados, el Sr. Unamuno.

Estos *Paisajes* no son paisajes físicos, no presenta en ellos el autor aspectos de la Naturaleza ni vistas de una ciudad; son paisajes sociales y psicológicos, paisajes interiores, aspectos de la vida sentimental. Como dice Unamuno, cuyo prólogo, después de leído el libro, me parece una crítica muy exacta de éste, hay mucho de Murger en estos *Paisajes*, ecos de la bohemia, rumores del barrio latino; pero de Murger, modernizado en cierto sentido, añadiría yo, modernizado más que en la calidad de los personajes en la manera de verlos y entenderlos.

La bohemia no ha muerto, sino que ha cambiado de forma, y no en ventaja suya, sino al revés, trocándose en una especie de hampa ilustrada, que está muy lejos de los rasgos de nobleza, de la alegre y altiva indiferencia del mañana y del espíritu de independencia salvaje que prestaba algunos rasgos

de los antiguos cínicos á los bohemios de esa edad de oro, que quizá no existió nunca más que en la imaginación de novelistas y poetas, pero que, desde el momento en que fue imaginada y concebida así, *ha existido* para el efecto de su influjo posible en las imaginaciones y en las costumbres, y para la impresión estética que en nosotros despierta, de igual modo que el concepto tradicional de los personajes y de los acontecimientos históricos llega á vencer, andando el tiempo, á la noción real de esos personajes y de esos sucesos, si por ventura descubre algún día que fueron diferentes de como la posteridad ha venido representándoselos.

Los *bohemios* del Sr. Ugarte pertenecen á la bohemia clásica, son de la familia de los de Murger. Entre ellos y los bohemios genuinamente modernos, por ejemplo, los que presenta en *Les Déracinés* Mauricio Barrés, hay toda una transformación psicológica, principalmente moral. Pero, desde las *Escenas de la vida de bohemia* hasta acá, la novela ha afinado mucho sus procedimientos, y la psicología novelesca se ha vuelto mucho más penetrante y sutil; y el Sr. Ugarte, que, como la mayoría de los escritores jóvenes, ha debido de seguir con interés y atención las corrientes modernas de la literatura francesa, que serán probablemente las que mejor conozca, ha aprovechado esos progresos ó esas tendencias nuevas en los procedimientos del arte de novelar. Sus héroes serán de 1850 (las *Escenas de la vida de bohemia* se publicaron en 1851), pero están *vistos* en los albores del siglo xx por un literato que podrá exhumar tipos un tanto antiguos, pero que los viste y los presenta muy á la moderna.

Lo mejor de este libro es, á mi juicio, la novelita titulada *Graveloche*, que anuncia en el autor de los *Paisajes* dotes de novelista, plasticidad imaginativa, don de creación de vida, que es la primera de estas dotes. Por lo que toca al lenguaje, algo afrancesado y nada castizo, achaque común á la mayoría de los escritores de la América española, la nota principal que en él encuentro es una gran inventiva, un derroche de metá-

foras, una extraordinaria frondosidad del lenguaje figurado, señal de una fecunda imaginación.

En el excelente prólogo de Unamuno, que habla de muchas cosas interesantes, una de ellas la transformación del castellano, se hace notar la propensión del Sr. Ugarte á hacer metáforas á la inversa, apoyando «lo concreto y real en lo abstracto é ideal, lo definido en lo indeterminado». Efectivamente, ofrece el libro este rasgo, que no podía pasar inadvertido para el autor de *Paz en la guerra*, filósofo y filólogo; pero, á mi entender, esa inversión del movimiento natural de la metáfora, aunque alguna vez produce un efecto brillante, no es de alabar ni favorece al estilo. La metáfora, y en general el lenguaje figurado, tienen el fin de expresar las cosas con mayor viveza y colorido que permitiría la expresión directa. Tratan en cierto modo de hacer sensible lo espiritual, visible lo que el mero concepto no nos haría ver, y son también un procedimiento explicativo cuyo natural proceso consiste en reducir lo menos conocido á términos más conocidos, para darlo á entender mejor de esa manera. Invertir los términos podrá indicar acaso profundidad de pensamiento en el autor, pero rara vez favorecerá á la expresión artística, y más bien convertirá á los tropos, no en medios de una expresión más gráfica, sino en vanos juegos de imaginación, en una especie de ilusionismo ó histrionismo de la fantasía, muy dado á caer en las extravagancias gongorinas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Libelistas y humoristas del siglo XIX en Alemania.—Otro gran escritor ruso.—HISTORIA CONTEMPORÁNEA: La familia Rothschild; sus orígenes.—PSICOLOGÍA COLECTIVA: Los muchedumbres y la prensa.—POLÍTICA: La inmoralidad del voto secreto.—HERÁLDICA Y BLASÓN: Psicología de los apellidos.—PSICOFÍSICA: El sentimiento estético en los niños.—IMPRESIONES Y NOTAS: Una obra simbolista.—Las obras en varios tomos.—Legados á las Universidades americanas.—«La ciudad eterna» de Hall Caine.—La moral aristocrática del superhombre.—Las grandes cazas reales.—El caballo perfecto.—Los alemanes en Versailles.

LITERATURA

LIBELISTAS Y HUMORISTAS DEL SIGLO XIX EN ALEMANIA.— Hay que imaginarse—dice en la *Nuova Antología* el senador Massarani—aquella Alemania fragmentaria de entonces, dividida en 36 estadillos más ó menos oscurantistas todos, plagados de policía y de aduanas y dominados por el despotismo burocrático de Viena ó el pietismo intolerante de Berlín, para darse cuenta de la enorme desproporción de fuerzas con que tenían que luchar los dos hombres generosos, Børne y Heine, que sin contar más que con su indomable voluntad y con la independencia de su espíritu, se propusieron derrocar aquel estado de cosas.

Todavía se recuerda en Alemania el trabajo juvenil de Børne que, con el título de «Contribución á la historia natural de

los moluscos y cetáceos», tomando pretexto de la proverbial lentitud de las diligencias germánicas, acometía á los Gobiernos tardígrados; claro es que el destierro no dejó de ser su castigo, pero ya habían transcurrido diez años dedicados á sembrar, y en los que el infatigable escritor lo había aprovechado todo, cuentos, viajes, críticas de libros ó de teatros, para decir á los gobernantes lo que correspondía. ¡Y qué clarividencia en sus juicios! «Austria, decía en uno de sus escritos de 1818 á 1828, es una China europea; no la faltan Príncipes benévolos que darían con gusto al pueblo un poco de aire y de luz, pero van demasiado despacio para una época que corre, y en una nave en movimiento no se cae el que anda, sino el que queda parado.» «Prusia se mueve, y sus límites le vienen demasiado anchos, necesitando crecer para llenarlos; no es todavía una potencia europea, pero lo será, y no por su peso ni por su mole, sino por la rapidez con que sabrá moverse; el espíritu de Alemania está en Prusia, y el espíritu es el que gobierna el cuerpo.» ¿Cabe decir nada más exacto á medio siglo de distancia?

Trasladado á París, aquella nueva vida le entusiasma, dándole margen para las más acerbas comparaciones. Todas sus cartas contienen algún nuevo documento incendiario, ya una deliciosa canción de Beranger, ya algunos malos versos de Mery contra el Rey Fernando VII de España,

Un roi capuchonné qui dans una oraison
Mêle un verset d'église avec la pendaison,

y que, tan aficionado á los filetes de vaca como su padre Carlos IV,

Comme Charles, son père, en hurlant il dévore
Les bœufs amoucelés qui palpitent encore.

El corazón es la verdadera musa de Børne; la cabeza es el Senado, y el corazón la verdadera representación popular; «por eso, dice, no puedo sufrir los salones donde reina el espí-

ritu aristocrático; tres amigos, ó cinco á lo sumo, y cuando no, la plaza ó un libro; esa es la filosofía de mi selvaticismo».

No puede decirse otro tanto de Heine, que gusta de la elegancia, de la sociedad, de los salones, y á quien molestan los desplantes tribunicios. Quizá mejor que la voz estruendosa de Børne, hizo prosélitos en Alemania la sonrisa y la sal ática de Heine; poner de su parte á los burlones fue táctica siempre eficacísima para vencer en las batallas del libre pensamiento, y en esa materia no hay maestro más consumado que el poeta de Düsseldorf. Suya es la invención de aquel *Alta Troll*, un oso pirenaico que viene á predicar á su hijo un patriotismo y una fe puramente ursina, haciéndole prestar á media noche sobre la piedra druídica tremendos juramentos; suya la odisea de *Alemania*, que provocó los anatemas de los santones del germanismo intolerante; pero donde más vivamente cumplió su misión de vulgarizador del pensamiento moderno, es donde renuncia á las seducciones de la poesía para hacer gala de sus condiciones de humorista, en aquella serie de cartas donde á fuerza de ingenio logró hacer pasar el contrabando de las nuevas ideas hasta en las ortodoxas columnas de la *Gaceta de Augusta*.

El campeón iconoclasta que enarbola el estandarte negro y rojo del porvenir no es en verdad muy acariciado por Heine, que prevé con terror el día «en que ciertas manos callosas destruirán las estatuas de mármol de la belleza, tan caras á su corazón, y harán pedazos los objetos de arte que tanto ha querido; día en que destruidos los jardines se sembrarán de patatas, y su mismo *Libro de Canciones* servirá al droguero para envolver el café y el tabaco para las viejas del porvenir»; negras previsiones de que sólo le consuela el triunfo de la lógica de los hambrientos: *¡Fiat justitia et pereat mundus!*

En el número de los falsos apóstoles del germanismo fustigados por Heine no merece contarse un poeta que merecería figurar al lado de Beranger, si un cancionista francés pudiera parecerse á un alemán: Augusto Enrique Hoffmann de Fallers-

leben; todavía como apéndice á sus *Cantares impolíticos* pueden verse algunas de esas santas antiguallas en las que palpita el intenso amor á la patria, tan ardiente como sincero, que no le impidió, sin embargo, criticar los viejos prejuicios de casta sin aguardar á los días de destierro para combatirlos. No es fácil asegurar si puede decirse otro tanto que de Hoffmann, de Dingelstedt, el autor de las *Canciones cosmopolitas del sereno*, cuyo héroe tiene aquel pobre diablo que, envuelto en una enorme piel de zorra, con su farol en la diestra y una corneta al cuello recorría las calles, llenas de nieve, anunciando la hora y el tiempo; todos tuvieron su parte en sus canciones: el buen Rey Luis, con su capital de túnica griega; Francfort, otra Roma de Yugurta, Berlín, la Meca del fuerismo, etc.

Como creación original puede citarse *El férreo capitán* de otro Hoffmann novelista, capitán que vive en sempiterno conflicto entre el imperativo categórico del deber y las sugestiones no menos poderosas del corazón. Algo excepcionalmente alegre y sereno encontraréis en los relatos de Seidel, que tiene el buen sentido, en esta edad de pesimistas, de afirmar que las bellezas de la naturaleza se encuentran en todas partes. Otro poeta de algún valor, predilecto del Emperador de Alemania por haber llevado á la escena en épico lenguaje los fastos de su casa, ha querido rendir su tributo á la misma especie de *humour*. Las *Humorísticas* de Wildenbruch son menudencias que agotan todos los pequeños trabajos de fantasía, como el del burgués de Pomerania, que en un viaje á la capital riñe con todos y se hace poner á la puerta por el conductor del carruaje, por el guarda de los jardines públicos y por el inspector del teatro; ó como el de los sueños de un cerebro pacífico sumergido en uno de aquellos terribles almohadones de pluma, á los que el Petrarca hubiera debido acusar, no de haber desterrado del mundo la virtud, sino de hacer perder al malaventurado que en ellos hunde la cabeza todo latido tranquilo del pulso y toda sombra de razón; ó bien como el

de la extravagante odisea de aquel escritor ultrarrealista que, con motivo del estudio de la verdad, quiere mezclarse con el pueblo soberano y acaba por ser detenido por ladrón.

Federico Nietzsche—y con él tocamos á otro tipo genial de humorismo—nació en 1844 cerca de Lutzen, de una familia polaca germanizada; dedicado á la filosofía, fue llamado á los veinticinco años á regentar una cátedra en Basilea, y se alistó como voluntario en la guerra franco-alemana, sacando de este doble contacto con las letras y las armas ilimitada adoración de la fuerza y profundo desprecio de toda cultura histórica. Enamorado al principio del pesimismo de Schopenhauer y del ascetismo artístico de Wagner, no tardó en repudiarlos, llegando á la negación radical de las opiniones morales y religiosas, predicando la supremacía de los fuertes y la lucha por el goce y el poder que le llevó á su famoso ideal del superhombre. Al principio desarrolló estas teorías en obras filosóficas y abstractas, sólo accesibles á inteligencias germánicas; después las concretó en un lenguaje aforístico y lleno de imágenes, que le convierte en un Carlyle elevado á la enésima potencia; sólo que en él predomina la negación de toda idea de justicia y de caridad, de distinción entre el bien y el mal, y la instauración de una moral absoluta de castas, por la cual sólo es bueno, verdadero y bello lo que puede contribuir á que los elegidos dominen, y si es preciso aplasten al mayor número, á los débiles, los pobres, los humildes.

Esta violenta acometida á las ideas morales debía provocar una reacción, por lo que es lícito presumir que el nihilismo nietzschiano no es extraño á la reaparición de la escuela místico-experimental de Meterlinck, que ponía la resignación sobre toda otra virtud y la práctica del bien sin contar con recompensa alguna como ideal de la vida. Entre la leyenda de la monja extraviada, á quien suple en sus oficios la Virgen María para ocultar su culpable fuga, y las predicaciones de Zaratustra, fácil es comprender que la conciencia pública tardara en recobrar su equilibrio, haciéndose intérprete de esta

aspiración Max Nordau con su pesimismo sistemático. ¡Singular epílogo que da por último discípulo y comentador de Boerne y de Heine á Max Nordau!

¿Cuál es el jugo de *Mentiras convencionales*? Aquí Max Nordau ha obtenido facilísima victoria demostrando la incongruencia de la religión, la monarquía, la aristocracia, la familia y la propiedad con el concepto científico del mundo; pero se ha olvidado una gran verdad, ya demostrada por Augusto Comte: que las instituciones sociales evolucionan, y que la religión del hombre culto de hoy no es la de Clodoveo ni Carlomagno. En cuanto á *Degeneración*, fuerza es confesar que es este un gran tratado de patología social, en el que se leen muy valiosas y animosas verdades sobre Wagner, Nietzsche, Ibsen, Tolstoi, Mæterlinck y otros ídolos del buen público moderno.

El estudioso que no se conforma con estimar como epítome del *humour* tudesco del siglo XIX la crítica pesimista de Max Nordau, no tarda en fijarse en una extraña producción mixta de comedia y de sátira política: *Arlequín Rey* es obra de Rodolfo Lothar, un escritor austriaco que, con su *Rey velado*, su *Valor de la vida*, y otras no menos audaces tentativas, ha dado claras señales de la independencia de su personalidad. Boemundo es un príncipe que vuelve, sarcástico é impasible, de un viaje de recreo, para tomar la corona de su moribundo padre, con un séquito de comediantes, á quienes trata como cosas más que como hombres; Arlequín tiene temple de héroe, y al ver á Colombina á punto de ser violentada por el príncipe, mata á éste, arroja su cadáver al mar, y luego, con su habilidad para imitarle, se hace pasar por él y reina hasta que, hartado de trono, vuelve á sus tablas y á sus farsas, cansado de tanto fingimiento: «Nosotros—dice—somos los únicos sinceros en esta grande mascarada de la vida, porque decimos á todos que recitamos nuestro papel y llevamos máscaras; los demás son demasiado viles para confesarlo.»

*
* *

OTRO GRAN ESCRITOR RUSO.—Hay hombres que nacen ricos —dice Savitch en *La Revue*—y que fracasan en las antesalas de los poderosos ó en el arroyo. Gorki ha pasado por todas las privaciones de la infancia abandonada, y más tarde mozo de cordel y barrendero, hambriento y harapiento, y durmiendo bajo los puentes, se ha encontrado de pronto convertido en escritor famoso, admirado por el mundo entero.

Su verdadero nombre es Alejo Alexei-Maximovitch Piechkov, habiendo adoptado el apellido Gorki, que quiere decir en ruso «desgraciado» y «lamentable», cuando en realidad le hubiera cuadrado mejor el nombre de *stchastlivy*, «feliz».

Desde su primera obra, un cuento titulado *Tchelkach*, muestra Gorki que no es la resignación la que domina en su concepto de la sociedad; unos cargadores, en efecto, cargando un buque de trigo, le inspiran esta reflexión: «Era un espectáculo para hacernos reír y llorar á la vez, el de aquellos hombres que derramaban cientos de toneladas de grano en el vientre metálico de aquel barco para poder meterse en su propio vientre un puñado de aquel mismo trigo, transformado en pan»; en cuanto á *Tchelkach*, es un hombre práctico que resuelve el problema de su existencia deslizándose en un bote á lo largo de los muelles, escalando los depósitos de mercancías y apoderándose de un fardo de sedas ó de otros artículos, y vendiéndolo á un «amigo» que se lo paga al contado. ¿Ladrón?... Según; sí, porque si le hubieran cogido, le hubieran conducido á la cárcel; no, porque leyendo la obra, no se le ocurre á nadie que aquel hombre sea un vulgar merodeador.

Lo que impresiona en Gorki es principalmente su filosofía de la vida, que puede resumirse en la famosa exclamación: «Hay algo estropeado en el reino de Dinamarca.» *Los que han sido hombres* es el título de una curiosa novela del escritor ruso; todos «los que han sido hombres» han ocupado una posición social, siendo el patrón de la especie de antro en que viven un antiguo capitán de caballería, que había tenido una imprenta y luego una agencia de colocaciones; uno de sus in-

quilinos había sido profesor de un Instituto pedagógico, luego contador de una fábrica, y más tarde bibliotecario y muchas cosas más. Por el ejemplo de todas estas gentes, Gorki parece querer decir que los hombres de ciertas cualidades intelectuales y morales que no saben plegarse á las exigencias de la lucha por la vida, son arrojados de la sociedad regular y puestos en la imposibilidad de crearse una posición social.

La mayor parte de los personajes de Gorki, sedentarios ó vagabundos, están en pugna con la sociedad; no se sublevan, pero no se aguantan. Y no son sólo los ricos y los funcionarios los maltratados por los personajes de Gorki; también son desdeñados por ellos los labriegos que tienen techo suyo, mujer é hijos, á quienes ningún día falta algo que llevar á la boca, y que tienen sobre todo tranquilidad de espíritu; todo el que tiene su vida asegurada, por miserablemente que lo esté, constituye el enemigo natural de los desheredados de las ciudades y de los deshollinadores.

En un cuento, el mejor de todos, digno de ser firmado por Maupassant, Gorki nos presenta un joven hambriento que entre dos calambres de su estómago vacío compara su miseria pecuniaria con las riquezas intelectuales que encierra su cerebro, cargado de reminiscencias de los libros leídos y de proyectos de libros nuevos; llegado á una especie de barraca, cerrada por un candado, y suponiendo que encontrará en ella algo de comer, el hambriento rompe la cerradura y encuentra, en efecto, con qué aplacar su hambre. Fichte le hubiera aprobado, el Presidente Magnaud le hubiera absuelto, y nosotros le hubiéramos perdonado, aunque la ética de nuestro tiempo no se hubiera acomodado tan fácilmente. ¡Bien es verdad que los robados no éramos nosotros!

En otro cuento, en *La Estepa*, tres deshollinadores, uno de ellos ex-estudiante, viajan juntos sin hallar alma viviente, hasta que al fin tropiezan con un viajero desconfiado que los recibe á tiros; las cápsulas faltan, y los deshollinadores dicen á aquel hombre que no quieren su vida ni su bolsa, pero

que tienen hambre, porque hacía dos días que no habían comido, y que les diera pan, si lo tenía; el viajero, sin dejar de apuntarles con el revólver, les arroja pan y tocino, y satisfecho el apetito, los pobres disipan con su buen humor la desconfianza del viajero y se echan todos juntos á dormir; á la mañana siguiente, el viajero apareció asesinado y despojado, y el estudiante fugado con sus despojos. Gorki siente el horror del crimen como cualquier burgués, y acaso más; pero su talento y su originalidad estriba precisamente en eso: en que sus pinturas son tan naturales, que no se acierta á calificar de criminales á los personajes de sus creaciones.

Una vez, en otros tiempos, un águila arrebató por los aires á una joven, y tuvo de ella un hijo; éste, á los veinte años volvió á la tierra y se enamoró de la hija del jefe de su tribu; no queriendo dársela su padre, la mató, y en castigo le desterraron de la tribu. Entonces tuvo que vivir aislado, y esta vida le pareció tan insoportable, que llegó á pedir á las gentes que le mataran por favor; nadie quiso hacerle esta caridad; y el desdichado anda errante todavía, separado de los hombres, que huyen de él. Este cuento de Gorki pinta la situación moral de todos los hombres, á quienes las circunstancias han arrojado fuera de la vida regular.

Gorki es romántico de pies á cabeza; pero mientras Víctor Hugo intenta atraer la atención de los poderosos sobre los humildes, Gorki sabe que la policía no tiene compasión, y espera la salvación y la rehabilitación de los desgraciados de sus propios esfuerzos, no de la piedad ni de la protección de los poderosos. Por eso, la cualidad que resalta en sus personajes es la energía, empléese en robar ó en asesinar, poco importa; si hoy se dirige hacia el mal, mañana se dirigirá hacia el bien. No hay que olvidar que Gorki escribe en Rusia, y que en aquel país que empieza á emanciparse del despotismo, la fuerza de voluntad para revolverse contra la injusticia y la opresión es cualidad muy apreciable.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

LA FAMILIA ROTHSCHILD; SUS ORÍGENES.—Ricardo Ehremberg, en la *Deutsche Rundschau*, de Berlín, y Juan de Mezeray, en la *Revue des Revues*, de París, dedican sendos trabajos á poner en claro los orígenes de esta familia poderosa que durante todo un siglo ha venido gobernando en la política financiera de los grandes Estados europeos.

Meyer Amschel Rothschild, el fundador de la dinastía, nació en 1743 en Francfort de Mein; hijo de un comerciante, hizo su aprendizaje en la casa de Oppenheim, en Hanovre, fundando después en su ciudad natal una agencia de cambio, que le puso en relaciones con el Príncipe Guillermo de Hesse Cassel, quien llegó á confiarle en 1794 la negociación de efectos sobre Londres, que pagó al contado, pasando en 1801 á ser el *Oberhofagent* del Landgraf, y entrando así en el siglo XIX, que había de asistir al maravilloso crecimiento de su fortuna.

El Príncipe de Hesse era de los más ricos capitalistas de su tiempo, y empleaba el producto de la venta de sus soldados y de sus giros sobre Londres en negocios de banca, prestando á los Gobiernos extranjeros, á los particulares, á los oficiales y á los empleados, sin desdeñar la clientela de los zapateros y panaderos. Las relaciones entre Rothschild y Guillermo, que habían empezado en una partida de ajedrez, se hicieron íntimas y seguidas desde 1800; Rothschild recibió entonces de su protector en depósito 160.000 thalers á 4,50, y en 1801 200.000 florines al mismo precio, negociando en 1803 499.000 florines de la ciudad de Francfort, y en 1804 otros 400.000 florines de Hesse-Darmstad. El primer gran negocio que hizo, siempre para colocar capitales de la casa de Cassel, fue con el Gobierno dinamarqués por la cantidad de 1.750.000 thalers. Por entonces, en 1806, fue cuando Guillermo confió su fortuna líquida á Rothschild, quien la hizo pasar á Londres, donde estaba

su hijo Nathan. Meyer Anshel murió en 1812, dejando la reputación de hombre inteligente, honrado y benéfico.

De sus cinco hijos, Nathan, el tercero, fue quien más influyó en el desarrollo de la casa. Cuando recibió en Londres en 1806 las 600.000 libras que le mandó su padre al hacerse cargo de la fortuna de Guillermo de Hesse, tenía veintiocho años y estaba ya curtido en los negocios. Aquel mismo año, la compañía de las Indias hizo vender en el mercado 800.000 libras esterlinas en oro; Nathan lo compró todo, conociendo las apremiantes necesidades de Wellington, de quien tenía gran cantidad de letras de cambio, compradas baratas. El Gobierno llamó al comprador del oro y le declaró que necesitaba las 800.000 libras; Nathan no sólo las cedió, sino que se obligó á ponerlas en Portugal, habiendo confesado á Tomás Burton que aquel era el mejor negocio que había hecho en su vida.

Las guerras napoleónicas pusieron á prueba los talentos de Nathan, dejándole enormes utilidades por su intervención en los subsidios á las potencias aliadas, préstamos, suministros, giros y traslados de dinero. En 1814 sus operaciones tomaron mayor extensión; compró ante todo 200.000 libras esterlinas para los gastos del viaje de Luis XVIII, y convenció á todos los Estados de la conveniencia de centralizar todos los pagos en París: la libra esterlina, que no valía más que 17,50 francos, subió en seguida á 21, y el Tesoro inglés realizó una economía de 120.000 libras. El nombre de Rothschild, cuya intervención había permanecido secreta, no fue conocido hasta los Cien días.

Los cinco hijos de Meyer habían continuado los negocios de su padre, estableciéndose en diferentes ciudades. Anselmo, en Francfort; Salomón, en Berlín y luego en Viena; Nathan, en Londres; Carlos, en Nápoles, y Jacobo en París, donde en 1817 fundó la casa «Rothschild Hermanos». Las primeras grandes emisiones de que fueron encargados los Rothschild después de la paz de 1815, fueron dos empréstitos prusianos.

Desde entonces no han dejado de intervenir por sí solos ó unidos á otras casas en la mayor parte de los grandes empréstitos de Europa, y más tarde de los Estados americanos.

La verdadera base de la prosperidad de los Rothschild, mucho más que Francfort, ha sido Londres; la casa de Francfort ha liquidado no hace mucho, y en la actualidad los Rothschild no conservan más que las de Francia, Inglaterra y Austria.

PSICOLOGIA COLECTIVA

LAS MUCHEDUMBRES Y LA PRENSA.—Las voces de las muchedumbres—dice en *Nuestro Tiempo* en hermoso artículo don Joaquín Sánchez Toca—nunca alcanzaron, á pesar de haber repercutido tanto en la historia, influencia activa y constante en el proceso cotidiano de la gobernación del Estado, apareciendo siempre como el poder menos dueño de sí mismo. Por su impotencia colectiva para actuar an las operaciones de gobierno, ha traducido en hábito de sumisión hasta su misma soberana prerrogativa de aquiescencia; por eso la resistencia en silencio pasivo ha sido la forma ordinaria de su veto. Ni aun en la capital del Imperio se atrevió jamás el *demos* antiguo á traspasar los umbrales de la soberanía activa y declararse gobernador, no pretendiendo nunca gobernar, sino que le gobernarán mejor.

Pero hoy los estados pasivos de las fuerzas de opinión en la multitud van tomando naturaleza activa, transformándose en *público*, es decir, en muchedumbre en comunicación mental. Las multitudes recogen hoy, á la manera del coro de la tragedia antigua, la nota cotidiana del tono pasional que le transmiten sus directores. En este nuevo estado social, las instituciones monárquicas hallarán quizá razón de mayores esplendores y más altos destinos; pero no es fácil encuentren igual apoyo en las bases sobre que giraba la política de su soberanía.

Las muchedumbres siempre fueron misoneístas, constituyendo en lo antiguo centros de opinión dispersa en mutua indiferencia y sin vínculo de relación que los ligara y adaptara. El poder soberano se reduce, en suma, á la prerrogativa de hacerse obedecer, residiendo lo más esencial del poder político en el ánimo de los sujetos pasivos de la obediencia, y sobre todo esto se ha producido casi súbitamente la más trascendental mudanza. Las muchedumbres tienen ahora otro órgano más poderoso y adecuado que el poder real é imperial para las manifestaciones coordinadas de su espíritu, y el número sin el Rey dispone de formidable potencia para obrar activamente sobre el poder gobernante.

La Prensa es el instrumento que más contribuye al desarrollo de este formidable poder actual de las muchedumbres, y los efectos asombrosos de esta evolución del periódico en tan breve plazo superan á cuanto cabe imaginar como consecuencia del descubrimiento de la imprenta, de las vías férreas, telégrafos y teléfonos. Esto explica la repentina transfiguración que presenciamos en todos los organismos é instituciones políticas; lo que menos pueden soportar las democracias es la monotonía y el aburrimiento; de suerte que para mantener la expectación en las muchedumbres, necesita el gobernante un arte sugestionador del público mucho más complejo que el formulado para el orador en los cánones de la retórica aristotélica. Delante de ese público cualquier Gobierno se ve pronto envuelto en demostraciones de impaciencia, rápidamente trocadas en tremendo clamoreo que pide nuevos protagonistas en el escenario gubernamental, logrando hacer retirar á los gobernantes sin haberles dejado siquiera empezar á gobernar, porque hartos hicieron con defenderse.

Todo esto se agrava con la falta de respeto á las investiduras de la autoridad; con la crítica y la exposición continua de las cosas más íntimas del personal gobernante, hasta el Jefe mismo del Estado ha perdido la mística aureola de su suprema potestad. Pero nada ha recibido tanto detrimento

como los órganos más esenciales del parlamentarismo. En su última evolución, el periodismo ha descubierto, en efecto, artes de dominar y arrebañar multitud que superan á toda maestría. Los Parlamentos aparecen sumergidos por la Prensa; las jefaturas de los Estados entregan á su vocerío la paz ó la guerra internacional, y hasta en el recinto de las Salas de Justicia le dan á escoger las magistraturas supremas entre Jesús y Barrabás.

Instrumento por el que tales efectos se operan tiene que ir cada vez á mayor poderío, á pesar de cualquier desestimación. De Prensa y de periodistas necesita hoy, lo mismo que la política, cualquier profesión relacionada con el público. Por tanto, hoy, infelices del montón anónimo se ven tratados de igual á igual por personajes conspicuos, necesitados de ganarse las simpatías de quienes andan en tales empresas. Hoy sale el poder político del seno de las muchedumbres, no pudiéndose prescindir para su extracción del instrumental de la Prensa. Sin este instrumental nadie puede gobernar, pero tampoco cabe improvisarlo, ni basta el dinero para adquirir lo bueno.

La Prensa, no recogiendo de lo alto más que contaminaciones, en lugar de ser directora del espíritu en las muchedumbres, es su mayor corruptora y contaminadora. Por eso no es extraño que en el seno de las naciones sometidas á tamaños maleficios, los patriciados naturales y lo selecto de las clases intelectuales manifiesten tan vivas ansias de cualquier dictadura. Pero dictadura significa la voluntad de un hombre constituída en supremo poder de Estado, sin otro límite que la propia prudencia, y por ello lo primero que necesita la dictadura es dictador, es decir, un hombre de tales prestigios, que ante él palidezca la aureola misma de la ley, entrando en la penumbra cualquier otra soberanía.

Aunque las auras populares la trajeran, hoy quedaría cualquier dictadura triturada en el acto, dentro de ese engranaje de la gigantesca máquina del Estado, como grano de trigo

entre molares. Y no hay para qué mentar la dictadura del incapaz, surgida de cualquier asechanza, porque jamás prosperaría más de un instante. Las dictaduras salvadoras no se crean de artificio, ni es menester buscarlas; ellas mismas se revelan y se imponen.

POLITICA

LA INMORALIDAD DEL VOTO SECRETO.—Una de tantas manifestaciones de descontento como las que son producto del régimen parlamentario, las elecciones, en cuanto á lo que influyen en el carácter nacional, es estudiada en la *Rivista politica e letteraria* de Roma, por Augusto Chialvo.

Hay que asistir, dice Ricci en el *Fanfulla*, á los procesos que se desenvuelven ante la Junta parlamentaria de las elecciones, para tener una idea bastante exacta de nuestra podredumbre electoral. La compra de votos y otros ardides, no son nada frente á otra industria, que ha nacido y crecido no menos floreciente que aquélla: la industria de los procesos electorales; declaraciones de electores, que habrían votado por la candidatura derrotada y que no han visto sus votos salir de la urna; actas notariales que demuestran la ausencia de personas que figuran entre los votantes; pruebas de presiones y corrupciones; todo, todo lo que puede atestiguar falta de carácter, de dignidad y de honradez, se busca febrilmente, se pone á la luz con crudeza, y cuando no existe, se inventa. Y no para en esto la cosa, porque las mismas personas que han servido de fáciles testigos al candidato derrotado, hacen saber al electo que están dispuestos á declarar todo lo contrario de cuanto han afirmado á los otros, con tal de que sea... cortés con ellas. Y así se forman los procesos electorales.

Y no hay que creer por eso que Italia—y lo mismo puede decirse de España,—que ha tenido virtud y abnegación para soportar cosas desastrosas y para no negar jamás á los grandes intereses de la patria su sangre y su dinero, se haya conver-

tido en un país de falsarios y embrollones; lo que ocurre en Italia es fenómeno común en Inglaterra, y nadie ha dicho por eso que deba tildarse al pueblo inglés con semejantes calificativos. Se ha buscado remedio á tales males, y de los votos directos á los indirectos, á las votaciones por grados, á las inscripciones y á la suerte, se han ensayado multitud de reformas, habiendo dictado Inglaterra más de cien leyes para acabar con la corrupción electoral, y estando ésta siempre floreciente.

No puede negarse que las condiciones del cuerpo electoral revelan una constitución poco sana y robusta, pero hay que reconocer también que hay un movimiento decisivo hacia nuevos ideales: la industria, la imprenta y la libertad transforman la sociedad actual, y especialmente las clases trabajadoras. Pero ¿cómo puede el Estado seguir, y hasta dirigir el movimiento ascendente hacia nuevos ideales económicos y sociales? La mejor solución sería la de Romagnosi: «Una gran educación unida á una gran tutela.»

¿Dónde debería tomar origen tal educación? Indudablemente en la reforma de aquellas leyes que en nombre de la libertad se fundan en un procedimiento contrario á la honradez política. Entre estas reformas aparece como principal la transformación del voto político secreto en público. Se ha querido asegurar á todo trance el secreto del voto, partiendo del supuesto de que las condiciones de la vida real son tales, que la publicidad quitaría al voto toda libertad, toda sinceridad, toda independencia, comprometidas por el temor de excitar los resentimientos del Poder, del patrón, del propietario, del acreedor, del cliente, de quienes depende el elector; y tanta mayor fuerza se dió á tales razones cuanto más se extendió el sufragio, por componerse el cuerpo electoral de mayor número de personas pertenecientes á las clases proletarias. A esto se añade que el voto secreto puede servir de freno á la venalidad, ya que el corruptor no puede nunca estar seguro de que el precio por él pagado obtenga el resultado apetecido.

¿Hay, sin embargo, alguien que admita que el elector pueda vender, ceder ó permutar el voto político? Y si no puede hacer mercimonio de su voto, ¿no habrá que convenir en que el voto político no es un derecho *per se*, sino una función pública? La opinión reclama la publicidad en todos los hechos de orden político; los Ayuntamientos y las Diputaciones provinciales votan públicamente, consignando en actas sus votos; el Parlamento vota públicamente cuando del voto depende la dirección de la cosa pública. Y residiendo la soberanía en el pueblo, y siendo el pueblo quien con sus votos determina la dirección de la cosa pública, ¿hay razón para que deba votar en secreto? Es una verdadera contradicción.

Se dice que la vida política es una gran educación. Evidentemente, las precauciones de que se rodea el voto secreto mientras garantizan no mucho la independencia, eliminan la responsabilidad del elector, eje y fundamento del régimen constitucional. Si la responsabilidad no ha de ser un nombre vano, debería acompañar al ciudadano en todas sus funciones públicas, sea simple elector ó Presidente del Consejo de Ministros; de otro modo no se comprende que el Ministro deba responder á los diputados; los diputados, con la publicidad de sus votos á los electores, y los electores no tengan responsabilidad de sus actos.

¿Es verdaderamente el secreto garantía de la libertad del voto? ¿No es quizá más cierto que el voto público es más conforme á las reglas directivas de la justa y verdadera libertad? Las opiniones profesadas—como dice Oliva—son siempre opiniones honradas; las opiniones no honradas, son las que se teme confesar.

El voto público es una garantía contra la corrupción, mucho más eficaz que todo el sistema de penalidades, inventado para contenerla: en el modo de dar dirección al escrito, atravesado, ó de arriba á abajo; en la manera de escribir ó no escribir una letra mayúscula; de puntuar las palabras; de hacer preceder, posponer, olvidar ó intercalar un título, la malicia

humana sabe escogitar y oponer á toda la máquina de disposiciones penales, un arsenal de menudos ardides con los que el elector da á conocer, á quien tiene interés en saberlo, cuál es su voto.

¿No sería mejor acabar con el disimulo y la hipocresía? ¿No sería el voto público eficientemente más moral? ¿No ayudaría á vigorizar el carácter, á inspirar la virtud de la sinceridad? ¿No educaría los espíritus para decir lo que piensan y lo que sienten? ¿No realzaría en cientos y en miles de hombres la dignidad y el orgullo de expresar su opinión? El mismo Zanardelli, aun defendiendo la conveniencia del voto secreto, lo reconoce así: el principio del voto público es aplicado en las elecciones de Dinamarca, de Prusia, de Baviera, de Hungría y de algunas provincias austriacas; y la misma Inglaterra lo sostuvo hasta hace poco tiempo, rechazando por espacio de setenta años todos los *bills* que se proponían continuamente para abolirlo. «El alma del sistema representativo—dice el propio Zanardelli—debe ser la publicidad; siendo el voto mismo un deber público, debe darse á la luz del sol, y ejercitarse en aquellas condiciones que le dan carácter de seriedad, de franqueza, de moralidad.»

¿Para qué sirve el voto secreto? No es para dar independencia al ciudadano, ni seriedad al ejercicio de la función electoral, llámese deber ó derecho; sirve sólo para quienes, por falta de carácter, por venalidad ó por fines poco sinceros, desean encender una vela al diablo y otra á San Miguel; monárquicos con los monárquicos, republicanos con los republicanos, socialistas con los socialistas, papistas con los clericales; hombres sin fe, prontos á venderse á quien los quiere comprar, representan la hez social dispuesta á traicionar á toda institución y á todo partido. ¿No es ya tiempo de barrer toda esta podredumbre, y de que se rinda culto á la sinceridad y á la honradez en los altares de la ley?

HERÁLDICA Y BLASÓN

PSICOLOGÍA DE LOS APELLIDOS.—Así se titula un artículo publicado en *La Revue*, de París, por H. de Gallier.

Cuando el Sr. Cochon (cochino, cerdo), recientemente hecho Conde de Laparent por Napoleón I, llevó su hijo al colegio, el provisor, creyendo obrar bien, inscribió al niño con el solo nombre de Laparent. El Sr. Cochon se incomodó, y exclamó con energía: «Mi padre era Cochino, yo soy Cochino, y quiero que mi hijo sea Cochino.» Esta anécdota muestra el apego que cada cual tiene á su nombre, por feo y desagradable que sea.

A riesgo de descontentar á las más ilustres familias, fuerza es confesar que los antiguos apellidos de Francia no pasan del siglo XI; aun éstos son muy raros. Los judíos no conocieron la transmisión de los apellidos, ni los griegos tampoco. Los romanos fueron los primeros en reconocer su utilidad, y desde el año 500 los hombres se hicieron hereditarios, pero sólo para los patricios, que formaban así la aristocracia, transmitiendo su nombre por filiación, por adopción y por emancipación, pues los esclavos manumitidos tomaban el mismo nombre de su dueño. Bajo el reinado de Caracalla se autorizó á cada ciudadano para tomar el nombre que quisiera, y con esto se dió al traste con la herencia de los apellidos.

Los bárbaros nada sabían de estas delicadezas: uno se llamaba Hugo (prudente), otro Huberto (guerrero ilustre), otro Gerardo (guerrero atrevido), etc., y no se cuidaban de que sus hijos adoptaran su mismo nombre. Sólo más tarde, cuando las costumbres romanas llegaron á infiltrarse en los pueblos nuevos, es cuando comienza á sentirse la necesidad de una distinción, adoptándose un apellido característico que viene á formar un solo todo con el nombre, como sucede con Pepino el Breve y Hugo Capeto. Tal es la situación al llegar la primera cruzada; los jefes no tienen todavía nombre hereditario ni

blasones, pues las cruzadas precisamente fueron las que demostraron su utilidad para agrupar en torno de cada jefe sus aliados y vasallos; entonces nace el blasón, como emblema personal, y no llega á ser patrimonio de una familia y de una raza hasta el reinado de San Luis, no introduciéndose la herencia de los nombres en Francia de un modo regular hasta el siglo xi y sólo para los nobles.

El noble francés saca su nombre de la tierra de que es señor, mientras que el patricio romano daba su nombre á la tierra (*fundus Cornelianus*). Algunos señores, sin embargo, prefieren al nombre de sus feudos el sobrenombre de algún glorioso antepasado: así los Talleyrand descienden de un hijo segundo de un Conde de Perigord apellidado Talleyrand, como si dijéramos, *corta-aceros*: los Gontaud se llaman así por el recuerdo de Gontard, guerrero del siglo xii de gran fama; otros han amalgamado ambas cosas, como los Laroche-foucauld, que descienden de un Foucauld, señor de la Roche, sumando así el nombre del feudo al de la persona. Los caballeros que tomaron parte en las diez primeras Cruzadas, no llevaban realmente más que nombres y mote á los que venía á juntarse un apellido de feudo, pero sin carácter hereditario. La burguesía, una vez generalizada la herencia de los apellidos, comprendió sus ventajas y siguió el ejemplo de la nobleza. Los judíos no tomaron nombres hereditarios hasta después de la revolución de 1789.

Entre los pueblos extranjeros, muchos ignoran todavía hoy la transmisión de los nombres. Si los chinos la han adoptado hace siglos, los árabes, los persas y los turcos ni siquiera han pensado en ello, y eso que entre los árabes cada individuo lleva cinco nombres: el *alam* ó nombre de circuncisión; el *lacob* ó mote; el *kuniat* ó nombre de filiación; el nombre del cargo ó función y el nombre de origen; así Abd-el-Kader firmaba Sidi-el-Haggi Ouled Mohiddin Abd-el-Kader (el Señor santificado, hijo de Mohiddin, servidor del Poderoso). Varios pueblos europeos están todavía en un período de transición

respecto á los nombres: todos los terminados en *poulo* entre los griegos, en *itech* entre los servios y en *esco* ó *eanu* entre los rumanos designan nombres de filiación, como sucede con el *son* inglés, el *ski* polaco, el *off* y el *eff* ruso y el *fy* húngaro.

En Francia, las leyes desde muy antiguo habían prohibido los cambios de nombres ó de escudos, prevaleciendo, sin embargo, entre las altas clases la costumbre de que cada miembro de una familia adoptase ó recibiese del Rey un nombre de tierra ó feudo diferente. Tratándose de la alta aristocracia, esta costumbre no dificulta grandemente la genealogía, y todo el mundo sabe que los Estissac, Doudeauville y Liancourt eran La Rochefoucauld, y que las firmas de Chevreuse ó de Chalmes corresponden á la casa de Luynes. Pero en la pequeña nobleza ya es otra cosa, pues llevada al exceso la costumbre, es fácil á los genealogistas equivocarse por tratarse de nombres menos conocidos; los registros parroquiales datan de 1400 y no existen regularmente hasta 1515, no exigiéndose la formalidad del duplicado y de la firma ante testigos hasta 1667. ¡Y la herencia de los nombres viene desde 1200! ¡Cuántas sustituciones, errores y falsedades no se habrán cometido!

Tal es, en resumen, la historia de los apellidos nacidos en el siglo xi; no tardan en generalizarse, y protegidos desde el siglo xv por las leyes, se convierten en títulos de propiedad, lo mismo para el villano que para el noble. En cuanto á la partícula *de*, no ha sido nunca, dígame lo que se quiera, signo de nobleza hasta el siglo xix. Esta preposición indicaba en los apellidos sacados de un feudo, que este feudo pertenecía á la familia que llevaba su nombre; así Bastet d'Uzès quería decir Bastet, Señor de Uzès. Muy pocos nobles la usaban, pareciéndoles que el hacerlo era degradar su nombre. Sólo en el siglo xix es cuando la partícula ha sido considerada como signo de ennoblecimiento.

En cuanto al valor etimológico de los apellidos, casi todos tienen en sí mismos, ó en otra lengua, significado propio: así Chevreuse, Castellane, Grammont, Rohan, Broglie, son nom-

bres de tierras ó propiedades, pero significan *cabra salvaje*, *gran monte*, *castellana*, *reguero*, *aldea de la roca* (*roc han* por *Rohan*), *bosque*. Entre los nombres de villanos, muchos son sacados de nombres de árboles, plantas ó lugares, como Duchesne (*del roble*), Dufrêne (*del fresno*), Dumont (*del monte*), Duval (*del valle*), Dupré (*del prado*), Dupuy (*del teso*), Lyon, Lisboa, Ratisbona, etc.

A la segunda categoría pertenecen los nombres sacados de una profesión como Boulanger (*panadero*), Serrurier (*cerrajero*), Perier (*albañil*), Pelletan (*peletero*), Fabre, Faure, Faberot, Dufaure (todos de *faber*, obrero), Steward ó Stuart (*mayordomo*), Schneider (*sastre*), etc.

Tercera categoría: nombres de animales como Renard (*zorro*), Poulet (*pollo*), etc. Loubet, como Luppé, viene de *lupus*, lobo y Botetl de *bota*, lagarto; Mac-Mahon, es como si se dijera *del oso*, en islandés.

Cuarta categoría: nombres de defectos ó cualidades, como Meline (*rubio*), Waldeck-Rousseau (*madeja roja*), Adam (*rojo*, en hebreo). La valiente abogada señorita Chauvin tiene un nombre que se deriva de *calvo*, como Barthou se traduce por *barbudo*, y Rostand por *robusto* (en persa). En orden á las cualidades morales, tenemos Lavy (*prudente, avisado*), Roll (*activo, enérgico*), Bomard (*defensor atrevido*), Fouquier (*guerrero animoso*), Baudin (*valiente*), Garibaldi (*audaz*), Rancel y Rambaud (*fuerte, terrible*).

Sacados de funciones ó cargos eclesiásticos, se encuentran los nombres de Larcheveque, Papin, Lemoine; el apellido Coquelin procede de una forma arcaica que significaba peregrino.

Otros nombres proceden de los vestidos, como Hozier de *housse*, funda; Soulier (*zapato*), Barret, Barrès, Barreta (*boina*), Bragelonne (*calzón largo*), etc.; otros sacan sus formas de los santos de la Iglesia primitiva, de los títulos nobiliarios de Conde, Duque, Marqués, etc.; los hay que recuerdan una circunstancia fortuítá, otros en los que el sentido ha desapareci-

do á fuerza de alteraciones, y algunos que jamás han tenido sentido alguno.

Para terminar, pueden citarse no pocos nombres no muy agradables de llevar, como Pissard (*cagón*), Coen (*cornudo*), etcétera. Durante la época del Terror había un sacerdote que se llamaba Exbrayat; el nombre no era bonito, pero fue lo que le salvó: preso y conducido ante el Tribunal, iba á ser condenado á muerte, cuando se le ocurrió la idea feliz de hacer notar á sus Jueces que aquel nombre de Exbrayat que llevaba significaba, en patois auvernés, *sin calzones* (*sans culottes*). ¿Cómo iban los descamisados del Terror á mandar guillotinar á un hombre que se llamaba *sin calzones*? El pobre cura Exbrayat salió del paso sin más que el susto, gracias á su apellido.

PSICO-FISICA

EL SENTIMIENTO ESTÉTICO EN LOS NIÑOS. — Todos sabemos —dice en la *Rivista politica e letteraria*, de Roma, el Dr. Guido Chialvo — que por medio de los rayos de luz que penetran en el ojo, el nervio óptico se excita y transmite su excitación al cerebro, donde es recibida como sensación. Ahora bien: ¿cómo se presenta un cuadro ó una estatua al niño y al adolescente? Martig ha observado que mientras el niño en las primeras semanas sólo tiene una sensación general de la luz sin distinguir los objetos, más tarde empieza á fijar su vista en una luz, mirando también otros objetos brillantes ó de color claro, pudiendo empezar á percibir los objetos que producen la sensación, y transformándose así la confusa sensación en una clara percepción. La imagen del color es resultado de este trabajo: ¿y la del relieve?

Jorge Vasari, y con él muchos otros escritores de arte, han afirmado más ó menos abiertamente que la escultura ha precedido históricamente á la pintura, aunque Letourneau y otros admiten el sincronismo de ambas artes. Por la convic-

ción que Chialvo tiene de aquella precedencia por ser más fácil copiar formas en relieve que reproducir en una superficie plana el espejismo de la perspectiva, del claro-oscuro y del colorido, ha querido examinar un hecho frecuente en los niños de ambos sexos, formulando la pregunta siguiente: «¿Cuál de las dos artes les agrada más, y cuál es — subjetivamente — la razón de la preferencia, y á qué causas — objetivamente — es debida esta preferencia?»

Los resultados de esta indagación, sin presuposición de sugestión ni de agnoscencia crítica, han sido los siguientes:

TABLA SINÓPTICA

SEXO		TOTAL	EDAD	PINTURA		ESCULTURA		INDIFERENTE		TOTAL
Var.	Hem.			Var.	Hem.	Var.	Hem.	Var.	Hem.	
250	245	495	de 5 á 6 años	29	22	199	217	22	6	495
200	197	397	» 6 á 7 »	26	20	163	161	11	16	397
217	222	439	» 7 á 8 »	28	26	168	186	21	10	439
209	214	423	» 8 á 9 »	36	31	155	169	18	14	423
215	223	438	» 9 á 10 »	39	37	166	182	10	4	438
256	219	475	» 10 á 11 »	54	43	196	175	6	1	475
300	287	587	» 11 á 12 »	172	167	126	119	2	1	587
292	296	588	» 12 á 13 »	176	173	114	123	2	0	588
315	321	636	» 13 á 14 »	187	162	127	158	1	1	636
260	256	516	» 14 á 15 »	184	143	75	112	1	1	516
2514	2480	4.994	de 5 á 15 años	931	824	1489	1602	94	54	4.994

Por este cuadro se ve que á medida que los niños aumentan en edad, aumenta también su preferencia por la pintura, y en los últimos (los de catorce á quince años) se manifiesta claramente que *el color* es la causa principal de la preferencia. El aliciente del color y la multiplicidad de las figuras y movimientos explican la preferencia que se otorga generalmente á la pintura sobre la escultura. Es digno de notarse en el cuadro que de los 148 indiferentes, 94 son varones y 54 hembras, lo que prueba que la mujer tiene más voluntad que el hombre para dar á conocer su juicio, siendo también de no-

tar que de los 4.994 interrogados, estuvieron por la pintura 1.755, y por la escultura 3.091, lo que constituye una mayoría de bastante importancia.

Tratando de averiguar la razón de este hecho, se llega al convencimiento de que siendo el color la causa de la fascinación que produce en nuestros sentidos la pintura, su noción se desarrolla en nosotros muy tarde y después de algunos años de experiencia. Lo que se ve desde luego es *el relieve*; el niño que al ver pintado un fruto tiende la mano para cogerlo, no está impresionado por su color, sino por su relieve, creyendo que puede separar aquel objeto del espacio que le rodea para apropiárselo; tal es la única razón por la que los niños ven mejor la escultura que la pintura; en aquélla los objetos se presentan en su realidad plástica; en ésta se necesitan muchos otros factores, sombras, perspectivas y colores para la percepción ilusoria de la realidad.

IMPRESIONES Y NOTAS.

UNA OBRA SIMBOLISTA.—Los aficionados á novedades y curiosidades literarias están de enhorabuena con la publicación de *La Rose et les Epines du Chemin*, de Saint-Pol-Roux, un simbolista de gran fuerza, en cuyo espíritu no se presentan las ideas sino revestidas de imágenes y de colores.

La Rosa y las Espinas del Camino es una variada colección, como dice su autor, de «temas filosóficos, símbolos de alma, notas de estaciones, pinturas de horas y magias de fenómenos». El objeto principal de la obra de arte consiste en «coagular lo abstracto, iconizar lo absoluto, figurativar el misterio, organizar lo invisible, amueblar el espacio, colonizar lo desconocido».

La obra de Saint-Pol-Roux desagrada á veces, desconcierta con frecuencia y choca siempre; pero no puede negarse que es una obra originalísima y única en su género, digna de ser conocida de cuantos en literatura se ocupan.

LAS OBRAS EN VARIOS TOMOS.—Curiosas son las observaciones recogidas por Arturo E. Bostwick, Director de la Biblioteca circular de Nueva York, y publicadas en *The Critic*, sobre el uso de los tomos de una obra por el público. Cuando una obra se compone de varios tomos, el segundo es menos leído que el primero, el tercero menos que el segundo, y así sucesivamente. Los seis volúmenes, por ejemplo, de la traducción inglesa de *El Vizconde de Bragelona*, de Dumas, han sido leídos en la proporción siguiente: 31—30—24—22—21—16; de modo, que sólo la mitad de los lectores llegaron al final de la obra.

Las excepciones se refieren generalmente á obras de historia que abarcan un largo período, del que, por unas ú otras causas, la actualidad pone en boga el estudio de determinada época, que da al tomo correspondiente mayor número de lectores.

*
* *

LEGADOS Á LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS. — La lectura del estado de donativos y legados á las Universidades que mensualmente publica en Washington el Negociado de Educación del Ministerio de Instrucción pública, muestra el grado de atención que aquel Gobierno y aquellos contribuyentes prestan á todo cuanto con la enseñanza se relaciona.

El hecho solo de la mencionada publicación mensual revela la existencia de unas costumbres que aquí hace siglos se perdieron, pues hoy son rarísimas las personas que al morir, y mucho menos en vida, se acuerdan de nuestras Universidades para legarlas el todo ó parte de su fortuna, cosa que nada de extraño tiene, dado el cual precedente sentado por nuestros Gobiernos al incautarse de los bienes de tan beneficiosa procedencia, dejando, por ejemplo, á la Universidad de Salamanca, á quien la sobraban rentas para sostener todas las facultades universitarias, reducida á la triste condición de vivir como

de limosna con sólo dos Facultades, y obligando á la Diputación y al Ayuntamiento al sacrificio de sufragar los gastos de otras dos, para mantener con relativo brillo el prestigio de la histórica Escuela salmantina. ¿Cómo se ha de animar nadie á dejar sus bienes á instituciones docentes, cuando se tiene á la vista espectáculo tan doloroso y tan sugestivo?

En cambio, en los Estados Unidos los legados llueven sobre las Universidades, y sólo en el pasado mes de Junio han recibido por este concepto veinticinco Universidades la enorme suma de 12.817.082 duros, de los cuales, cinco millones (¡veinticinco millones de pesetas, sin contar el cambio!) han ido á parar á la de San Luis de Washington; dos millones á la de Brown; 1.667.000 á la de Yale, y 1.462.075 á la de Harvard. El famoso rey del acero, Andrés Carnegie, á quien se deben no pocos de estos donativos, ha declarado que estaba dispuesto á hacer de su fortuna quince partes, y destinar catorce de ellas á «obras interesantes». ¡Y esa fortuna asciende á 1.500 millones de francos!

*
* *

«LA CIUDAD ETERNA» DE HALL CAINE.—Hall Caine es el novelista cosmopolita del día. Al éxito ruidoso de *El Cristiano*, ha seguido el no menos estrepitoso de *La ciudad eterna*, empezada á publicar en el *Lady's Magazine*, suspendida por negarse la Revista á la publicación á causa de que ciertas situaciones, y especialmente las consideraciones políticas demasiado acerbas que el autor hacía, herían los sentimientos de su clientela, y publicado después en volumen con un éxito no inferior á los mayores obtenidos por Zola.

La obra comienza en Londres, donde un pobre italiano, David Leone—más tarde Rossi—es descubierto en las escaleras de la casa de un emigrado; éste lo recoge, le educa y le hace compartir los juegos y las lecciones de su hija. Rossi llega tras varias peripecias á ser diputado en Italia, siendo en-

carcelado por su oposición al Gobierno y por lo temible de su oratoria. Doña Roma, mujer del Presidente del Consejo, se enamora de él, y gracias á su protección, es puesto en libertad. Los complots se suceden, y el Presidente es asesinado, hasta que al fin el Papa reconoce á Rossi como hijo suyo, producto de un matrimonio secreto antes de su exaltación al solio pontificio; renuncia entonces al poder temporal, el Rey abdica, se proclama la República, y cuando parece que debía llegar la hora de la dicha, Doña Roma se ve atacada de una enfermedad mortal que la lleva á la tumba.

*
* *

LA MORAL ARISTOCRÁTICA DEL SUPERHOMBRE.—Tal es el tema tratado por Alfredo Fouillée en la *Revue des Deux Mondes*, con la competencia propia de su renombrada pluma.

Nietzsche es un discípulo de Taine que no ve en el vicio y la virtud más que productos naturales, como el vitriolo ó el azúcar; sólo que Taine había creído que el vitriolo es un veneno y el azúcar un alimento, y Nietzsche se ha propuesto demostrar lo contrario, pretendiendo hacer ver que la llamada moral es la que ha envenenado á la humanidad, siendo la culpable, con todas las virtudes, del atraso en que vivimos. Esta doctrina, como dice muy bien Fouillée, no sólo es un excepticismo moral, es decir, una negación, sino que es también una afirmación, un dogmatismo antimoral.

Todo el sistema de Nietzsche está basado en la confusión de la actividad con la acometividad; como toda acción tropieza con resistencias, Nietzsche deduce de esto con los estóicos que toda acción es trabajo y lucha, añadiendo que es una lucha contra otro, lo cual es un paralogismo; toda la supuesta superioridad de las pasiones malas sobre las buenas, aparece así como una mistificación gigantesca, velada apenas por los primores del estilo. La moral de Nietzsche, sometida al análisis filosófico, se resuelve en una polvareda de autonomías.

LAS GRANDES CAZAS REALES.—La mayor parte de los Sobranos y Príncipes europeos—dice el *Bollettino illustrato degli Sports*—son apasionados cazadores. El más notable de todos es el nuevo Rey de Inglaterra, Eduardo VII; el libro estadístico de las cacerías del Príncipe de Gales elevaba en 1880 á 6.000 las piezas cobradas por el heredero de la Reina Victoria, cuyo número llegó á 8.000 en 1890, y á más de 10.000 posteriormente. Una vez se hizo una batida tan extraordinaria, que en sólo tres días expuso la Casa real 5.895 piezas de caza. El Príncipe no sólo era famoso por sus cacerías de Inglaterra, sino por las de la India, donde la caza del tigre le entusiasmaba.

Después de Eduardo VII, el más apasionado por la caza es el Emperador de Austria; los Alpes tiroleses le ofrecen el mejor campo, y á ellos acude frecuentemente sin más compañía que la de un aldeano con su fusil y su *alpenstock*. En compañía de Guillermo II, dió últimamente una batida, que ha sido famosa por el número de ciervos que en ella mataron. Cuando Francisco José caza solo, no quiere que se sepa las piezas que mata, y hace distribuir en silencio los productos de su fusil.

Sigue después el Emperador Guillermo, que cuenta entre sus cacerías la famosísima y quizá única en los anales cinegéticos de Mayo de 1896, cuyo botín fue de 33.967 piezas, entre ellas 2 bisontes, 7 grandes alces, 3 renos, 3 osos, 21 gamuzas, 16.188 liebres, 3.391 ciervos, 694 conejos, 9.643 faisanes, 654 perdices, etc. Su resistencia es tan grande, que permanece días y días sin cansarse, dándose el caso de que su escudero, su ayudante y su montero mayor tengan que ser relevados por la fatiga, mientras el Soberano se conserva fresco y firme sin dar señales de cansancio.

El Czar es también un gran cazador, y las grandes piezas por él muertas se ven expuestas á centenares, distribuyéndose después generosamente por el mismo Emperador, que tiene un disgusto y le parece haber cometido un delito cada vez que se encuentra con que ha matado una hembra. Antes de ir de caza, traza un plano de los sitios que quiere recorrer, para

que nadie pueda turbar su cacería. El Rey de Suecia es un gran tirador de revólver; pero no le gusta derramar sangre, prefiriendo el sport del mar, que es su pasión favorita.

El actual Presidente de la República Francesa, Loubet, es también un gran cazador; es zurdo, pero tira admirablemente; va siempre seguido en la caza por un comisario de policía y dos polizontes, y lo siente tanto, que no se cansa de repetir á sus íntimos que esta precaución es lo único que perturba el inmenso placer que por la caza siente.

*
* *

EL CABALLO PERFECTO.—He aquí las cualidades que para ser perfecto debe reunir un caballo, según un Códice de la primera mitad del siglo xv, de que da noticia Olschki en *Bibliografía*:

«A voler che un cavallo sia perfecto
De vinte cose vole esser dotato:
Bon pelo adosso; allegro ne lo aspetto;
Giuntato corto; el piè sotto cavato;
Salda la carne, et largo nel suo pecto.
El collo lungo e forte sul crinato;
Sotto el zuffetto a guisa de montone;
Piccola testa; et el costato amplone.
Secca la testa et longa la mascella;
Che sia ben forte dove sta la sella;
Un'altra cosa vuol eseer con ella:
La cauda assai tirata et bene spessa;
Che sia ben forte dove sta la sella,
Grosso ne le anche per fornir la messa.
—Alcuni dicon che sono ventidue:
Piccole orecchie et li ochi quanto un bue.»

*
* *

LOS ALEMANES EN VERSAILLES.—La ocupación de Versailles durante la guerra franco-prusiana duró seis meses, siendo la ciudad residencia del cuartel general del Rey Guillermo.

Vencida sin haber siquiera podido, como ciudad abierta, combatir, Versailles tuvo que resignarse con su dura suerte y sufrir las pruebas á que fue sometida por el vencedor.

No bastaba la obligación impuesta al Municipio de suministrar cada semana 25.000 francos de mercancías de diversas clases, sino que todos los días había que sufrir las más violentas exigencias. Una vez fueron 180.000 camisas de franela, que había que entregar sin demora; otra, 6.000 camisas de hilo y 2.000 pares de botas, que había que entregar en el término de dos días; ó bien 6.000 mantas de lana y algodón, de que tuvieron que desprenderse los vecinos al principio de aquel riguroso invierno. Las más altas autoridades no se detenían para exigir la inmediata ejecución de sus menores caprichos: el Príncipe real ó su intendente exigía para su quinta 200 bujías diarias; iban á la Alcaldía en busca de jabón, de soperas, de botellas de agua de Seltz, de lacre y hasta de obleas. Un día se presentó un oficial, con su papel timbrado y rubricado, reclamando para el Rey Guillermo dos kilos de pan moreno para cebar los peces del parque, porque quería entretenerse en pescar. El menor retraso en atender estas exigencias era castigado con multa ó prisión: Bismarck impuso 100 francos de multa por no haberle enviado un coche á la hora precisa en que lo había pedido, y Jacobi 2.000 francos porque no le encontraron inmediatamente una silla de montar que necesitaba; porque el Alcalde y dos concejales contestaron que un tren de provisiones que se esperaba había llegado con retraso porque el mismo ejército alemán le había detenido, los metieron en la cárcel, y sólo pudieron salir pagando 50.000 francos.

He aquí una hermosa carta que prueba lo duro de la situación por que atravesaron los vecinos de Versailles, durante la ocupación alemana; es de un antiguo oficial, y está tomada, como todo lo que precede del interesante libro de Delerot, archivero de la ciudad actualmente y concejal en 1871, *Versailles durante la ocupación*:

«Señor Alcalde: Tengo el honor de someteros una petición que siento no poder formular en menos palabras en estas dolorosas circunstancias en que tantas preocupaciones os asedian. Militar retirado, vivo en Versailles desde 1863; acabo de cumplir ochenta y seis años, y una enfermedad crónica me tiene casi constantemente clavado en mi lecho; mi única fortuna es la pensión remuneradora de mis largos servicios, y el total de mis contribuciones (21 francos y algunos céntimos) demuestra suficientemente la poca importancia de mi alojamiento y de mi mobiliario. No podía, en efecto, disponer del menor sitio, ni siquiera de un colchón para hospedar á un extraño, y por eso me he visto en la precisión de alojar en otras casas, á razón de cuatro francos diarios por persona, á los soldados prusianos que me han enviado, en medida quizá excesiva; tal es mi situación. Jamás, sin embargo, he tenido la idea de dispensarme de compartir las cargas impuestas á mis conciudadanos por el estado de guerra, y continuaría soportándolas sin quejarme si pudiera; pero me es ya imposible, porque pronto hará seis meses que no cobro mi pensión, y mis pobres economías están agotadas. Os suplico, pues, señor Alcalde, que me consideréis como ausente, es decir, que hagais llevar á mi cuenta los gastos de mi parte de alojamiento de guerra, hasta el momento en que, cobrada mi pensión, pueda abonarlos á la Caja municipal. Por poco que el actual estado de cosas se prolongue, me hallaré de nuevo en el caso de tener que recurrir á vuestra benevolencia, á fin de obtener bonos de alimentación económica, no á título gratuito, por supuesto, sino á crédito; será mi último recurso, salvo el de acudir al Hospital Militar, donde mi condición de veterano y mis enfermedades me dan harto derecho á ocupar una cama.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Le istituzioni giuridiche medievali nella Divina Commedia, di Gino Arias.—Firenze, Francesco Lumachi, editore, 1901.—Un vol. de 240 páginas, 3 liras.

He aquí un libro de los que yo incluiría en la lista de los llamados «de texto» para los alumnos de nuestras Facultades de Letras y de Jurisprudencia. Esos libros, que nuestros estudiantes y sus padres repugnan comprar, no ya cuando son malos, sino cuando son largos y caros, importándoles muy poco todas las otras condiciones que tengan, con tal de que se aprendan en un dos por tres para salir uno «airoso» en los exámenes, y de que cuesten poquito; esos libros de texto, digo, debieran estar hechos, según mi opinión, de manera que sirviesen, igual que la acción del maestro y que toda la enseñanza, para formar el espíritu de los alumnos y poner á éstos en disposición de acometer por sí mismos, mañana, los problemas, sin necesidad del auxilio ajeno, de ese auxilio tutelar que los educadores prestan á sus discípulos. El alumno, más que aprender muchas cosas, almacenando sin discernimiento las que otros le dan ya elaboradas, lo que necesita es aprender á hacerlas, adquirir la capacidad suficiente para obrar por su exclusiva cuenta, desasido de los andadores, análogamente á como lo hacen los aprendices y oficiales de los oficios manuales. Y para aprender á hacer las cosas, hay que penetrarse

bien de cómo las hacen los que saben hacerlas, reproducir, mentalmente cuando menos, la serie de operaciones que constituyen el proceso por donde los maestros llegan á conseguir sus resultados.

El trabajo de Gino Arias repito que tiene, á mi juicio, un notable valor bajo este respecto. Sin ser—está muy lejos de ello—una historia del Derecho, de esas que suelen ponerse en manos de nuestros jóvenes estudiantes de esta «asignatura» para que embutan en su memoria todo lo que el libro diga y lo desembuchen á tiempo y con la soltura y tino necesarios para «ganar el curso»; siendo, por el contrario, no más que una monografía sobre un punto concreto y una época determinada, yo incluiría este libro entre los recomendables como textos á los alumnos referidos, con preferencia á muchas historias completas, y les diría: «He aquí un ensayo que muestra cómo debe proceder aquel que intente ser historiador.»

Y les diría además: «Advertid que el ensayo que tenéis delante está hecho por un joven como vosotros, por un muchacho recién salido de las aulas, el cual se presenta ya en el horizonte científico con una personalidad bien definida, más robusta y firme que la de muchos hombres maduros y aun proyectos; que no se ha puesto á escribir sino después de haber adquirido una sólida y extensa cultura histórica y jurídica; que usa discretísimamente de su mucha erudición, siempre escogida y de primera mano, no siendo, ni por soñación, de esos que llenan páginas y páginas de parrafadas gárrulas y hueras, en las que amontonan citas y más citas de autores y libros que no solamente no han leído, sino cuyos nombres y títulos no han aprendido siquiera á escribir bien; que procede con una discreción y un sentido críticos, que ya quisieran para sí buen número de los que aspiran al título de historiadores y algunos de los que pasan por tales. El escrito ha sido premiado en dos concursos públicos, siendo Presidente del Jurado en uno de ellos el eminente Pascual Villari. Lo que el Sr. Arias ha hecho, bien podéis hacerlo también vosotros si

queréis, ó cuando menos algunos; la labor no tiene nada de extraordinaria ni de superior á las fuerzas humanas; basta con empeñarse en ella y trabajar con aquella «constante voluntad» de que con frecuencia os han hablado en las aulas, y especialmente en algunas. Ánimo, pues, y mereceréis bien de la cultura y de la patria, de esa patria á la que no levantaréis de su postración á fuerza de discursos fogosos (única, ó casi única cosa en cuyo aprendizaje os ensayáis para ser mañana, como vosotros decís, grandes oradores, aplaudidos y admirados de la masa), y sí solamente por medio del trabajo serio, noble y perseverante.»

Y á todo esto, ¿de qué trata el Sr. Arias en su excelente obra? De lo que indica el título de ella: de las instituciones jurídicas (fuentes del Derecho, escuelas medioevales, instituciones penales, procesales, civiles, mercantiles, económicas, sociales y políticas) de la Italia de la Edad Media y de las concepciones que sobre cada una de las mismas tenía Dante, según enseñan sus escritos y singularmente la *Divina Comedia*. El autor ha estudiado muy detenidamente ésta, y se sirve, para interpretar multitud de alusiones á hechos y personas del tiempo de Alighieri, de la también abundantísima literatura histórica (moderna sobre todo) relativa al siglo en que el poeta vivió. Trata, pues, de referir las ideas de Dante á las del momento en que escribía, sirviéndose para explicarlas del marco histórico en que encajaban. Lejos de pensar, como otros muchos escritores, que Dante se adelantó á su época y fue el precursor de las concepciones actuales en ciertas cosas, Arias, con mejor sentido histórico, asegura y parece demostrar lo contrario. «Es equivocado» dice, «el prejuicio de aquellos que creen interpretar á Dante obligándolo á razonar como un hombre de nuestros días. No lo repetiremos jamás bastante: Dante es el poeta de la Edad Media, libre, es cierto, de las más groseras vulgaridades de ésta, pero no de sus ideas, sobre todo de aquellas que tienen su raíz en la fe.» Es más, Dante hubo de presenciar la transformación social que en su tiempo se operaba

en las ciudades italianas, pasando del régimen antiguo, patriarcal, de costumbres primitivas, pobre, nobiliario, al régimen nuevo engendrado por el desarrollo del comercio, al régimen «industrial» de entonces, diría un spenceriano, régimen burgués, de plebeyos enriquecidos, lujoso, de costumbres licenciosas; y en la lucha entre ambos, sus ideas propendían del lado del primero y sus instituciones, más bien que del lado del segundo.

Para concluir: En mis estudios (no muy largos, ciertamente) de la historia del Derecho penal español, he llegado á convencerme que esta historia, apenas intentada, cuanto menos comenzada, sólo podrá llegar á hacerse—lo mismo que la de todo el Derecho español—cuando acudamos, tanto como á las fuentes jurídicas propiamente tales, ó más que á ellas, á las literarias (entendiendo esta palabra en un sentido muy general). La vida, la verdadera, de los pueblos—que no es, ni con mucho, equivalente á la vida oficial, sino más bien opuesta por lo regular á ella—se conoce mucho mejor que por las leyes y documentos oficiales, por los relatos, descripciones, alusiones, sátiras, á veces hasta por las fábulas de los escritores contemporáneos ó de época próxima á la que se trate.

P. DORADO.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1901.

- ALONSO (L.)—*Notas bibliográficas*. Julio, pág. 193.
- ALTAMIRA (R.)—*Notas bibliográficas*. Junio, pág. 202.
- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*La Catedral de Toledo*. Diciembre, página 79.
- ANÓNIMO. — *Actea* (novela). Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5. — *Consideraciones sobre la producción de pasas en la provincia de Málaga*. Mayo, pág. 203.— *Notas bibliográficas*. Julio, páginas 201 y 205.— *Obras nuevas*. Enero, pág. 205; Febrero, pág. 205; Marzo, pág. 206; Abril, pág. 206; Mayo, pág. 204.
- ANDRADE (Olegario V.)—*Atlántida* (canto al porvenir de la raza latina). Mayo, pág. 52.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 152; Febrero, página 167; Marzo, pág. 164; Abril, pág. 159; Mayo, pág. 129; Junio, página 180; Julio, pág. 145; Agosto, pág. 182; Septiembre, pág. 189; Octubre, pág. 189; Noviembre, pág. 182; Diciembre, pág. 169.
- ARIAS DE VELASCO (Jesús).—*Notas bibliográficas*. Agosto, pág. 204; Septiembre, pág. 201.
- ARNOLD (M.)—*Marco Aurelio*. Octubre, pág. 120.
- BENAVIDES PONCE (R.)—*¿Por qué?* Febrero, pág. 137.
- BONILLA Y SAN MARTÍN (A.)—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 194.
- CALCAÑO (Julio).—*Epitalamio*. Noviembre, pág. 71.
- CHOCANO (José Santos).—*La epopeya del bosque*. Abril, pág. 47.
- CISNEROS (Luis B.)—*Al terminar el siglo* (canto del siglo xx). Marzo, página 42.
- CORDERO (Luis).—*Aplausos y quejas*. Junio, pág. 45.
- CORPANCHO (Teobaldo Elías).—*A España en la siniestra lucha de anglosajones contra latinos*. Septiembre, pág. 54.
- COUPERUS (Luis).—*Su Majestad* (novela). Septiembre, pág. 5; Octubre, página 5; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 5.

- DORADO (Pedro).—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*.—Noviembre, pág. 74.—*Notas bibliográficas*. Enero, págs. 198, 201 y 202; Febrero, pág. 201; Marzo, pág. 202; Abril, págs. 199, 201 y 204; Junio, págs. 203 y 205; Julio, págs. 198, 199 y 200; Septiembre, pág. 205; Noviembre, págs. 203 y 204; Diciembre, págs. 201-204.
- ELOLA (José de).—*Notas bibliográficas*. Julio, pág. 197.
- FARIAS (Rafael).—*Viaje de un español á tierra de China*. Julio, pág. 93; Agosto, pág. 122.
- FERNÁN CISNEROS (Luis).—*Mi alma en el mar* (pequeño poema). Octubre, pág. 47.
- FLORES (Julio).—*El condor viejo*. Diciembre, pág. 40.
- GALLARDO (P. P.).—*Contestación á un convite*. Abril, pág. 58.
- GARCÍA (Adolfo).—*La América latina*. Diciembre, pág. 43.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E.).—*Crónica literaria*. Enero, pág. 144; Febrero, pág. 139; Marzo, pág. 152; Abril, pág. 133; Mayo, pág. 167; Junio, pág. 137; Julio, pág. 111; Agosto, pág. 165; Septiembre, pág. 178; Octubre, pág. 143; Noviembre, pág. 173; Diciembre, pág. 160.
- HISPANUS.—*Lecturas americanas*. Marzo, pág. 137; Junio, pág. 105; Septiembre, pág. 128; Noviembre, pág. 150; Diciembre, pág. 136.
- HURTADO (Manuel A.).—*Sonetos: En el paseo* (diálogo). *La Beata*. Enero, pág. 60.
- I. B. J.—*Canto de paz*. Agosto, pág. 52.
- IGNOTUS.—*Las reformas militares presentadas á las Cortes*. Abril, página 59.
- IOB.—*Revista hispanoamericana*. Febrero, pág. 149; Abril, pág. 143; Mayo, pág. 177; Junio, pág. 146; Julio, pág. 122; Agosto, pág. 137; Septiembre, pág. 151; Octubre, pág. 155.
- LÁZARO (José de).—*Un artículo inédito de Campoamor*. Marzo, pág. 113.
- LUJÁN (Martínez).—*Juvenilia*. Diciembre, pág. 42.
- MÉLIDA (José Ramón).—*Recuerdos de Constan inopla*. Abril, pág. 119.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (M.).—*La historia de la literatura española de Fitzmaurice-Kelly*. Agosto, pág. 89.
- MITJANA (Rafael).—*Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos*. Enero, pág. 120; Febrero, pág. 35; Marzo, pág. 80; Abril, pág. 79; Mayo, pág. 104; Junio, pág. 126; Julio, pág. 64; Septiembre, pág. 85; Octubre, pág. 64; Noviembre, pág. 107.
- NÚÑEZ DE ARCE (Gaspar).—*La primera hoja del álbum*. Enero, pág. 78.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Historia del cobre*. Enero, pág. 79.—*Historia del jabón*. Julio, pág. 78.—*Historia del algodón*. Noviembre, página 91.

- PARDO BAZÁN (Emilia).—*La literatura moderna en Francia*. Enero, página 64; Febrero, pág. 93; Diciembre, pág. 52.—*Filosofía de la longevidad*. Julio, pág. 89.—*Literatura francesa contemporánea. Último período romántico*. Septiembre, pág. 62; Noviembre, pág. 125.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*De guante blanco*. Enero, pág. 93.—*Fiestas nupciales de la Monarquía española*. Febrero, pág. 62.—*Un autor dramático entre las víctimas del 2 de Mayo de 1808. Don Lorenzo Daniel*. Junio, pág. 63.—*El Derecho internacional americano ante el segundo Congreso Panamericano en 1901*. Octubre, pág. 87.—*Las alhajas de la Corona de España*. Diciembre, pág. 110.
- PÉREZ MERINO (Nicolás).—*Victoria, Reina de la Gran Bretaña, Emperatriz de las Indias*. Febrero, pág. 113.—*Primer Congreso Nacional del Periodismo en América*. Agosto, pág. 59.
- POSADA (Adolfo).—*El año sociológico 1899*. Marzo, pág. 53.—*El año sociológico 1900*. Septiembre, pág. 109.—*El movimiento feminista á propósito de un libro nuevo*. Diciembre, pág. 95.—*Notas bibliográficas*. Marzo, págs. 201 á 204; Abril, págs. 200 á 203; Mayo, pág. 201; Agosto, pág. 207; Octubre, pág. 206; Noviembre, págs. 205 y 206.
- REZA Y ESTÉVEZ (Juan de).—*El protectorado de Francia en el extremo Oriente y el poder de la raza latina*. Abril, pág. 103.—*Crónica europea*. Junio, pág. 165.
- SENTENACH (N.).—*La Exposición de Bellas Artes*. Junio, pág. 86.
- SIENKIEWICZ (Enrique).—*En vano* (novela). Enero, pág. 5; Febrero, página 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5.
- UGARTE (Manuel).—*Sol de sangre*. Julio, pág. 62.
- UNAMUNO (Miguel de).—*La reforma del castellano*. Octubre, pág. 55.
- VEGA DE AMO.—*Epístola al Marqués de Jerez de los Caballeros*. Marzo, pág. 110.
- VERA (Vicente).—*Sobre la expansión del castellano en los países en donde es exótico este idioma*. Diciembre, pág. 44.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Su Majestad</i> (novela), continuación, por Luis Couperus.....	5
<i>Poetas americanos: El condor viejo</i> , por Julio Flores; <i>Juvenilia</i> , por D. Martínez Luján; <i>La América latina</i> , por Adolfo García.	40
<i>Sobre la expansión del castellano en los países en donde es exótico este idioma</i> , por Vicente Vera	44
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	52
<i>La Catedral de Toledo</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	79
<i>El movimiento feminista á propósito de un libro nuevo sobre femi- nismo</i> , por Adolfo Posada	95
<i>Las alhajas de la Corona de España</i> , por Juan Pérez de Guzmán.	110
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	136
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	160
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	169
<i>Nota bibliográfica</i> , por P. Dorado.....	201
<i>Indice por orden alfabético de autores</i>	205